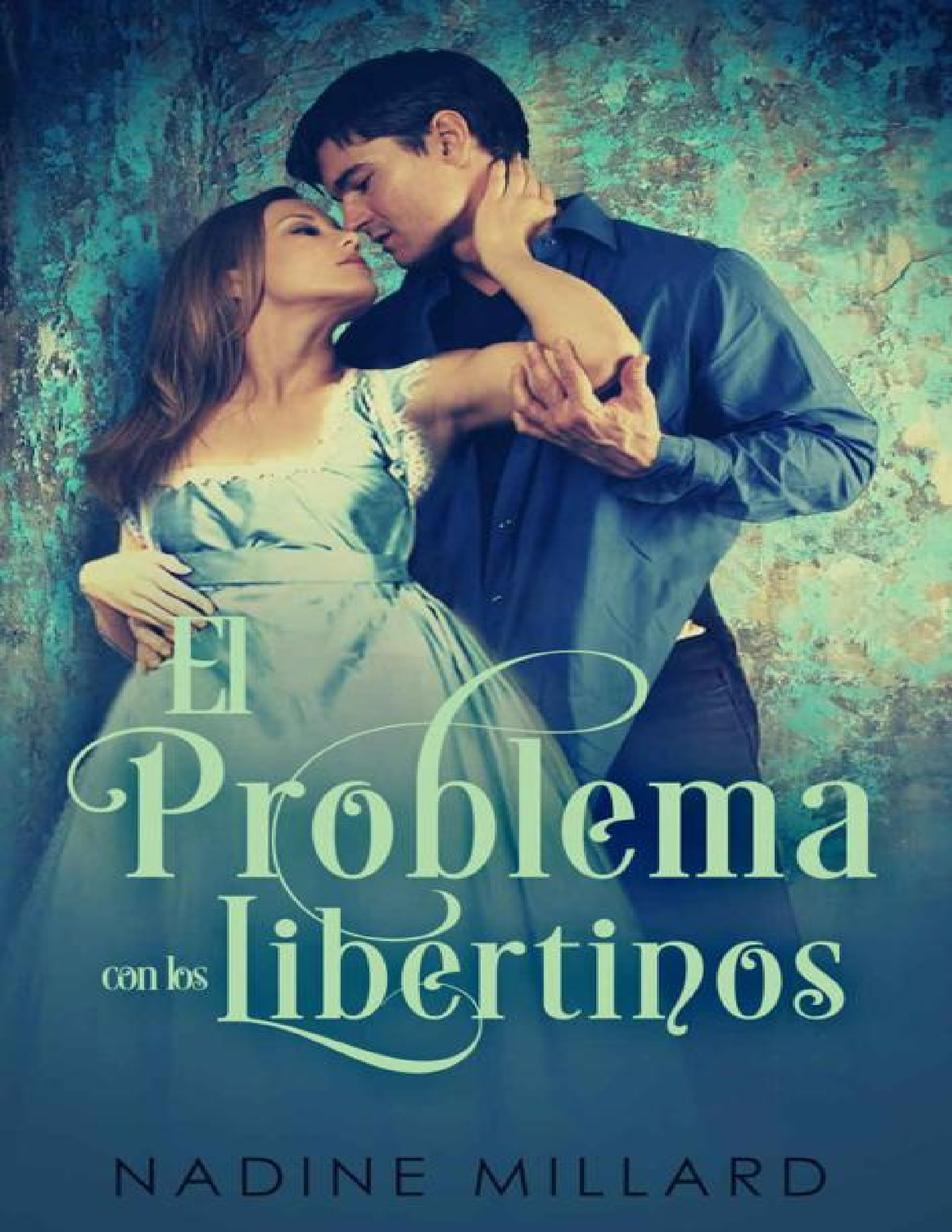

El
Problema
con los
libertinos
NADINE MILLARD

El problema con los libertinos

NADINE MILLARD

CONTENIDO

[Página del título](#)

[Prólogo](#)
[Capítulo uno](#)
[Capítulo dos](#)
[Capítulo tres](#)
[Capítulo cuatro](#)
[Capítulo cinco](#)
[Capítulo seis](#)
[Capítulo siete](#)
[Capítulo ocho](#)
[Capítulo nueve](#)
[Capítulo diez](#)
[Capítulo once](#)
[Capítulo doce](#)
[Capítulo trece](#)
[Capítulo catorce](#)
[Capítulo quince](#)
[Capítulo dieciséis](#)
[Capítulo diecisiete](#)
[Capítulo dieciocho](#)
[Capítulo diecinueve](#)
[Capítulo veinte](#)
[Capítulo veintiuno](#)
[Epílogo](#)

Prólogo

Ophelia Delacourt estaba sentada, junto a la ventana, pero también brincaba, ante la ansiedad de la espera, aunque su madre le había dicho innumerables veces, que se quedara quieta.

Sin embargo, ella estaba terriblemente emocionada. Hacía mucho que no veía a su padre. Aunque él le había escrito a su madre, y prometió venir al cumpleaños de Ophelia. Incluso dijo que traería regalos.

—No te muevas, *ma chere* —la regañó su madre con dulzura, acentuando el acento francés de su voz, ante su propia emoción—. Se te arrugará el vestido. Y papá querrá verte, luciéndolo lo mejor posible.

Ophelia se puso de pie de un salto, sacudiendo sus faldas blancas y estirando la mano para asegurarse que la cinta azul estuviera colocada correctamente, en sus rizos negros, antes de volver a sentarse tan recatadamente como pudo.

Sus cabellos negros eran un reflejo de los de su madre, aunque los ojos de ella eran de un profundo color marrón chocolate. Mientras que los de Ophelia eran de un gris claro llamativo, algo que había heredado de su padre, el conde de Batten.

Así lo confirmó su madre, en todo caso.

Ciertamente, Ophelia no podía recordar mucho acerca de su padre, salvo la ligera inquietud, que normalmente sentía, cuando su madre decía que iba a visitarla.

Él era grande e intimidante. Por supuesto, ella lo sabía. Y olía a tabaco de pipa y, a menudo, a brandy. Ophelia conocía el aroma porque su madre siempre tenía una botella de ese licor, en su modesta cabaña, para destaparla, cuando el conde las visitaba.

No obstante, él nunca le prestaba especial atención a Ophelia, cuando estaba allí. Le daba unas palmaditas en la cabeza y le entregaba una muñeca, un vestido nuevo o algunos dulces, y luego la enviaba con la señora Jeffords, quien actuaba como una especie de criada y acompañante, mientras mamá y papá pasaban algún tiempo, juntos. Pero era muy raro que ellas recibieran visitas de cualquier tipo, y aunque él parecía desinteresado la mayor parte del tiempo, seguía siendo su padre. Y cada vez que la visitaba, ella no podía evitar preguntarse, si ese sería el momento en que él querría hablarle, jugar con ella y conocerla un poco.

Sin embargo, no podía revelarle a la señora Jeffords ni a nadie que él era su padre. Tenía que decir que era un tío, quien venía de visita por un tiempo. Ophelia nunca supo por qué, pero no se atrevía a desobedecer las órdenes de su madre.

Un movimiento más adelante llamó la atención de Ophelia, quien se puso de pie, saltando.

—¡Está aquí, mamá! Él está aquí.

Su madre sonrió indulgentemente y se acercó a la ventana, con su mano sobre el hombro de Ophelia. El carruaje lacado se detuvo y ambas observaron, en silencio, cómo un lacayo se apresuraba a abrir la puerta del vehículo y colocar un taburete en el suelo.

Ophelia podía sentir el nerviosismo de su madre, mientras esperaban a su invitado. Pero no fue su padre, quien apareció, sino alguien, a quien Ophelia no reconoció.

Ella volteó para preguntarle a su madre, quién era ese extraño. El carruaje llevaba el escudo de la familia de su padre, así que, quienquiera que fuese el caballero, al menos debería conocer al conde.

Pero la expresión afligida de su madre estaba fija en ese hombre. Era un caballero alto y mucho más joven que su padre. La mano sobre el hombro de Ophelia la apretó tanto, que le dolió, y ella se soltó del agarre de su madre, quien ni siquiera pareció darse cuenta de esto.

Ella se quedó completamente inmóvil, cuando el sonido del saludo de la señora Jeffords sonó desde el estrecho pasillo. Incluso cualquiera que haya sido la respuesta del hombre, no la pudo escuchar a través de la puerta cerrada.

Por razones que no comprendía del todo, a Ophelia se le hizo un nudo en el estómago por la inquietud.

—Mamá, ¿quién es él? ¿Qué debemos hacer?

Sus ansiosos susurros no fueron reconocidos.

Segundos después, un golpe en la puerta anunció la llegada de la señora Jeffords y del caballero, que se alzaba sobre ellas.

La madre giró hacia la puerta y levantó la barbilla, por lo que Ophelia hizo lo mismo.

Ophelia lo miró con curiosidad y se dio cuenta que tenía los mismos ojos de un gris inusualmente claro que ella. Los mismos de su padre. Aunque su cabello era de un castaño rojizo.

—El conde de Batten, señora.

La confusión de Ophelia solo creció, al igual que su inquietud. Su padre era el conde, no este hombre con los mismos ojos.

—Delphine.

La madre jadeó cuando el caballero, aparentemente el conde, la llamó por su nombre de pila con tal desagrado, expresando un tono severo para insultarla.

—M-mi lord, me temo que no…

—Mi padre ha muerto, Delphine... Se cayó de un caballo y no soportó los dolores en su corazón.

El propio corazón de Ophelia latía dolorosamente, ante la terrible noticia.

“Dijo ‘mi padre’, pero el conde también es mi padre… Este caballero, este extraño, ¿es mi hermano? ¡Y papá estaba muerto!”

—No —susurró la madre, negando todo aquello, llena de dolor y conmoción—. Pero él me escribió la semana pasada.

—Sí, y murió hace solo tres días. Usted puede imaginarse mi sorpresa cuando revisé sus pertenencias y la encontré... —Su labio se curvó con desdén—. A usted.

La madre extendió la mano, una vez más, y agarró los hombros de Ophelia con manos temblorosas.

—*Ma chere*, corre y pídele, a la señora Jeffords, que prepare una bandeja de té para... para el conde. —La voz de la madre estaba humedecida y sus ojos oscuros se llenaron de lágrimas, mientras miraban a Ophelia.

—Mamá, ¿estás bien?

Ophelia no sabía si el nuevo conde, así fuera un extraño hermano, hablaba francés, pero no quería que él estuviera al tanto de su miedo.

Aunque solo tenía diez años, sabía instintivamente que ese hermano no era amigo suyo ni de su madre.

—No será necesario tomar té —dijo el conde con frialdad—. He venido a ver a la niña.

Ophelia se quedó congelada y sus ojos se dirigieron hacia los del conde.

Él la observó con una mirada casi acusadora, examinando desde el vestido nuevo hasta la cinta azul, que adornaba esos rizos negros.

—¿Ella es la única hija de esta… unión? —le preguntó el conde, a la madre, aunque sus ojos permanecían fijos en Ophelia.

—S-sí —respondió ella, temblorosamente.

—¿Usted no está embarazada?

Ophelia pensó que debía ser una pregunta inapropiada, pero su madre le respondió, como si este joven tuviera derecho a interrogarla:

—No, no lo estoy —replicó ella con la voz, un poco más fuerte, reflejando su indignación.

—Bien... Una bastarda ya es suficiente dolor de cabeza.

Los ojos de Ophelia se dirigieron hacia su madre, quien se estremeció, como si el conde le hubiera extendido la mano y la hubiera abofeteado.

—Ella es mi hija —dijo Delphine orgullosa—. Es tu hermana…

—¡Una bastarda! —la interrumpió en un tono, que indicaba que toda la reunión le parecía inapropiada—. ¡Y será un lastre, si usted decide hablar de más! Mi madre no necesita que haya ningún escándalo asociado a su nombre, y yo no necesito que haya un escándalo asociado a la familia.

Él volvió a mirar a Ophelia.

—Es una niña muy bonita. No hay razón para que no le vaya bien en la vida… Pagaré su educación… La llamaremos prima huérfana, si alguien pregunta. Con esos ojos, todos sabrán que es pariente nuestra.

—Pero…

Esto es más que generoso, y estoy seguro que usted estará de acuerdo. No se quedará en la indigencia… Las escrituras de esta propiedad están a su nombre y mi padre las dejó a su cuidado. Usted tiene lo suficiente para vivir aquí, lejos de la ciudad y de nuestras propiedades.

—Ophelia se quedará conmigo —insistió la madre—. Debe hacerlo.

El conde se quitó una pelusa de su pluma superfina verde con una expresión de malestar persistente, en su rostro.

Durante todo ese tiempo, no le dirigió ni una sola palabra directamente a Ophelia.

—El deseo de mi padre era que la chica recibiera una educación, y pueda casarse. Se le proporcionó una dote.

Ophelia no pudo evitar mirar fijamente con un nudo de miedo, en la garganta, mientras ese extraño hablaba de ella, como si ella ni siquiera estuviera allí.

—Pero no tengo por qué hacer esto, Delphine —aclaró el conde con voz entrecortada—. Mi padre no dio ninguna indicación que usted existiera. O que la niña existiera.

—Mi nombre es Ophelia —replicó la niña con fiereza, negándose a mostrar su inquietud.

Los ojos del conde se posaron en los de ella, y la diversión iluminó sus profundidades grises.

—Una escuela de perfeccionamiento al menos le enseñará a no interrumpir a sus superiores —dijo, y Ophelia sintió que el calor de la vergüenza llenaba sus mejillas.

—Fue solo al leer una carta, encontrada junto al testamento, que me di cuenta que mi padre había engendrado a una bastarda. Fácilmente podría dejarlas a ambas en la indigencia —continuó—, pero haré este único intento por honrar sus deseos. Un intento, no más.

Por un instante, una furia sombría se reflejó en ese rostro, como si la idea de honrar los deseos de su padre lo enojara.

—Si usted quiere que la niña reciba una educación y una dote, entonces aceptará que la envíen a una escuela con la condición, que mantenga en secreto su verdadera identidad… Será,

como le dije, una prima huérfana… A usted le proporcionarán lo suficiente para vivir hasta el final de sus días. Esta cabaña, cuando muera, quedará en manos de... —La miró con ese destello de diversión, que apareció una vez más—. Ophelia.

La niña tragó saliva y levantó la barbilla, ante esa burla.

—Usted es obstinada, pero eso se le quitará en casa de la señorita Fisher —siguió—, Delphine… Volveré mañana a recogerla. Si decide quedársela, no le daremos dinero extra, y este será el fin de toda comunicación entre mi familia y usted.

Sin decirles otra palabra a ninguna de las dos, dio la vuelta y salió de la habitación, dejando un silencio ensordecedor, a su paso.

Los suaves sollozos de la madre finalmente penetraron el silencio, y Ophelia corrió a rodear esa cintura con sus brazos.

—No te dejaré, mamá —prometió severamente con los ojos llenos de lágrimas, que no quería continuar derramando—. No iré a esa escuela. Me quedaré contigo. ¡Te lo prometo!

Los sollozos de la madre se hicieron más fuertes por un momento, antes de agacharse y levantar la barbilla de Ophelia.

—Mi dulce, dulce niña —dijo su madre entre lágrimas—. No te voy a privar de esta oportunidad. No te voy a condenar a una vida, como la mía.

Ophelia lloró junto con su madre. Rogó, suplicó, e incluso la amenazó con huir, y no volver jamás.

Pero al día siguiente, cuando llegó el conde, Delphine ya tenía todo preparado, y Ophelia estaba lista para partir con él. Saludó a su madre entre lágrimas, y se dirigió hacia un futuro, que ni siquiera deseaba.

Capítulo uno

—Y sobre todo, damas, deben recordar que su virtud es su bien más preciado.

Ophelia lanzó una mirada severa a toda la habitación, decidida a captar cualquier señal que las demás chicas estuvieran en desacuerdo con esto. Pero todas permanecieron sentadas, quietas, escuchando, y perfectamente atentas.

La mujer se dio una palmadita, en la espalda, y luego despidió a las muchachas para que fueran a sus lecciones de música.

Ella estaba segura que sus enseñanzas habían salvado a más de una mente joven y fácil de impresionar. De hecho, sus lecciones fueron tan eficaces, que la institución de la señorita Fisher había llegado a lo más alto, en la lista de escuelas, a las que los padres de la alta sociedad querían que asistieran sus hijas.

Los padres pagaban generosamente para que sus hijas asistieran, y las madres podían estar seguras que sus hijas se mantendrían como inocentes, y serían perfectamente respetuosas, sin darles motivos para preocuparse. Incluso cuanto más intrépida era una muchacha, los padres estaban más dispuestos a pagar por las cuotas escolares.

Aunque las lecciones de etiqueta y decoro eran habituales, en todas las escuelas de perfeccionamiento de renombre, las reuniones semanales de Ophelia con las estudiantes se habían vuelto legendarias y, por lo tanto, muy solicitadas.

Cuando Ophelia alcanzó la mayoría de edad y recibió la visita por segunda vez, en su vida, del conde de Batten, él se declaró complacido con lo que vio, y estuvo dispuesto a darle una temporada, para que ella pudiera encontrar un marido con un buen nombre, aunque él debía tener los bolsillos llenos.

—Ese dinero garantizará que será discreto en cuanto a la legitimidad —explicó Lord Batten—. Y ese nombre le dará a usted la vida de respetabilidad, que mi padre quería.

—Él también fue mi padre —replicó Ophelia con dignidad.

Él la ignoró.

—Usted se quedará, en nuestra casa de Mayfair, durante una temporada. Mi esposa la patrocinará, y yo iniciaré las negociaciones para el matrimonio. Su dote será…

—¡No!

—¿Discúlpeme?

—No, no iré a su casa, no entraré en el mercado matrimonial, y no aceptaré su dinero.

Ophelia sabía muy bien que rechazar los deseos de su padre y las exigencias de su medio hermano iban en contra de los planes de su madre. Pero la idea de ser arrastrada por Londres, como una carga, y luego, básicamente, chantajear a un hombre, que fuera tan inescrupuloso, como para pagar por mantener en secreto los detalles de su nacimiento, era un anatema para ella.

Ella había crecido bajo un manto de vergüenza. El tórrido romance de su madre y su padre ensució su propia reputación, antes que tuviera la edad suficiente para forjarse una.

En cualquier caso, Ophelia no tenía ningún deseo de convertirse en propiedad de un hombre ni que el conocimiento de su origen se mantuviera en la cabeza de un marido, quien podría golpearla con esto, si alguna vez él decidiera hacerlo.

¡No! Era mucho mejor permanecer soltera y forjar un camino propio.

Ella se lo había dicho a su hermano, peo él fue tan indiferente, a lo que le podría pasar, que simplemente se encogía de hombros, alejándose.

Ophelia había pensado que tal vez él estaba tan comprometido con la mentira que ella era su prima huérfana, que insistiría en arrastrarla, a una temporada, para sí poder jugar a ser el pariente cariñoso y afectuoso.

Pero ella no podía aceptar esto. Simplemente, él se retiró, ante sus objeciones, y Ophelia se quedó con muy pocas opciones disponibles.

Sabía que tampoco podría regresar a casa de su madre. La suma de dinero que el actual conde le había otorgado, a regañadientes, era suficiente para alimentar a su madre y a la señora Jeffords, pero, ciertamente, la misma no era suficiente para mantener a otra mujer adulta.

Ophelia decidió que convertirse en institutriz era el único camino a seguir, disponible para ella, y se dispuso a ofrecer sus servicios, aunque la señorita Fisher le ofreció un puesto, aquí en la escuela.

Esto había sucedido hacía siete años, y Ophelia nunca miró hacia atrás.

Prácticamente, la casa de la señorita Fisher era su hogar, desde que ella había dejado la suya hacía quince años. Y cuando su madre falleció, el año pasado, a causa de una breve enfermedad, la señorita Fisher fue un hombro sobre el que pudo llorar.

Ophelia aún no había decidido qué hacer con la cabaña.

No había podido volver allí, desde que enterró a su madre. La señora Jeffords se había ido a vivir con su hermana en Escocia. Ophelia todavía le escribía a la querida anciana, quien era lo más parecido a una verdadera familia, que tenía Ophelia, aparte de la señorita Fisher.

Pero la cabaña permaneció cerrada y sin uso.

Un breve golpe, en la puerta de su aula, interrumpió las cavilaciones de Ophelia.

—Señorita Delacourt, la señorita Fisher me envía para recordarle que es hora del té.

Ophelia miró el reloj de pared, sorprendida de haber estado pensando en esto, durante tanto tiempo.

—Por supuesto, gracias, Maisy. —Le sonrió a la joven sirvienta, y luego se apresuró a ir al modesto comedor, que compartían los maestros.

—¡Ah! Ophelia, ahí estás.

Ophelia rápidamente se sentó frente a la señorita Fisher, y comenzó a servirles el té.

Por las tardes, ellas solían tomar el té juntas. Ophelia se había convertido en una especie de segunda al mando y, aunque todavía no lo habían discutido, en profundidad, se esperaba que Ophelia se hiciera cargo de la gestión de la escuela, cuando la señora mayor, ya no pudiera hacerlo.

Charlaron un rato sobre el día y sus estudiantes, antes que la señorita Fisher mostrara una carta, que había recibido, justo esa mañana.

—La señora Trench ha vuelto a escribir...

Ophelia hizo una pausa, desistiendo de llevarse la taza a los labios.

—La dama es ciertamente persistente. —Ella frunció el ceño.

La señora Trench había estado escribiendo casi semanalmente, durante seis meses, rogándole a la señorita Fisher que se hiciera cargo de su hija mayor, Eliza. La primera vez, la señora indicó que tenía dieciséis años. Pero esa muchacha era considerablemente mayor que las chicas, que llegaban a la escuela, por eso la señorita Fisher se había negado a aceptarla, desde el principio.

Después de todo, la muchacha estaba a punto de hacer su debut. Recibió una educación de alto nivel, dominaba el piano y la acuarela, y tenía una excelente herencia.

Ni la señorita Fisher ni Ophelia estaban seguras que sus enseñanzas fueran de alguna utilidad, en tan poco tiempo.

—Ella escribe que la familia Trench se sentiría honrada de donar una suma para ampliar la biblioteca, si pudiéramos encontrar un espacio para Eliza, antes que haga su debut en la sociedad, el próximo año.

Ophelia extendió la mano y tomó la carta, que la señorita Fisher le había mostrado. Ella leyó rápidamente la misiva y sus ojos se abrieron, cuando vio la suma ofrecida.

—¡Cielos! —exclamó—. Realmente la quieren en nuestra escuela. ¿Estás pensando en esto?

—Es una suma considerable, Ophelia. Imagínate los libros que podremos comprarles a las chicas.

¡Esto era muy tentador! No había duda alguna. Pero Ophelia no pudo evitar preguntarse qué era exactamente lo que le pasaba a la joven para que sus padres estuvieran repartiendo una pequeña fortuna, si se educaba con la señorita Fisher.

—Creo que aceptaré su oferta. Si alguien puede ayudar a la muchacha, eres tú.

Ophelia asintió, en señal de acuerdo, aunque todavía sentía una fuerte punzada de inquietud.

—Si la chica me necesita, estaré encantada de ayudarla —dijo Ophelia con una confianza, que esperaba no fuera infundada—. Después de todo, ¿cuánto daño puede hacer una joven de dieciséis años?

***

No obstante, tres semanas después, Ophelia tuvo una buena idea de cuánto daño podría hacer una joven de dieciséis años. ¡Muchísimo!

Ella estaba en una reunión privada con la joven señorita Trench, lo cual era un último esfuerzo por comunicarse con la tonta muchacha, antes que mandaran a buscar a sus padres.

El sermón de esta tarde, como lo llamó Eliza, estuvo inspirado en los planes recientemente descubiertos de la chica de intentar tener una cita con un joven comerciante local. Aunque una de las estudiantes había acudido a Ophelia, preocupada que Eliza se estuviera poniendo en peligro.

Ophelia miró a la joven sentada frente a ella, esperando poder comunicarse con la obstinada criatura.

Eliza era el epítome de la rosa inglesa: tez color melocotón y crema, rizos suaves y dorados, grandes ojos azules, de excelente linaje y con una dote saludable. Tenía todas las posibilidades de lograr un buen matrimonio y disfrutar de una vida feliz y satisfecha con un marido, que la cuidara y la respetara.

Sin embargo, eso no sucedería, si ella se metiera en problemas con un joven, que era bien conocido, entre las hijas de los comerciantes, por ser un completo sinvergüenza.

—El problema con los libertinos, querida, es que son muy buenos para tomar lo que quieren, y nada buenos para dar nada de sí mismos a cambio.

Eliza miró fijamente a Ophelia, sin responder, con el rostro desprovisto de emoción.

Ophelia no podía saber si estaba logrando comunicarse con la chica o no.

—Creo que será mejor que te quedes la semana que viene, cuando las muchachas vayan a la tienda de té de Gunter.

Todos los meses, las chicas mayores eran llevadas a la ciudad, y se les permitía gastar el dinero, que tenían, para comprar helados o, tal vez, algunas pequeñas delicias en Bond Street.

Como el clima estaba empezando a mejorar y la ciudad comenzaba a llenarse de gente para la temporada, ellas habían solicitado una visita a la elegante casa de té, y Ophelia lo aceptó. A ella también le gustaba mucho el lugar.

Esto sí obtuvo una respuesta, el rostro de Eliza se contrajo por la ira.

—Mi padre no estará contento de saber que me están maltratando así, señorita Delacourt.

Ophelia no hizo oídos sordos a la amenaza, reflejada en el tono de Eliza, pero permaneció imperturbable, ante ella.

—Tu padre te envió aquí para que te enseñemos y está totalmente de acuerdo con nuestros métodos, señorita Trench. No te estamos maltratando, te estamos enseñando que tus decisiones y elecciones tienen consecuencias… Elegiste intentar romper las reglas y, por lo tanto, debes vivir con las consecuencias de tu elección.

Los bonitos ojos azules de Eliza se entrecerraron, pero Ophelia mantuvo una máscara de calma en su lugar.

Esperaba una rabieta o una discusión. Tal vez más amenazas vacías.

Pero Eliza pareció pensar mejor lo que estaba planeando, ya que con un gruñido de frustración, salió pisando fuertemente del aula de Ophelia, y la puerta se cerró de golpe tras ella.

Capítulo dos

—Señorita Fuller, ¿dónde está la señorita Trent? —Ophelia se aseguró de mantener su voz firme y tranquila, pero por dentro, estaba cada vez más frustrada con la chica.

Este mismo comportamiento fue la razón por la que les advirtieron, que no aceptaran a la joven testaruda, en la escuela.

Desde que se conocieron la semana pasada, Eliza se había vuelto aún más disruptiva, durante las clases a las que se molestaba en asistir. Pero desde que se perdió el viaje a Gunter, dos días antes, no se había presentado en ninguna de las clases de Ophelia.

Había fingido tener dolores de cabeza y mocos, pero aparecía a la hora de cada comida, y no se había perdido ni una sola lección de la señorita Fisher ni con las otras tutoras.

¡No! Parecía que ella estaba librando una especie de guerra con Ophelia.

Aunque cuando Ophelia la veía, a la hora de comer, ella lucía más bien pálida. El problema era que Ophelia no estaba convencida que la enfermedad fuera la que afectaba a la joven.

—La señorita Trent no se sentía bien, esta mañana, señorita Delacourt.

Louisa Fuller era una chica dulce y concienzuda, pero mentía. Sin duda, a instancias de Eliza Trent.

—Muy bien. —Ophelia sonrió y continuó con su lección, pero tomó nota de hablar con la señorita Fisher sobre el comportamiento de la muchacha problemática.

Y por supuesto, ella también estaba preocupada por Eliza. Había algo extraño en estas enfermedades. No obstante, el cansancio no se podía fingir, y realmente la chica parecía estar demasiado cansada, durante la última semana.

Ophelia terminó las lecciones del día, realizando otra charla con las jóvenes sobre su virtud, y lo imperativo que era para ellas, mantenerla intacta hasta que encontraran a un marido digno.

Su mente se remontó a ese día terrible, en el que la habían separado de su madre. Aunque no lo entendía, cuando creció, llegó a comprender lo que había sido su madre y en qué se había convertido ella.

No permitiría que ninguna otra chica sufriera su destino, que tuviera que pasar toda su vida, mintiendo sobre su identidad, y que su propia sangre la tratara como un secreto sucio y vergonzoso.

Y Ophelia había tenido más suerte que la mayoría de las muchachas, en esas condiciones. Su hermano tal vez no la quisiera ni la apreciara, pero se había encargado de educarla, alimentarla y vestirla. Y la habría visto casada con relativa comodidad, si ella se lo hubiera permitido.

El orgullo de Ophelia le había impedido aceptar la propuesta de dote de Batten, debido a que la misma venía condicionada con la falsa historia de la prima huérfana.

Ella no quería ver a ninguna de sus chicas, acorralada en la misma situación.

Y ciertamente, Ophelia era afortunada. Su vida había sido relativamente fácil, especialmente en comparación con lo difícil que la misma pudo haber sido. Por supuesto, esto no era algo que les deseara a sus queridas estudiantes.

Eliza Trench tenía la oportunidad de encontrar a un marido, que la amara, y de tener hijos, cosas que no estaban al alcance de Ophelia, quien no quería pasarse la vida, en un

matrimonio, mintiéndole a su esposo sobre su origen.

¿Y qué clase de matrimonio sería ese, después de todo?

El reloj de la repisa dio la hora y Ophelia despidió a las chicas. Normalmente, no dejaba que sus reuniones vespertinas con ellas se produjeran tan cerca de la hora de la cena, pero su preocupación, por la señorita Trent, la había vuelto un poco más locuaz, esa noche.

—Señorita Fuller, una palabra, ¡por favor! —gritó, mientras la tímida morena pasaba corriendo, con la cabeza gacha.

Los ojos de Louisa se abrieron un poco, pero asintió, apartándose del flujo de chicas, que salían apresuradamente de la habitación.

Ophelia esperó hasta que la habitación y el pasillo exterior estuvieran vacíos, antes de sonreírle a la joven, que la esperaba afuera de una manera tranquilizadora.

Ella se había dado cuenta que Louisa se había convertido en una especie de mascota para Eliza, quien estaba mucho más segura de sí misma. Incluso la seguía a todas partes, algo admirada por Eliza, según le pareció a Ophelia.

—Siéntate, Louisa —dijo, usando el nombre de pila de la joven con la esperanza de crear un ambiente de camaradería.

Si Eliza estaba tramando algo, o de hecho estaba en una situación, que no era del todo segura, y Louisa lo sabía, entonces, Ophelia también necesitaba saberlo.

—¿Quieres un poco de té? —preguntó Ophelia, mientras tomaba la campana para pedir una bandeja, mirando con el rabillo del ojo cómo Louisa retorcía las faldas de su modesto vestido oscuro entre sus dedos.

La joven estaba definitivamente nerviosa y, aunque podía ser muy nerviosa, normalmente se sentía cómoda, en presencia de Ophelia.

—Espero que Eliza se sienta mejor pronto —expresó Ophelia con cautela, sentándose frente a Louisa—. Creo que si los dolores de cabeza continúan, tal vez deberíamos considerar llamar al doctor Foster.

Observó cómo se agrandaban los ojos color avellana de la chica, antes que cayeran nuevamente a su regazo.

Un golpe en la puerta anunció la llegada de Hattie con una bandeja de té, por lo que Ophelia se dispuso a darle las gracias a la criada, y luego a servir el té para Louisa y ella. Esta era una de las cosas que Ophelia había aprendido en la escuela y no en casa, ya que su madre y ella nunca recibían visitas, que requirieran conocimientos de etiqueta para tomar el té.

Ambas bebieron su té en silencio. Louisa mordisqueó las galletas de jengibre, que la cocinera había enviado junto con el té.

—Louisa, querida. —Ophelia dejó la taza y se inclinó hacia delante—. Espero que entiendas que todo lo que hago aquí, todo lo que hace la señorita Fisher, es por el bien de las estudiantes. Aunque no siempre parezca así, o aunque a veces… esto parezca agobiante.

Louisa simplemente miró a Ophelia con los ojos muy abiertos, y no dijo nada.

—Eliza… La señorita Trench puede que se haya sentido molesta por no haber ido a Gunter, pero la seguridad de nuestras estudiantes es una preocupación primordial. Todas ustedes son damas inocentes y de buena educación. No saben nada de los peligros, que pueden acechar a una joven, si no está debidamente acompañada o preparada para afrontar tales cosas. Ahora bien, yo sé que...

—¡Oh, señorita Delacourt! Me preocupa mucho Eliza. He intentado decirle que ese lugar es peligroso, escandaloso, más allá de lo que pueda imaginar, pero, ¡no me escucha!

Ophelia no pudo evitar mirarla en estado de shock, mientras Louisa estallaba en sollozos

ruidosos y agitados.

—Todas las noches, me quedo despierta, rezando para que regrese, sana y salva. ¡Ay, no sé qué hacer!

"¡Cielos!" pensó Ophelia, alarmada y asustada. *"¿Qué ha estado haciendo esa muchacha?"*

—Louisa —dijo, y puso un pañuelo en las manos de la chica, que sollozaba—. ¿De qué estás hablando?

Su tono era un poco más brusco de lo que le hubiera gustado, pero la preocupación por la impulsiva, pero aún joven Eliza, estaba en primer plano, en su mente.

Había momentos en que Ophelia encontraba desafiante a la chica, es cierto, pero también sentía una especie de admiración, a regañadientes, por la agresividad de Eliza. Ophelia nunca había tenido ese temperamento, prefería no llamar la atención, por temor a que se le escapara accidentalmente, que ella había nacido en el lado equivocado.

No quería acabar con la audacia ni con el sentido de aventura de las chicas. Solo quería que aprovecharan sus cualidades de la manera correcta. Deseaba que estuvieran a salvo. Pero, sobre todo, anhelaba que evitaran la vida, que su madre había elegido. No solo era por ellas, sino también para sí misma.

Sin embargo, en ese momento, con mucho gusto encerraría a Eliza Trench, en una torre, si eso significara protegerla de aquello en lo que se había metido. Incluso Ophelia estaba segura que Louisa no estaría tan angustiada, si no se tratara de algo tan grave.

—Prometí que no se lo diría, señorita Delacourt, pero temo por mi amiga —dijo Louisa con tristeza.

Ophelia se levantó de su silla, agachándose frente a Louisa, con sus propias faldas de muselina gris ondeando, a su alrededor.

—Le haces honor a tu amiga, al intentar guardarle el secreto —dijo, manteniendo la voz lo más tranquila posible—. Pero si está en peligro, debes decírmelo. No queremos que le pase nada, ¿cierto?

—N-no —dijo Louisa, sollozando.

La paciencia de Ophelia pendía de un hilo, mientras la joven olía y tiraba de su pañuelo. Finalmente, ella dejó escapar un suspiro y miró a Ophelia directamente a los ojos.

—Ella… Ella se ha encontrado con un joven y han estado intercambiando cartas.

Ophelia sintió que se le caía la mandíbula.

"¿Intercambio de cartas? Pero el correo llega a mí o a la señorita Fisher, antes de ser distribuido a las muchachas. Hay una política sobre las cartas… Las reglas son demasiado estrictas."

—¿Cartas? —repitió Ophelia—. Pero…

—Ella le pagó a una de las criadas para que se las trajera y enviara, señorita Delacourt —replicó Louisa—. Y… Y luego él la invitó a una fiesta. Todos le advertimos que no fuera, y ella se negó al principio, pero…

En ese momento, la muchacha dudó, y Ophelia asintió con la cabeza, en señal de aliento. Y esto fue todo lo que ella pudo decir.

La idea que esto sucediera, bajo sus propias narices, dejó a Ophelia, en silencio, tan sorprendida.

—Pero… cuando te negaste a permitirle ir a Gunter, ella se molestó mucho y, esa noche, se escapó para ir con él.

El estómago de Ophelia se hundió, ante esta información. Acaso, ¿había obligado a una

joven a hacer algo tan peligroso y potencialmente ruinoso? Se sentía enferma y tenía ganas de echarse a llorar, pero, por supuesto, su semblante permanecía tranquilo. No debía molestar más a Louisa y era imperativo que toda la historia saliera a la luz, ahora que la chica estaba hablando.

—¿A dónde? —preguntó Ophelia con voz misericordiosamente firme.

No obstante, en su interior, ella se sentía agitada. La culpa, el miedo y la vergüenza competían por tener prioridad. Durante todos estos años, ella pensó que estaba manteniendo a sus "hijas" a salvo, y en el camino correcto.

"¿Cuántas de ellas han intercambiado cartas con hombres, bajo mis narices? ¿Cuántas se escaparon, mientras estaban bajo mi cuidado?"

Esta línea de pensamientos la hizo reflexionar con humildad.

—No recuerdo el nombre del caballero que organiza las fiestas. Es un par del reino, aunque mi familia no lo conoce. —Louisa frunció el ceño, mientras el silencio destrozaba los nervios de Ophelia.

—¡Lord Guilford! —exclamó de repente—. Era Lord Guilford. Al parecer, se relaciona con un grupo de personas muy depravadas, señorita. Eliza dijo que el lugar es aterrador, pero también emocionante. Y ella... ella ya volvió allí para pasar la noche.

Los ojos de Louisa se llenaron de lágrimas, una vez más.

—Se enfadará mucho porque se lo he contado, señorita Delacourt. Pero... pero parece tan aterrador. Tan ruinoso. No creo que Eliza deba ir allí.

Todo el cuerpo de Ophelia se congeló.

"¡El marqués de Guilford!"

Las muchachas aún no debían saber de ese hombre y sus semejantes, ya que Ophelia, la señorita Fisher y las otras tutoras hicieron todo lo posible para proteger a las muchachas del estilo de vida de esos hombres.

Pero Ophelia conocía al hombre, si no de vista, ciertamente por su mala reputación. Ese nombre aparecía en los titulares escandalosos, más que cualquier otro. Esas fiestas eran motivo de pesadilla para gente como Ophelia, cuyo trabajo era mantener a las jovencitas impecables, alejadas de gente, como él. Y una de sus chicas estaba allí, ahora mismo… Entrando en la guarida de los libertinos… Y en las garras del peor bribón de todos.

Capítulo tres

Caleb Feldham se sentó en su silla habitual, y contempló su reino, a falta de una palabra mejor.

"¿Cuándo se volvió todo tan… mundano?"

En su juventud, fiestas como esta, que no se celebraban en los sofocantes y serios salones de baile de la alta sociedad, lo llenaban de emoción. Ahora, lo sofocante y serio le parecía interesante. Al menos, esto era algo diferente.

Una explosión de risas estridentes se escuchó por encima de los valientes sonidos de la orquesta, y él miró para ver a la deliciosa Lady Anita Fairchild, dominando a un grupo de hombres aduladores.

Lady Anita había sido desde hacía mucho tiempo uno de los mayores atractivos de las reuniones de Caleb. Su belleza era el tema casi exclusivo de toda la insípida poesía, que allí se recitaba.

De hecho, ella estaba de moda. Incluso, tal vez, la última propuesta de un insufrible poeta de corazón sangrante, por el que todos estaban fascinados, estaba escrita sobre Anita. Además, habiendo disfrutado de la compañía de la dama de vez en cuando, a lo largo de los años, Caleb podía imaginarse que ella inspiraría ese tipo de adoración, en los demás, pero no en él. Además, nadie había llevado nunca a Caleb a la poesía, a pesar que en su juventud, él fue muy sentimental.

La noche aún no se había convertido en un caos, pero pronto sería así. Esto era inevitable. La gente venía aquí para escaparse… Y más tarde, cuando la temporada estuviera bien encaminada, los caballeros que se encontraran allí, estarían demasiado asustados o muy ocupados, manteniendo una falsa sensación de respetabilidad, que debían lucir.

Caleb sabía bien que esos mismos señores e incluso damas todavía mantenían relaciones clandestinas: las señoras con lacayos o mozos de cuadra dispuestos, y los caballeros, escudados en una falsa conducta religiosa.

Ninguno de ellos era tan puro, como las imágenes que tanto se esforzaban en proyectar, ante la alta sociedad.

El nombre de Caleb quedó ensuciado, en todos los lugares respetables, porque él no se escondía detrás de la puerta, y no disfrutaba de ese estilo de vida hipócrita. No sentía la necesidad de fingir.

"¿Por qué no lo haces?" La voz suave e interrogativa no podía ser ignorada. Pero, sí… Había estado simulando durante algún tiempo… Aparentando que estaba satisfecho con su suerte en la vida… Fingiendo que esta vida y estos comportamientos no lo aburrían. ¡Pero sí lo obstinaban!

Incluso hacía meses que él sentía la necesidad de huir de su propia vida y de esta antigua vía de escape, que lo había llevado a vivir tan licenciosamente y decadentemente, durante todos estos años. Por supuesto, este hedonismo no lo satisfacía.

"En serio, ¿has intentado, alguna vez, salir de aquí?"

Habiendo crecido con un padre y un hermano mayor, que bebieron hasta morir prematuramente, lo que le valió un marquesado, que particularmente no quería, en realidad, él no había aprendido nada más que a disfrutar de los vicios. Aunque su madre era una persona amable, que no podía enfrentarse a su grosero marido. Y a sus hijos no se les enseñó ni se les

animó precisamente a respetarla.

Gerald había seguido felizmente los pasos de su padre. Pero Caleb jamás habría podido tratar a su dulce y gentil madre de esa manera. Por más que lo intentara, él nunca habría podido ser tan cruel y horrible, como su padre y su hermano.

Pero los vicios, el juego, la prostitución, la bebida y las juergas… Él se había adaptado a ellos como pez en el agua… Hasta hace poco… Frustrado consigo mismo por no poder librarse de ese estado de ánimo sensiblero, Caleb se sirvió unos cuantos dedos de su mejor brandy, bebiéndolo todo de un solo trago.

Al echar un vistazo alrededor del salón, notó la llegada de sangre nueva.

Cada año, al menos unas cuantas debutantes, recién salidas de la escuela, llegaban aquí, deseando ser corrompidas. Todas ellas creían que querían disfrutar de las peculiares inclinaciones, que se daban allí, pero la mayoría no lo soportaba y, tras probar un poco de algo ilícito e inapropiado, volvían a sus recatadas vidas de chaperonas y cazadoras de maridos.

Sin embargo, de vez en cuando, un personaje verdaderamente salvaje atravesaba las puertas.

A Caleb no le interesaban las jóvenes, en sus primeros momentos de feminidad, y, de hecho, tendía a alejarlas de los hombres más experimentados y lujuriosos que conocía.

Era hijo de su padre, pero también de su madre, y nunca permitió que ninguna dama sufriera daño alguno, en su casa.

Tal vez, él era una rareza entre las personas con las que se relacionaba, pero a él no le importaba en absoluto actuar así. Era un poco malvado, aunque no verdaderamente depravado, y se aseguraba que todas las mujeres, que acudían a sus reuniones, estuvieran a salvo y consintiendo con lo que les hacían.

Observó a las recién llegadas, enmascaradas, por supuesto.

Algunas de las damas no se molestaron en ocultar su identidad, ya fuera porque pertenecían al mundo de las pequeñas empresas, o debido a que eran viudas lo suficientemente respetables, como para soportar un pequeño escándalo asociado, a sus nombres. Además, algunas aún recibían invitaciones para fiestas, y vales para Almack's. La alta sociedad era orgullosamente hipócrita, en ese aspecto.

Las damas sabían muy bien que sus maridos estaban allí y que las mujeres que asistían estaban tan lejos de ser respetables. Pero una vez que había un anillo en ese dedo, o al menos estuviera allí, todas estaban dispuestas a mantener la vista gorda. Incluso mientras la delgada capa, que les permitía creer que eran mejores que los demás, no fuera perforada, la vida continuaba con normalidad.

Caleb observó a una recién llegada, a su grupo, que se dirigía con audacia hacia él, con un cachorro que la seguía con la lengua prácticamente moviéndose. Llegó por primera vez hacía un par de noches, pero no se le había acercado. Al menos, todavía no… No obstante, parecía que ella decidió que esa noche era “la noche”.

Incluso desde su rincón, Caleb podía ver que ella se comería vivo a ese muchacho verde con el que estaba… La forma en que se movía, el arrogante movimiento de su cabeza... Lo último era una de las excepciones a la regla de las señoritas inocentes, que mordían más de lo que podían masticar.

Y era muy probable que ella causara más problemas de los que valía.

Caleb podía ver que más de un par de ojos seguían a la chica. Y ahora, tendría que pasar la noche, asegurándose que ella no se metiera en problemas.

Reprimiendo una maldición, la observó, mientras ella se acercaba audazmente a él.

—Lord Guilford.

Caleb la miró con aburrimiento.

Era igual que las demás: rizos dorados perfectamente peinados, ojos azules comunes y corrientes, apenas visibles bajo la máscara de seda color marfil, y curvas esbeltas y perfectamente proporcionadas, que se destacaban en un blanco virginal.

¡Hasta podría comer de sus manos! Sin embargo, Caleb no sintió ni un ápice de interés por ella.

—¿Usted es bienvenida a mi casa, señorita?

—Creo que es mejor permanecer en el anonimato, ¿no lo cree? —Esos labios se curvaron.

Probablemente, ella pensó que sonaba seductora. Pero para Caleb, esto simplemente sonaba dolorosamente. ¡Y ella no debería estar aquí!

Un inesperado ataque de culpa lo tomó por sorpresa.

"¿Cuántas otras chicas, como ella, han caído en desgracia, en estas mismas habitaciones? ¿Por qué no me había dado cuenta antes? Más concretamente: ¿por qué me estoy dando cuenta ahora?" Aunque él se aseguraba que los hombres de allí estuvieran al tanto de lo que se toleraría, y tenía lacayos apostados, en el lugar, para asegurarse que no se usara la fuerza contra ninguna mujer, realmente, nunca les había impedido a ellas, que saltaran alegremente e ingenuamente hacia su ruina. Y estaba empezando a pensar que debería haberlo hecho. O al menos debería intentarlo.

—Tal vez sea una buena idea —murmuró entre dientes—. Usted no debe perder la cabeza. Esta no es la típica velada de la alta sociedad.

Él observó con vaga diversión cómo esa barbilla se inclinaba hacia arriba.

—Puedo cuidar de mí misma —replicó ella, quien también parecía creerlo.

"Esta pequeña tonta, tan ingenua…"

—Lo dudo mucho —espetó, sin importarle que ella abriera los ojos de par en par, y se sonrojara. No sabía si lo dijo por vergüenza o enojo—. Usted hará bien en recordar que la mayoría de los asistentes, aquí, han jugado a este juego, durante mucho más tiempo y mucho mejor que usted. Si tuviera algo de sentido común, daría la vuelta y se marcharía, ahora mismo.

—¿Yo-o?

Ese tartamudeo desencadenó otra ola inesperada de culpa en él. Caleb miró más allá de ella hacia el muchacho de rostro pálido, que había estado escuchando con una especie de horror fascinado. Incluso Caleb ya había visto al tipo de pasada, antes. No sabía cómo había llegado hasta allí ni cómo ella había conseguido acceder a él.

"¿Un amigo de un amigo? ¿Tal vez?"

Caleb no hacía distinciones de clases sociales. Esa era otra rareza que exhibía, en su casa, en Grosvenor Square.

—¡Usted! —Los ojos del joven se clavaron en la mirada oscura de Caleb—. Tal vez sería prudente llevarse a la chica a casa. Supongo que usted...

—¡Eliza!

Un chillido reverberó en el cavernoso salón, llamando a detener el estruendo de las charlas, las risas y la música.

Caleb miró hacia arriba y vio a una figura encapuchada, corriendo hacia donde él estaba sentado.

—¿Qué tenemos aquí? —susurró para sí mismo.

La figura, presumiblemente una dama, a juzgar por el agudo chillido, que había emitido

momentos antes, prácticamente se detuvo ante ellos.

—¡Eliza!

La voz sonaba sin aliento, aunque todavía no podía verle el rostro. La capa que llevaba la cubría por completo, y la enorme capucha le tapaba el rostro, totalmente.

Él extendió la mano y colocó una mano enguantada, alrededor del brazo de la chica, Eliza.

—Nos vamos inmediatamente.

Ella comenzó a sacar a Eliza, pero la muchacha tonta había clavado sus talones en la alfombra de Aubusson, y no se movía.

—Eliza... Da… Date prisa. —Esas palabras estaban intercaladas con resoplidos y jadeos, y Caleb se encontró extrañamente divertido por esa travesura.

Ella sonaba como una institutriz severa, pero su voz era baja y gutural, y de repente, de manera desesperada e inexplicable, él quiso saber cómo era ella.

"Quizás esta mujer pueda ser de ayuda."

Caleb se levantó de su silla y dio un paso adelante, elevándose sobre la misteriosa dama y la pequeña arpía que no se movía.

—No necesito la ayuda de alguien como usted —siseó la figura encapuchada. Caleb se sorprendió y se sintió más que un poco intrigado por el veneno, en ese tono de voz.

—¿Nos conocemos? —preguntó, intentando, sin éxito, ver más allá de la voluminosa capucha.

—No, ciertamente, no nos conocemos, y nunca lo haremos.

Por alguna razón, esa ira y clara desaprobación lo divirtieron.

—Me tiene en desventaja, señorita —replicó él, suavemente—. Porque sabe claramente quién soy yo, pero yo no sé quién es usted.

Caleb nunca había visto a una persona irradiar tanta desaprobación, pero ciertamente lo estaba presenciando ahora. Un suspiro sonó, como si viniera de las prácticas botas de una mujer joven, quien se escondía debajo de una capa de gran tamaño.

—Milord —dijo ella, que sabía que él era un noble, aunque no parecía impresionada por este hecho—. Cualquier mujer con un mínimo de sentido común sabe quién es usted, y sabe que debe evitarlo a usted y a sus semejantes, a toda costa.

Caleb giró ligeramente la cabeza hacia la joven, que miraba rebeldemente en la dirección opuesta.

—Ahora, tomaré mis responsabilidades y me marcharé de este lugar inicuo, antes que nuestros ojos se vean empañados por la privación inmoral y anticristiana de la que usted tanto disfruta… Buenas noches.

"Es su pupila… ¿Ella es una institutriz, tal vez?"

Parecía pequeña de estatura, ciertamente mucho menor que la suya, que es de seis pies y dos pulgadas. También era delgada, por lo que él podía ver algo bajo las yardas de tela, que vestía. Así que Caleb solo podía suponer que esa indignación justificada le otorgaba una fuerza sobrehumana, ya que logró arrastrar a la joven marimacho, a través del salón de baile, y fuera de su vista, mientras sus invitados se apresuraban a apartarse del camino de ambas.

Caleb la miró fijamente, algo divertido y con cierta fascinación.

"¿Quién es ella? ¿Y por qué estoy tan interesado en saberlo?"

Capítulo cuatro

Ophelia bebió un sorbo de té y notó que le temblaba la mano, cuando volvió a dejar la taza en el platillo. Era extraño que todavía estuviera tan afectada por el mero hecho de haber estado en presencia de un hombre, que, según ella, era un canalla de la peor calaña.

Ella dudó entre estar completamente horrorizada por haber visto su hermoso rostro, en sueños, y seguir desconcertada por su reacción, ante él.

Por supuesto, era lógico que el hombre fuera obscenamente atractivo.

"¿De qué otra manera pudo haber seducido a innumerables jovencitas, robándoles su virtud, y asegurándose que sus vidas quedaran arruinadas?"

Pero ella se quedó aturdida por la manera cómo esos hombros anchos, ese cabello negro, como el azabache, y esos penetrantes ojos azules la habían sacudido. Incluso el escalofrío, que le recorrió la espalda, cuando él sonrió, fue de lo más incómodo e irritante.

Ophelia había pasado toda su vida adulta, esforzándose por ser lo opuesto a su madre, en todos los sentidos imaginables. Trataba de no vivir de las sobras, que le tiraban los hombres ricos, e intentaba de alejar a jóvenes atractivas del camino de vida de su madre.

Aún así, ella permaneció allí, toda agitada, a causa de una sonrisa pecaminosa. Era algo que de ningún modo toleraría. Por supuesto, Ophelia era mejor que todo esto. Lo único bueno fue que su preocupación por Eliza había sido tan intensa, y su horror, ante su reacción frente un rostro atractivo, tan palpable, que había hecho un buen trabajo, al arremeter y solo mostrar su disgusto y molestia.

Sintiéndose inquieta, se dirigió a su modesta estantería, y examinó los títulos.

No obstante, nada le llamaba la atención, nada le atraía ni siquiera los poemas de amor de los que pretendía burlarse.

Un tímido golpe sonó en la puerta de su modesta habitación privada, y ella se apresuró a abrirla, contenta por la distracción.

Al abrirla, vio a Louisa Fuller de pie, con un camisón y una bata, retorciéndose las manos, y con aspecto de estar siendo conducida a la horca.

—Señorita Fuller. —Ophelia parpadeó sorprendida y la preocupación creció rápidamente en su interior.

Las chicas rara vez iban a su dormitorio, y solo lo hacían cuando algo andaba mal.

—¿Qué sucede? —preguntó ella.

Los ojos de Louisa se abrieron y Ophelia se mordió el labio nerviosamente.

—E-es Eliza, señorita Delacourt —susurró Louisa, y a Ophelia se le encogió el estómago —. Se ha ido otra vez.

***

A Caleb no se le escapó lo inusual que era su comportamiento actual. Tampoco ignoró que el mismo era el tema de conversación, en su casa.

Porque no solo le había dicho a Havers, que no permitiera a ninguna jovencita inocente asistir a la mascarada de esa noche, sino que además estaba evitando su propia velada, encerrado en su estudio, como un viejo cascarrabias aburrido.

Y todo fue culpa de aquella misteriosa dama de la capa. Desde que ella salió furiosa de su

casa con su protegida involuntaria, bajo el brazo, Caleb había estado extrañamente preocupado con pensamientos sobre esa mujer estridente.

Por lo que él sabía, su rostro estaba a la altura de su comportamiento iracundo. Pero... estaba tan intrigado por ella, esa noche, como lo había estado ayer. Lo más extraño es que había estado pensando en ella, todo el día. Incluso esa culpa persistente, mezclada con una diversión inesperada, fue lo más desconcertante.

Cuando los invitados empezaron a llegar, los caballeros, ya estaban casi borrachos, y muchas damas mostraban faldas mojadas, exhibiendo vulgares cantidades de escote. Caleb simplemente dio la vuelta y se alejó de este espectáculo.

Nada de esto lo atraía. Más bien, todo esto le inspiraba una especie de vulgar repugnancia. ¿Era posible que ya hubiera superado el libertinaje? Tanto su padre como su hermano mayor habían disfrutado vidas de libertinos hasta que literalmente, estas actitudes fueron las causantes de sus muertes.

El corazón de su padre falló, durante una de esas fiestas, y su hermano se cayó y rompió el cuello, en una carrera de caballos, estando ebrio, apenas tres años atrás.

Caleb no había llorado a Gerald más de lo que lamentó la pérdida de su padre.

La verdad era que ambos eran unos desgraciados, fríos e insensibles, que solo se habían interesado por Caleb, cuando él se unió a ese mundo de libertinaje.

Cuando el manto de marqués cayó sobre los hombros de Caleb, fue más fácil continuar con el legado, a la manera de su hermano y su padre.

Su madre se mantuvo lo suficientemente alejada de la ciudad, como para poder esconder la cabeza en la arena, y fingir que su marido no había moldeado, a sus dos hijos, a su propia imagen.

Tal vez, si ella hubiera sido más fuerte, interesándose y preocupándose más por sus hijos, habría podido mantenerlos alejados de las garras de su padre.

Aunque Caleb nunca eludió la responsabilidad de sus acciones. Vivió así porque eligió este camino. Su madre nunca tuvo la culpa. Quizás ni siquiera su padre. Posiblemente, él llevaba esto en la sangre: una predisposición al libertinaje.

Aunque esta noche no podía seguir con esto... Esta noche, deseaba nunca haber conocido a esa gente, y estaba demasiado preocupado, pensando en la víbora de lengua afilada, que había sido tan deliciosamente desaprobadora.

Se oyó un alboroto, en el pasillo, y él frunció el ceño, saliendo de sus pensamientos. Esta parte de la casa estaba prohibida para el público. Él no era exactamente mojigato, pero tampoco quería que la gente anduviera, como cerdos, por toda su casa. Estas habitaciones, y el pasillo de donde provenía el bullicio, no eran para nadie más que para él.

Caleb se encogió de hombros y se sirvió otra copa de brandy. Quienquiera que fuese, Havers se ocuparía. El mayordomo no era precisamente ortodoxo, y daba tanto miedo, que nadie intentaba pasar por encima de él. Incluso si lo hacían, el ex marinero era muy capaz de repartir golpes, a diestra y siniestra. Y esta fue exactamente la razón por la que Caleb lo había contratado.

Havers lo salvó de la paliza de su vida, cuando una partida de cartas, en los muelles, salió mal. Y él se negó a dar ningún pago indebido. Aunque Caleb apareció, demostrándole su lealtad y que era más fuerte que Sansón.

Entonces, cuando Gerald murió y su anciano mayordomo fue enviado a retiro, le ofreció el puesto a Havers, y se sorprendió, un poco, cuando el hombre mayor aceptó.

La mayoría de los sirvientes nacían para ese puesto, especialmente los mayordomos, pero

Havers se adaptó a él, como un marinero al agua.

A él no le interesaban los vicios de Caleb, que eran muchos, pero sabía cómo mantener bajo control demasiadas situaciones peliagudas, que surgían cuando las cosas inevitablemente se salían de control. O al menos lo había hecho… Hasta ahora, aparentemente…

Caleb estaba dividido entre salir a ver qué pasaba para saber quién estaba creando tanto alboroto, o quedarse allí escondido, sintiéndose extrañamente insatisfecho.

Mirando la botella de brandy, medio vacía, que tenía frente a él, se estaba preparando para ignorarlo todo, cuando una voz estridente, impactante y familiar sonó en el pasillo.

—Suélteme de inmediato, señor. Y dígale al marqués que no me iré hasta verlo.

"¡Eso no puede ser!"

Incómodamente, Caleb sintió los primeros indicios de interés y emoción, que había percibido desde la noche anterior. Pero también había una buena dosis de irritación allí, que lo mantenía cuerdo.

Al dirigirse a la puerta, dividido entre la anticipación y el absoluto desconcierto, giró la manija y salió al pasillo.

Esta vez, ella no llevaba capa. Pero su vestido color pizarra era tan voluminoso, que la ocultaba un poco. Al menos, sin la capa ni la capucha, él podía ver su cabello, tan negro, que parecía casi azulado, a la luz parpadeante de las velas. Se imaginó que el mismo sería muy hermoso, si no estuviera recogido en un moño tan apretado, en la parte posterior de la cabeza.

Una simple máscara negra estaba atada, alrededor de su rostro, por lo que él solo podía ver una nariz respingona y un par de labios deliciosos, y estaba muy seguro que los mismos se desperdiciaban, ya que ella era como una musaraña, que lo miraba fijamente.

No podía ver el color de sus ojos, debajo de la máscara. Lo más probable era que fueran rojos y lanzaran dagas sin piedad.

—Normalmente a mis invitados no se les permite entrar en esta parte de la casa —dijo él con suavidad, avanzando y despidiendo a Havers con un sutil movimiento de cabeza.

El otro hombre hizo una ligera reverencia, girando hacia el sonido de las risas y la música.

—Pero en este caso, no tengo ningún problema en hacer una excepción.

Si esperaba que su sonrisa más encantadora impactara a la dama, él se llevó una gran decepción.

—¡No soy su invitada! —espetó ella—. Y no me interesa su excepción. Entrégueme a la chica y nos marcharemos.

Sus palabras hicieron que Caleb se detuviera de golpe. Supuso que se refería a la jovencita rubia, que acababa de salir de la escuela. Seguramente, ella no podía haber perdido a dos personas en veinticuatro horas.

—¿Por qué no viene a mi estudio y enviaré a un lacayo a buscar a su hija?

Con la mayor parte de su rostro oculto, él no podía distinguir cuál era su expresión, pero la inclinación de su barbilla le decía, que esa no era una persona, a la que pudiera encantar hasta someterla.

"¿Por qué diablos, esto me emociona tanto?"

Capítulo cinco

Ophelia dudó, dividida entre no querer ir a ninguna parte con ese canalla, y hacer lo que él sugería para que mandara a buscar a Eliza.

Por supuesto, podía salir corriendo. Irrumpir en ese antro pecaminoso, que él llamaba salón de baile, e intentar examinar el rostro de cada una de las mujeres de cabello dorado, que estaban allí. Pero todas llevaban máscaras y, francamente, a ella no le hacía ninguna gracia la idea de estar en una salón, lleno de juerguistas, que la hacían sonrojar de solo pensar en ellos.

Así que debía seguir a ese hombre de sonrisa diabólica, hombros anchos y ojos azules penetrantes hasta su estudio, donde estarían los dos, solos.

"¿Es una tontería? Sin duda… ¿Me hará daño?" Curiosamente y un tanto estúpidamente, ella pensó que no.

El problema no era que ella le temiera. No, más bien, Ophelia temía la atracción que sentía por él. Era algo que nunca había percibido antes. Algo que desde hacía tiempo, creía que no era más que una excusa, que usaban las mujeres libertinas, como su madre, para actuar como querían, sin importarles las consecuencias de sus actos.

—Por supuesto, usted puede quedarse aquí toda la noche, deliberando.

Ese tono sarcástico interrumpió las confusas cavilaciones de Ophelia, y ella lo miró con el ceño fruncido, aunque él no era capaz de ver la expresión debajo de su máscara.

—Estaré en mi estudio, en caso que usted tome una decisión, antes del amanecer.

Su ceño fruncido solo se profundizó, ante esa broma, y ella observó, en estado de shock, como él le daba la espalda y se alejaba, dejándola parada, como una tonta, en medio del enorme pasillo.

Echando una mirada arriba y abajo, en el pasillo oscuro, Ophelia no pudo evitar notar que no había ni un alma, en ese lugar.

El mayordomo, que había intentado detenerla, antes que se deslizara bajo su brazo, había desaparecido.

Si ella entrara allí, obviamente, ambos estarían solos.

—Date la vuelta y vete a casa —se susurró a sí misma—. Eliza volverá en algún momento.

Incluso mientras lo decía, ella sabía que Eliza no lo haría. No estaba en la naturaleza de Ophelia abandonar a una joven, ante su inevitable caída. Y aunque el marqués despertaba en ella, un interés perverso, que la hacía sentir un poco aprensiva, Ophelia era experta en resistir la tentación.

De hecho, ella solo había sido besada una vez, en sus veinticinco años, en esta Tierra, y le fue relativamente fácil resistirse y descartar ese beso. Más aún, lo único que esto había conseguido era enfadarla, y el hijo del comerciante, que lo había hecho, se ganó una sonora bofetada por su esfuerzo.

Ophelia se estremeció, asqueada por los recuerdos de ese babeo. Sintió esos brazos como bandas de acero, que la apretaban. Además, esa lengua, mientras invadía su boca, era grotesca y desagradable.

El recuerdo de ese beso y su reacción ante el mismo le dieron a Ophelia la fuerza para seguir al marqués hasta su estudio. Incluso esto le sirvió como recordatorio, que ella no era como su madre, ni era como las mujeres descaradas, que sentían pasión, lujuria y deseos pecaminosos.

Ophelia podría mantenerse a salvo de las garras de un hombre, como el marqués de Guilford. Y sin duda, ella podría conservar su cordura. Pero ella no comprendía muy bien la excitación estremecedora, que sentía, en presencia de ese libertino, pero esto no le importaba. Ella había pasado su vida, evitando cualquier cosa que se pareciera siquiera a la intimidad con el sexo opuesto, y no estaba dispuesta a cambiar eso ahora.

***

"¡Maldita sea! Ella me desprecia."

Él se alejó de ella, pensando en oleadas, mientras entraba al estudio. Había esperado un movimiento vacilante y dócil, dado lo perdida que ella se veía, en el pasillo. Pero incluso sin saber nada sobre la mujer, él debería haber sabido que los movimientos vacilantes no estaban en esa naturaleza.

Sin embargo, ella entró, pisando fuertemente el piso, como si fuera a la guerra.

"¡Quizás es una guerrera!" De nuevo, aquella emoción cobró vida en el interior de Caleb con un interés que no había sentido en años.

—¿Usted quiere beber algo? —preguntó él, mientras se servía una copa, y luego agitó la botella, en dirección a ella.

Ophelia permaneció de pie, muy erguida, con las manos entrelazadas modestamente frente a ella, y la barbilla inclinada hacia arriba.

—No-o —replicó ella con voz entrecortada—. Me gustaría que enviara a un lacayo a buscar a la señorita Tre… para que esté a mi cargo.

Él la miró atentamente, mientras sus mejillas se sonrojaban. Ella casi había revelado un nombre.

No era la primera vez que Caleb se preguntaba cómo una señorita tan recatada y correcta había oído hablar de sus fiestas. Entonces, recordó que su nombre aparecía en las páginas de chismes, casi a diario.

"Entonces, ¿ella es una mujer de calidad?" No podía imaginarse que a la gente de clase alta les importara un bledo lo que hiciera algún marqués u otro. El discurso de esa mujer era impecable y se comportaba como una dama… Tal vez era una institutriz… Una de esas pobres y gentiles, que eran tan comunes entre su especie.

Su madre habría terminado de la misma manera, si Caleb no hubiera permanecido sobrio el tiempo suficiente para arreglar las arcas familiares, después de la muerte de Gerald.

—Entonces, ¿esta chica es…? ¿Qué? ¿Su protegida? Usted parece un poco mayor para ser su institutriz.

—Bueno, ciertamente no tiene la edad suficiente para estar aquí con gente como usted —respondió ella con brusquedad—. Si está en peligro, yo...

—No puedo pretender conocer las inclinaciones de cada hombre, en esta casa —interrumpió Caleb, infundiendo cada pizca de sinceridad que pudo, en su tono—. Pero puedo asegurarle que en mi casa, no se hace daño a las señoritas. Todas están aquí por consentimiento. —Hizo una pausa y se permitió mostrarle una rápida sonrisa—. Excepto usted, por supuesto. Pero si es una niña, si es así...

—Tiene diecisiete años —aclaró la dama, y Caleb no pudo negar que sintió una sensación de alivio, ante esas palabras.

Aunque diecisiete años era todavía demasiado joven para estar allí, y ciertamente muy joven para él, no era inusual que esas jovencitas estuvieran casadas con hombres, que casi les triplicaban en edad.

Las náuseas que le habían provocado la idea de tener a una niña aquí se calmaron, pero el malestar permaneció.

La noche anterior, él se había sentido incómodo, cuando la jovencita descarada le sonrió con una invitación, que probablemente él ni siquiera había entendido. Y ahora se sentía aún más perturbado.

Y de repente, estaba tan ansioso por deshacerse de la muchacha, como de su institutriz. O lo que fuera que esta mujer significara para la chica.

Caleb se dirigió a su escritorio y llamó a un lacayo.

Esperaron en silencio. Caleb se quedó observando a la mujer enmascarada, quien permanecía quieta, como una estatua, y evitaba el contacto visual.

Después de un silencio forzado, llegó el lacayo, y Caleb rápidamente dio instrucciones para que buscaran a Havers, quien vigilaba a todos los que entraban y salían aquí, especialmente a las señoritas, que pudieran necesitar ayuda. Si la chica estaba en la casa, seguramente, Havers la encontraría.

—¿Y ahora qué? —Ese tono impertinente rompió el incómodo silencio.

—Ahora, esperaremos —respondió Caleb con suavidad—. Si la muchacha está aquí, Havers la encontrará, y nos la traerá. Luego podrá llevársela a casa, y encerrarla en un calabozo, o algo así.

Él vio como una única ceja negra se alzaba debajo de la máscara.

—¿Encerrarla en un calabozo? —Ella se burló.

—Quizás una torre —respondió él con una sonrisa—. Seguro que en algún lugar con una puerta pesada y una cerradura resistente. Tal vez, así pueda retenerla.

—¿Me disculpa?

—La he visto dos veces. En ambas ocasiones, usted ha logrado perder a alguien. —Se encogió de hombros con indiferencia y disfrutó muchísimo de esto.

Ella se acercó, pisando fuertemente, para que solo hubiera pulgadas de distancias entre ellos. Su aparente vacilación quedó claramente olvidada.

—Quiero que sepa que cuido mucho a todas mis chicas. Hago todo lo posible para mantenerlas alejadas de canallas, como usted.

Quizás él debería sentirse insultado, pero se estaba divirtiendo.

—Mmm… Pero perdiste una, claramente. —Él la provocó.

Ella se acercó aún más y Caleb por fin pudo ver sus asombrosos ojos. Eran del gris más claro, que había visto en su vida, tan penetrantes, que sintió que le miraban directamente al alma.

—No me he perdido ni una —susurró entre dientes—. Ella... yo... la chica es, es...

—¿Una molestia? —Trató de ser amable, aunque su mente estaba concentrada solo a medias en la conversación.

Esos ojos, esos labios, ese aroma floral… eran terriblemente desconcertantes para él.

—Tiene fuerza de voluntad —replicó ella piadosamente, pero él no se dejó engañar.

Caleb había estado allí el tiempo suficiente para saber que “tener fuerza de voluntad” no significaba más que problemas.

Y de repente se preguntó qué tan fuerte sería la voluntad de la mujer, que tenía frente a él.

“¿Qué hace falta para romper ese muro rígido que la rodea?”

—¿Todas sus chicas? —preguntó, fascinado por la apertura de esos increíbles ojos debajo de la máscara y el repentino rubor en esas mejillas.

Caleb sabía que ella no podía estar hablando de sus propias hijas. Era demasiado joven para ser la madre de la libertina, que había acudido.

—Entonces, ¿usted es la institutriz de una verdadera prole? —preguntó con la esperanza de obtener algunas respuestas de ella.

La mente de Caleb recorrió rápidamente a las personas, que conocía, tratando de recordar, si alguna de ellos tenía un montón de hijas. No podía imaginar que ninguna de las esposas de la alta sociedad, que conocía, estuviera feliz de tener a alguien tan seductora, como esta dama, bajo el mismo techo que su marido, ya que allí, cualquier esposa podría tener una cara similar al trasero de un caballo.

—Usted asume que soy una institutriz —respondió ella, y podría haber sido la imaginación de Caleb, pero esa voz sonó un poco menos firme que antes.

—Si no es una institutriz, entonces, ¿qué hace usted?

—Eso… —replicó ella con brusquedad, pero su dolor había desaparecido—. No es asunto suyo… Ahora, ¿cuánto tiempo le llevará a su hombre encontrar a mi chica?

Él no pudo evitar preguntarse, si era la proximidad lo que había dado ese timbre a su tono. Había una manera de averiguarlo, él supuso. Cerrando las últimas pulgadas, entre ellos, inclinó su barbilla para poder fijar sus ojos en los de ella.

—Lo suficiente para divertirnos un poco —susurró, antes de presionar su boca contra la de ella.

Capítulo seis

"¡Ay! ¡Cielos! Él me está besando." Este no era el pensamiento más coherente que Ophelia había tenido, pero su mente estaba ocupada en otra parte. Es decir, ante la repentina invasión de esa lengua y la perversa excitación que despertó en ella… Ella debería alejarlo. Seguramente, ¡ella lo alejaría! Solo que...

Esa sensación, la excitación y el extraño deseo de tener algo más eran terriblemente seductoras. Y cuanto más la besaba, ella lo deseaba aún más.

Entonces, cuando esos brazos se estiraron para rodear su cuello, ella no los detuvo. Cuando él presionó ese cuerpo y esa dureza contra el suyo, y gruñó de aprobación, ella no se apartó. Y cuando Caleb la incitó a bailar, tentativamente, Ophelia tampoco se resistió.

En una pequeña parte de su cerebro, que todavía funcionaba, ella sabía que estaba siendo seducida por un hombre, que había escrito un libro sobre su persona. También sabía que esa experiencia asombrosa, que le cambiaría la vida, a ella, no significaría nada para él.

Pero incluso saber esto no era suficiente para dejar de querer ni de necesitar más, por lo que él continuaba provocándola.

Cuando esas manos se hundieron en su cabello, haciendo que los mechones cayeran por su espalda, ella descubrió que esto no le importaba. Y cuando las mismas recorrieron su espalda, ahuecando sus nalgas, y acercándola aún más, no pudo contener el gemido, que sintió, como si le hubieran sacado algo de lo más profundo de ella.

Nunca había experimentado un deseo tan visceral. Jamás se había sentido esclava de los deseos de su cuerpo. Los sentimientos y las sensaciones eran desconocidos y, a la vez, completamente instintivos.

Olvidó todas las razones por las que despreciaba a los hombres, como él. Todas las formas en que una dama decorosa y correcta debería comportarse, simplemente, se le escaparon de la mente.

Y cuando esa mano volvió a moverse, dejando explosiones de sensaciones, en cada paso, ella prácticamente olvidó su propio nombre.

La mano que lentamente la había estado volviendo loca, ahora se movió audaz y sorprendentemente hacia su cintura, y luego hacia arriba, acercándose tortuosamente a su pecho.

Ophelia nunca antes había experimentado las sensaciones de hormigueo, que ahora la recorrían, con el fuego, lamiendo sus venas.

Jamás había deseado algo con tanta desesperación antes. No obstante, ahora, a pesar de los dictados de la razón, quería esas manos sobre ella, y esa piel, tocando la suya. Esto fue conmovedor, salvaje y desenfrenado, y era justo todo aquello contra lo que le advertía constantemente a sus "hijas".

"¿Por esto es que existen tantas mujeres caídas en el mundo? ¿Por esto mi madre tomó esa decisión?" El pensamiento acerca de su madre irrumpió en su mente, y lentamente arrastró sus sentidos de regreso, desde donde habían desaparecido.

Con un jadeo de consternación, Ophelia apartó su boca de la del marqués, y lo miró fijamente, mientras intentaba controlar su respiración agitada. Solo se tranquilizó un poco, al ver que él parecía tan sorprendido por descubrir la atracción instantánea entre ellos, tanto como ella.

Sin embargo, él se recuperó mucho más rápido que ella. Una sonrisa malvada apareció de repente, y un fuego perverso iluminó las oscuras profundidades de esos ojos.

—Bueno, esa fue una manera tan buena de pasar el tiempo, como cualquier otra cosa —dijo él, sonriendo.

Ophelia sintió que se le caía la mandíbula, ante esa audacia, al mismo tiempo que su cuerpo reaccionaba involuntariamente, al deseo todavía evidente de ese tono lujurioso.

—No, no deberíamos… —Se esforzó sin poder hacer nada por encontrar algo que decir, antes de tomar una respiración profunda y algo tranquilizadora—. Tengo que irme —murmuró ella.

—Pero, ¡las cosas se estaban poniendo tan interesantes! Venga a tomar algo.

Aunque, ¿ella era bueno en esto? Ahora Ophelia podía entender con claridad cómo prácticamente las mujeres se postraban ante los pies de los canallas.

Él no solo era endiabladamente guapo, sino también encantador. Esta era una combinación absolutamente peligrosa, siendo algo que había que evitar a toda costa, si ella quería conservar la cordura.

—No creo que sea una buena idea —dijo ella, tan remilgadamente como pudo.

—¿En serio? Creo que es una idea maravillosa —replicó—. Aunque si usted prefiere…

Caleb extendió la mano hacia ella, pero Ophelia le dio un manotazo, y se tambaleó hacia atrás, pero él rió se de esto, lo cual la puso a ella nerviosa, y también le envió punzadas de lujuria, a través de su cuerpo, ¡y esto, simplemente, no podía pasar!

—¿Cuánto tiempo les toma a sus sirvientes encontrar a una sola muchacha? —espetó, enojada con él y consigo misma. También estaba aterrorizada de ceder ante él, nuevamente, si se quedaba mucho más tiempo.

—Estas fiestas son muy populares. Hay mucha gente. Puede que tarden un poco en llegar.

Ophelia sintió que lo mejor para ella era ignorar su mención de los cadáveres.

—¿No es lo suficientemente popular como para convencer al anfitrión de asistir? —preguntó ella con curiosidad.

Ciertamente, ella estaba muy orgullosa de poder permanecer allí y conversar normalmente, después de lo que acababa de suceder entre ellos. Mientras que unos labios se curvaron, en una especie de sonrisa, pero no pudieron llegar a los ojos de ella.

—No, esto no me atrae —respondió él con suavidad—. Y ahora me alegro mucho que no sea así.

Las rodillas ya inestables de Ophelia recibieron otro duro golpe, ante esas palabras, y el calor en esa mirada demoledora.

—¿Quién es usted? —susurró él de repente—. ¿Cómo ha conseguido hechizarme de esta manera, si ni siquiera puedo ver su rostro?

El corazón de Ophelia latió con fuerza alarmantemente, ante esas palabras.

“¿Lo hechicé? ¿Yo, que no sé nada sobre los hombres ni sobre cómo hechizarlos? ¡Seguro que no!”

Por mucho que le costara admitirlo, incluso para sí misma, Ophelia sintió una punzada de placer, ante la idea de tener tal efecto en un hombre como él.

Pero, afortunadamente, un poco de sentido común apareció, antes que ella hiciera algo tonto, como arrojarse nuevamente a sus brazos.

Él era el marqués de Guilford, un hombre conocido por sus pecados y su depravación. Sin duda, él decía esas cosas con regularidad, a cualquier mujer, que se cruzaba en su camino. Ophelia sabía que no debía dar crédito a palabras floridas. De hecho, ella había construido toda su vida, en torno a no creer en estas cosas, y no debía permitir que besos solitarios y caricias la

afectaran hasta tal punto.

—Soy una cuidadora y una mujer que está perdiendo rápidamente la paciencia, milord.

Una vez más, él se rió, ante su ira.

—¡Oh! Creo que usted es mucho más que eso —dijo apaciblemente, y esa voz le mandó la piel de gallina, a todo el cuerpo de ella.

Ophelia solo pudo mirar con los ojos muy abiertos, mientras él se acercaba, olvidando claramente la bebida que le había ofrecido.

—Creo que hace un muy buen trabajo, dando la impresión de ser una persona seria y seria. Pero ese fuego que sentí, cuando la besé... eso sugiere que usted es una mujer llena de pasión.

Ophelia sintió el calor, quemando sus mejillas, debido a esas palabras seductoras y escandalosas.

Él merecía una bofetada por esa insolencia, pero ella no parecía poder moverse. Su corazón latía con fuerza, en su pecho, mientras él se acercaba aún más. Tenía la sensación que la estaban seduciendo a fondo, una vez más, pero no podía evitar que esto sucediera.

No podía obligarse a querer detenerlo, lo cual era sumamente alarmante. Iba en contra de todo lo que ella creía, de todo lo que les había enseñado a sus hijas, a lo largo de los años.

—Lo único que queda por descubrir, además de su identidad, por supuesto, es por qué mantiene oculta tanta pasión.

Él extendió la mano y agarró su barbilla, levantándole la cara hasta que ella quedó atrapada en esa mirada acalorada.

—Y lo que hará falta para descubrirlo por completo...

¡Oh! Él iba a besarla otra vez. Y ella lo permitiría.

Todos esos años, advirtiendo a las jóvenes contra hombres como él… Todos sus recuerdos de miseria y vergüenza, a medida que crecía lo suficiente, para comprender lo que había sido su madre, y cómo se había convertido en eso… Toda la agonía al saber que llevaba por siempre la mancha de pecados, que ni siquiera había cometido.

De alguna manera, nada de eso parecía importarle ahora. Y aunque esa evidencia de debilidad la enfermaba, no era suficiente para hacerla alejarse.

Sus labios estaban calientes y exigían los de él, desde el mismo segundo, en que se tocaron, y Ophelia no pudo hacer nada más que permitirle acercarse más, exigiendo más, sin pronunciar palabras.

Después de lo que parecieron segundos y eones, él rompió esos besos, moviendo la cabeza hacia atrás, solo lo suficiente para mirar sus ojos, brillando a la luz de las velas.

—Puede pasar la noche conmigo —dijo con voz áspera y cargada de promesas.

Esa petición sacó a Ophelia de su estado de embriaguez, al igual que su deseo de decirle que sí. Pero ella necesitaba alejarse de ese hombre y de la tentación que representaba.

—N-no —logró exhalar, empujándolo para aflojar su agarre.

Y aunque esos brazos eran fuertes, como bandas de acero a su alrededor, la soltó de inmediato.

El comportamiento respetuoso la sorprendió un poco, pero eso no era justo y Ophelia lo sabía. Aunque él no la había hecho sentir insegura ni una sola vez, desde que estaba aquí. El verdadero peligro eran sus propios deseos, tan ajenos a ella. Y de repente, supo que tenía que salir de allí, ahora mismo.

—¡Tengo que irme! —estalló, al borde de la histeria—. ¡Yo no soy así! Yo... yo no...

—¿Usted no es así? ¿No quiere…? ¿No quiere explorar la atracción que hay entre

nosotros?

Ella no pudo responderle. No pudo decir ni una palabra. Solo pudo mirarlo con los ojos muy abiertos.

—Me atrevo a decir que tengo más experiencia que usted, en los placeres de la carne. —Él sonrió—. Así que puede creerme cuando le digo que esto… —Hizo un gesto entre los dos—. Es tan raro como excitante. Y ha pasado mucho tiempo, más de lo que me gustaría admitir, desde que sentí algo parecido… Tal vez nunca haya sentido algo así.

Él frunció el ceño, como si estuviera preocupado por sus propias palabras, antes que su expresión se aclarara una vez más.

—Usted se encuentra muy tensa. —Ese tono era totalmente seductor, y el pobre corazón de Ophelia empezó a latir con fuerza de nuevo—. Conozco muchas formas de ayudarla a relajarse… Cada una de ellas será más placentera que la anterior.

Ophelia se quedó paralizada, incapaz de apartar la mirada, con la mente hecha un torbellino de posibilidades inapropiadas y tentaciones perversas. No tenía idea qué podía hacer él para relajarla, pero apostaría su vida, a que esto sería completamente placentero. Pero ella no podía ceder ante él…

"¿Puedo hacerlo?"

Antes que su propia debilidad la llevara por un camino, que nunca hubiera imaginado, se escuchó un ruido en el pasillo, y la puerta se abrió de repente, mientras Havers entraba, seguida de una Eliza Trent, enmascarada, pero muy reconocible, frunciendo el ceño.

—Eliza. —El suspiro de alivio de Ophelia era tanto para ella misma, como para su pupila fugitiva—. Vámonos. Me ocuparé de ti en la escuela.

Ophelia se sintió tan deshonrada, que ni siquiera se dio cuenta de su desliz. Si hubiera estado viendo al marqués, habría visto que esa mirada se agudizaba, al captar el fragmento accidental de información.

—Havers, prepara un carruaje para las damas.

—¡No!

Ophelia dio la vuelta y miró fijamente al marqués.

—¿Cómo puede usted pensar que esto sería apropiado? —siseó, consciente que la conveniencia había sido lo último que había pensado, cuando se encontró abrazada lascivamente con él. Aunque, en su defensa, él había venido a ella y no al revés. No obstante, esto no venía al caso, ya que el resultado casi había sido su ruina total.

Ella dio rienda suelta a su ira hacia ella misma y contra él.

—Ya es muy malo que haya elegido vivir esta existencia inmoral y depravada, y arrastrar a jovencitas inocentes a este estilo de vida. Pero esperar que viajemos en su carruaje para que todo el mundo vea, que hemos estado... hemos estado...

—Havers, trae uno de los carruajes sin distintivos, y lleva a las damas, a un lugar seguro, cerca de su destino deseado. Acompáñalas hasta la puerta, sanas y salvas, desde lejos.

—No necesito que me acompañen hasta mi puerta, y no quiero que usted sepa dónde está mi puerta —replicó Ophelia con amargura.

—Llegué aquí sin su ayuda… Llegaré a casa sin su ayuda... Buenas noches.

Dio la vuelta y empujó a su ceñuda alumna hacia la puerta, esperando contra toda esperanza, que Eliza no se resistiera.

Justo cuando llegó al pasillo, esa voz la llamó una vez más:

—Si algún día, usted decide vivir un poco, me encontrará aquí.

Ella se puso rígida, antes de empujar a Eliza por el pasillo, lejos de ese miserable hombre,

quien era una tentación pecaminosa.

Capítulo siete

Ophelia estaba pálida y demacrada. Lo sabía desde que se miró en el espejo, esa mañana, después de una noche agitada, en la que apenas había dormido.

A pesar de un valiente esfuerzo, no había podido olvidar al malvado marqués ni la forma en que la había hecho sentir.

Ya era muy malo que ella recordara, con gran detalle, cada segundo que esos labios habían tocado los suyos, cada presión de ese cuerpo contra el suyo. Pero que sus breves sueños se llenaran de imágenes perversas y lascivas del hombre... Bueno, ¡esto era insoportable!

Ophelia estaba avergonzada y apenada de no haber practicado lo que tantas veces predicaba, a la primera señal de tentación, en su vida.

"Si algún día, usted decide vivir un poco, me encontrará aquí."

Esas palabras audaces, inapropiadas e inoportunas, resonaron en su cabeza, una vez más.

No había sido solo una invitación, aunque su tono había sido lo suficientemente sugerente, como para hacer que su corazón se acelerara, incluso ahora, ante el mero recuerdo.

"No, ¡esto fue casi un desafío! Él debe saber, incluso cuando dijo esas palabras, que yo nunca soñaría con aceptar esa depravada oferta. Pero, ¿esas sensaciones…?"

Ella cortó los pensamientos, antes que pudieran terminar adecuadamente. No sería tentada a pecar. ¡Tampoco era como su madre!

Dejando de lado los pensamientos sobre el marqués, esa boca, lengua y todas las demás partes lascivas de él, ella marchó hacia el salón de clases.

Se reuniría con Eliza Trent por última vez. Ya le había explicado a la señorita Fisher, que la chica estaba a punto de quedar fuera de su ayuda. Habían acordado que Ophelia hablaría, una vez más, con ella, y luego, si parecía que todavía se resistía a su ayuda, llamarían a sus padres, y la expulsarían de la escuela.

Nunca antes habían tenido que tomar una acción tan drástica con una de sus protegidas, pero simplemente, no podían soportar las acciones de Eliza.

Preparándose para la batalla, Ophelia agarró el pomo de la puerta.

Justo cuando estaba a punto de girarlo y entrar en la pequeña habitación, unas voces, en el interior, llamaron su atención.

—Eliza, la señorita Delacourt llegará en cualquier momento. No debería estar aquí contigo.

—¡Oh, cállate! Louisa.

El desprecio en la voz de Eliza era evidente, incluso a través de la pesada puerta de roble.

—La señorita Delacourt no me hará nada. —Eliza se burló—. Volverá a divagar con uno de sus sermones, y luego levantará la nariz y se irá de la habitación, como siempre lo hace.

—Creo que ella solo quiere lo mejor para nosotras —replicó Louisa dócilmente.

La risa de Eliza era dura y cruel.

—¿Cómo puede esa mujer saber qué es lo mejor para alguien? Nunca se aventura fuera de estos muros, a menos que sea para impedir que nos divirtamos. Es una solterona aburrida, Louisa. ¿No puedes decirme que quieres ser como ella?

El dolor que la recorrió tomó a Ophelia por sorpresa.

Ella nunca había sentido la necesidad de ser querida por sus protegidas, y precisamente, no era ningún secreto que Eliza Trent no la apreciaba. Sin embargo, oírse descrita de una manera

tan patética... le dolió un poco, aunque esto no debería ser así.

Al menos, Louisa era una joven amable, que no la menospreciaba. Ophelia sabía que debía entrar allí, y poner fin a la conversación. Tal vez fue su orgullo herido y la necesidad de escuchar algo bueno, sobre sí misma, lo que la hizo quedarse, escuchando a escondidas.

—La señorita Delacourt es amable y servicial, Eliza.

Ophelia sintió que sus hombros caían, y se dio cuenta que se habían puesto rígidos, durante el transcurso de la charla de las chicas.

—Pero, ¿quieres una vida como la de ella? —insistió Eliza.

Ophelia se puso rígida, otra vez.

El silencio después de la pregunta de Eliza fue insoportable.

Finalmente, Louisa habló y, para su vergüenza, Ophelia presionó su oído contra la puerta para poder escuchar bien la respuesta.

—Por supuesto que no —suspiró Louisa—. Quiero enamorarme, tener hijos y una vida feliz y respetable. La señorita Delacourt está tratando de ayudarme a lograrlo… A ayudarnos a todas.

—¿Y qué sabe ella de la felicidad y el amor? —Eliza resopló.

Ophelia necesitó toda su fuerza para levantar la barbilla y entrar en la habitación, como si no hubiera escuchado la humillante conversación. Solo podía esperar que sus mejillas no estuvieran tan visiblemente calientes, como las sentía.

Louisa se escabulló cabizbaja y con la mirada fija, en el suelo, en cuanto Ophelia entró en la habitación. Eliza se limitó a observar a Ophelia de una manera desafiante, sin saber que ella la había escuchado, y no le importaba nada de lo que iban a decirle.

Por alguna razón, Eliza estaba empeñada en autodestruirse, y Ophelia sabía que había poco que pudiera hacer al respecto.

***

Además, las clases de la tarde fueron largas y tediosas, y Ophelia no había estado tan concentrada, como debería, ya que su mente estaba llena de recuerdos del marqués y de pensamientos sobre su conversación con él, y la de Eliza y Louisa. No era solo que las chicas claramente la consideraban muy patética, sino que ella comenzaba a creer que estaba de acuerdo con ellas.

La noche anterior había recibido unos besos. Y probablemente estos serían los últimos.

Decidida a permanecer soltera, sabía que se comprometía a llevar una vida de virginidad. Esto nunca la había molestado antes. No hasta que llegó Lord Guilford.

Más tarde, esa noche, Ophelia caminó con dificultad hacia la sala de estar privada de la señorita Fisher. Había sido una tarde difícil y no podía olvidar su encuentro con Eliza.

“Detente, Ophelia,” se ordenó a sí misma, al llegar a las habitaciones de la señorita Fisher. *“Tú elegiste esta vida. No tiene nada de malo.”*

Ophelia levantó la mano para tocar la puerta, pero unas voces, en su interior, la detuvieron, y, una vez más, ella se encontró, escuchando descaradamente, detrás de una puerta cerrada.

—Me temo que Ophelia tenía razón cuando no quería aceptar a la joven. Habrá que llamar a sus padres.

—Ophelia ciertamente tiene un don para estas cosas.

Ophelia reconoció inmediatamente las voces de la señorita Fisher y la señora Swithon, otra de las tutoras de la escuela.

La señora Swithon enviudó joven, quedando en una pobreza inesperada. La escuela de perfeccionamiento se había convertido en una especie de santuario para ella y su hija pequeña, en aquel momento.

Su hija ya era adulta y estaba felizmente casada con un amable boticario, y a menudo, la visitaba acompañada de sus propios hijos.

—Hubiera sido una madre maravillosa.

Esas palabras congelaron a Ophelia, en el lugar, mientras una inesperada ola de anhelo la invadía.

"¿Qué diablos me pasa hoy? Nunca he deseado ser madre, pues desde muy joven he decidido que esto no es para mí."

—En efecto, hubiera sido una buena esposa, pero, por desgracia, está decidida a seguir su propio camino, y no se dejará llevar por esto.

—¡Qué pena que su mundo sea tan pequeño! —La voz de la señora Swithon no era cruel, pero sus palabras desgarraron a Ophelia de todos modos—. Si se esconde así, nunca experimentará gran cosa.

—No, no lo hará —convino la señorita Fisher para disgusto de Ophelia. Había pensado que la señorita Fisher estaba de acuerdo con todas sus razones para elegir esta vida. Lo habían discutido, muchas veces, cuando la etapa de Ophelia, como estudiante, estaba llegando a su fin —. Pero ella ha tomado su decisión y debemos respetarla. Aunque no siempre estemos de acuerdo con la misma.

La conversación de las damas pasó a otras cosas más mundanas, pero Ophelia no las estaba escuchando.

Un extraño zumbido empezó a surgir en su cabeza y sus emociones, que normalmente lograba mantener impecablemente bajo control, se descontrolaron.

No era exactamente maravilloso que se hablara así de su ego, dos veces, en el mismo día.

"¿Así es como todos me ven? ¿Como una cobarde que se esconde de la vida real? ¿Como una solterona aburrida, que no sabe nada del mundo?"

Sus mejillas se calentaron y las lágrimas le picaron los ojos.

Ella se quedó allí, sin querer entrar y fingir que todo estaba bien, pero sin saber qué más hacer. Lo peor era que había algo de verdad, en todo lo que se había dicho sobre ella. Y ella lo sabía. Pero, hoy, todo esto la molestó como nunca antes.

Ella nunca experimentaría la maternidad… Jamás se enamoraría… No tendría emociones ni aventuras… Tampoco podría mirar atrás en su vida ni tendría un solo recuerdo, que le trajera una sonrisa a su rostro.

No, ¡esto no era totalmente cierto! Y no era justo ni siquiera para la señorita Fisher, ni para las otras tutoras, que se habían convertido en sus amigas, ni siquiera para las chicas, a las que se había encariñado tanto, a lo largo de los años.

"Pero, ¿puedo hacer algo emocionante, algo que cambiará mi vida? No hay nada… Nada en absoluto." Aunque este descubrimiento fue impactante y sorprendentemente doloroso, su trabajo en la escuela le daba una sensación de logro. *"Pero, ¿y mi felicidad? ¿Es realmente tan difícil de alcanzar? ¿Estoy destinada a ser pasto de la compasión y los chismes? ¡Qué humillante!"*

"Aunque no es demasiado tarde…" En algún lugar, escondido entre sus tumultuosos pensamientos, una voz sonó fuerte y clara.

Había una oportunidad, ante ella, que nunca antes había considerado. Una que era tan escandalosa y ruinosa, que si ella actuara, en consecuencia, sería exactamente lo opuesto, a lo

que tanto había trabajado para ser. ¡Podría convertirse en una libertina!

"Si algún día, usted decide vivir un poco, me encontrará aquí." Las palabras del marqués se burlaron de ella, una vez más.

"Vivir un poco. Así lo llamó él. ¿Puedo hacerlo? ¿Puedo desviarme de mi camino piadoso, aunque sea una sola vez? ¿Para que cuando sea vieja y esté sola, pueda tener ese emocionante recuerdo, esa aventura perversa que conservar? ¿Para saber que, por un momento de mi vida, dejé de lado la precaución, viviendo una aventura?"

—Por supuesto que no puedo —susurró las palabras, en voz alta, con la esperanza de convencerse de la absoluta locura de tales pensamientos.

Pero, esto ya era demasiado tarde… Esos pensamientos se habían apoderado de ella… El recuerdo de estar en brazos del marqués… El desprecio de sus alumnas... La compasión de sus compañeras… Todo se fusionó para formar una tormenta perfecta de audacia.

Sin dudarlo ni por un momento, Ophelia corrió a sus habitaciones para tomar su capa, olvidando por completo su encuentro con la señorita Fisher. Antes que pudiera cambiar de opinión, ya había bajado las escaleras traseras, y salido a las calles oscuras y tranquilas.

Podría arrepentirse de lo que estaba a punto de hacer, durante todos los días del resto de su vida. O tal vez se deleitara con la idea, que se permitió actuar sin pensarlo dos veces, e hizo algo que realmente quería hacer, pero que nunca se habría permitido. No obstante, solo había una manera de averiguarlo…

Capítulo ocho

Caleb hizo girar su vaso de brandy, mirando fijamente el líquido ámbar y pensando, una vez más, en la señorita de ojos grises, que no había quedado tan impresionada por él ni por su estilo de vida.

No fue exactamente una experiencia nueva ser objeto de la desaprobación de alguien. Pero, ¿realmente le importaba la opinión de los demás? Esto era definitivamente nuevo y nada agradable.

Había pasado una noche sin descanso, atormentado por sueños de presionar su cuerpo contra esas exuberantes curvas, y esos besos, vacilantes al principio, eran entrañablemente inocentes, y luego vino la erupción de la pasión, que claramente había estado escondida, justo debajo de la superficie.

Quizás eso era lo que tanto le fascinaba: el fuego debajo de una superficie tan fría y controlada. Eso y la novedad que una mujer no se sonrojara ni se riera en su compañía. Ciertamente, esto era una rareza.

El reloj dio la hora, siendo este el único sonido en su cavernosa biblioteca. Aunque era extraño el silencio en la casa. No estaba acostumbrado a esto. Pero esta misma mañana, Havers había enviado una nota a sus compañeros habituales para comunicarles que no aceptaba visitas. Y a los lacayos se les había ordenado, que despidieran a cualquiera que llegara a la puerta.

Todos, excepto a una rareza de ojos grises y cabello negro, quien se negó a dar su nombre.

Las instrucciones lo habían hecho parecer como un loco... Y tan mal estaba… Sobre todo porque sabía que ella nunca aceptaría la oferta, que él le había lanzado, cuando se retiraba. Sin embargo, él se había interesado lo suficiente, como para querer volver a verla, y lo había avergonzado, logrando que él cancelara la velada planeada para esa noche, y, curiosamente, descubrió que no echaba de menos todo esto. No anhelaba las risas estridentes ni las diabluras. Ni la bebida, ni las juergas. Y, por supuesto, tampoco extrañaba la compañía de las mujeres con las que solía pasar sus veladas de borrachera.

“Realmente, ¿lo superé todo? ¿O una mujer extraña tuvo un efecto tan profundo en mí, en tan poco tiempo? Debe ser lo primero. Prácticamente, lo segundo es imposible.”

Posiblemente, Caleb estaba pasando por un período de descontento. Después de todo, el estilo de vida hedonista de su padre había sido producto del aburrimiento y la insatisfacción. ¿Tal vez esas cosas eran hereditarias? Solo que en lugar de buscar el hedonismo, Caleb se había cansado de él.

Sus pensamientos tortuosos lo estaban molestando, por lo que acabó con el resto de su bebida y se levantó, con la intención de retirarse a su dormitorio para otra noche de poco o ningún sueño.

Un golpe repentino en la puerta lo sorprendió, y llamó a quien fuera para que entrara.

Havers permaneció en la entrada con una expresión cuidadosamente vacía en su rostro.

— Usted tiene una visita, milord —dijo el mayordomo.

Caleb frunció el ceño con irritación.

Havers no solía tener problemas para seguir órdenes.

Estaba a punto de decirle al mayordomo que no recibiría visitas, cuando el hombre volvió a hablar.

—Es la señorita con la que usted... eh... habló anoche, milord. No ha dado su nombre, pero, pensé...

—Sí, hazla pasar —dijo Caleb inmediatamente, tratando de no sonar demasiado entusiasmado.

En verdad, estaba sorprendido, tal vez incluso un poco impresionado, que ella posiblemente hubiera aceptado su oferta. De repente, su mente evocó imágenes de lo que significaba esa oferta, y la lujuria que lo invadió casi lo derribó.

¿Había deseado alguna vez a alguien tanto, tan desesperadamente? Quizás cuando era un muchacho novato, pero no en su memoria reciente.

Havers salió de la puerta, y allí estaba ella.

Al menos, él asumió que era ella. Llevaba puesta esa capa, ridículamente grande, que había usado la primera noche que lo regañó. La cubría de pies a cabeza, pero ahora Caleb sabía lo que había debajo, y su lujuria era como algo vivo, que ardía en sus venas y lo encendía.

—Te escondes como si no recordara cada pulgada de ti —dijo, a modo de saludo.

Sabía que sus palabras no eran para nada apropiadas. Del mismo modo, debió atarse la corbata suelta y ponerse una chaqueta, antes de saludar a la dama. Pero él estaba desaliñado para ver cómo ella reaccionaba.

Incluso bajo la tela de la capa, vio que esos hombros se tensaban y podía imaginar lo tentada que estaba de despotricar contra él.

Mientras Havers se alejaba discretamente, Caleb se dio cuenta que tal vez ella no había venido a aceptar su oferta.

"¿Es posible que haya perdido a esa chica suya, otra vez?"

No había podido averiguar quién era la joven, y estuvo indagando con la esperanza de saber su nombre, el cual lo llevaría a saber el nombre de la mujer, que estaba frente a él, en este momento.

No obstante, esto no sirvió de nada.

El muchacho que la acompañó, aquella primera noche, aparentemente se asustó con facilidad, y no fue visto más desde entonces.

—Si estás buscando a esa pequeña arpía, ella no está aquí. No hay nadie más aquí. —Bajó la voz con la esperanza de provocar una reacción en ella—. Solo estamos nosotros.

—Yo… —Ella empezó a hablar, pero se detuvo rápidamente.

Caleb deseaba poder ver su rostro.

Se quedaron en un silencio, que él no estaba seguro de cómo romper hasta que de repente ella dejó escapar un suspiro:

—No estoy aquí por ella ni por eso. Estoy aquí porque… porque…

Una inesperada oleada de protección lo recorrió, mientras la observaba juguetear con la tela de su capa.

—¿Por qué no tomamos algo? —ofreció—. Y me cuentas qué te ha traído hasta aquí.

Ella no se movió por tanto tiempo, que Caleb empezó a pensar que se había congelado, pero antes que él comenzara a preocuparse demasiado por eso, levantó sus manos y bajó la capucha de su capa, viendo su rostro por primera vez.

Caleb se quedó sin aliento, cuando finalmente vio su cara, libre de máscaras y coberturas enormes. En una palabra, ella era: ¡impresionante!

Los ojos plateados fundidos, que lo habían perseguido desde que los vio por primera vez, eran aún más sorprendentes, ahora que veía la oscuridad y la plenitud de las pestañas que los rodeaban.

Esa piel era clara y suave, como la porcelana, y esas mejillas lucían sonrojadas y casi tan rojas, como esa deliciosa boca, en la que no había podido dejar de pensar.

El pelo negro recogido, con un estilo tan severo, debería haberle restado belleza, aunque lo único que hizo fue resaltar la agudeza de los pómulos y la elegancia del cuello. ¡Ella era deslumbrante! Y Caleb la deseaba con una fiereza, que apenas podía contener.

—Anoche me dijiste que viniera a verte, si alguna vez decidía vivir un poco.

Caleb frunció el ceño confundido. No creyó ni por un momento que esa jovencita tan recatada y correcta estuviera allí para aceptar su oferta.

Pero su cuerpo se iluminó, ante la posibilidad que así fuera.

—Déjame adivinar —dijo arrastrando las palabras—. ¿Estás aquí para castigarme por sugerir algo tan escandalosamente inapropiado?

Esos ojos se abrieron ligeramente y las mejillas se sonrojaron de un rojo aún más profundo.

"Allá viene," pensó Caleb.

Él la observó, mientras ella endurecía los hombros, e inclinaba la barbilla de manera desafiante.

—En realidad —dijo con voz firme y apenas un leve temblor—. Estoy aquí para vivir un poco.

Capítulo nueve

Caleb luchó por mantenerse inexpresivo, mientras esas palabras enviaban una descarga de deseo, a través de él, una vez más. Nunca hubiera imaginado que una mujer tan joven tuviera el coraje, o incluso las ganas de decir algo así. Y por eso, esto era aún más tentador.

Era una criatura lo suficientemente vil, como para admitir que la idea de tomar a alguien tan pura y claramente inocente para seducirla era irresistiblemente tentadora.

—¿De verdad, quieres esto? —logró decirlo con frialdad.

Acostumbrado a que viudas y esposas de clase alta, aburridas, quisieran bailar un poco con el diablo, Caleb no estaba del todo seguro que la mujer nerviosa, frente a él, tuviera la intención de cumplir con sus afirmaciones.

No cabía duda que ella creía que deseaba esto. De lo contrario, no estaría allí. Pero él sabía lo suficiente sobre el sexo débil, y en particular sobre las damas de la alta sociedad, que pasaban sus vidas escondidas de los hombres hasta que se cruzaban en su camino, sonrientes y virginales, para saber que, cuando se trataba de esto, la idea de una aventura sexual era más a menudo aceptable que tenerla en realidad.

Y por razones que no comprendía del todo, Caleb sabía que se sentiría decepcionado, si ella cambiaba de opinión y se alejaba de él.

Por lo tanto, él necesitaba estar seguro. Y lo que es más importante, ella también necesitaba estar convencida.

A Caleb le gustaban las mujeres, que disfrutaban de su cama, y que eran compañeras iguales, si no en experiencia, al menos en pasión.

Estaba muy seguro que debajo de la superficie tensa de la mujer, que tenía por delante, se escondía una criatura de gran pasión. Una que él se moría por liberar.

—Así es —respondió ella con valentía. Esos ojos plateados brillaban con algo que él no reconoció. No era miedo, pero tampoco era exactamente el deseo, que le hubiera gustado. La determinación se acercaba más a lo que él veía en esas profundidades fundidas.

—¿Cómo te llamas? —preguntó de repente.

—Yo… yo preferiría no decirlo. —Ella resopló, y él no pudo contener una sonrisa ante su piedad.

"¿Me dará su virginidad, pero no su nombre? ¡Extraño! Pero, esto se vuelve aún más interesante…"

—Entonces, me tienes en desventaja —dijo él, arrastrando las palabras—. Porque sabes quién soy.

Ella jadeó de manera poco femenina.

—Todo el mundo sabe quién eres, milord. Eso no tiene importancia. —Ella se burló de su afirmación.

Una vez más, la diversión brotó en su interior, y Caleb se dio cuenta, sobresaltado, que se estaba divirtiendo, a pesar que seguía inmensamente, y completamente vestido. Esto era una novedad, sin duda alguna.

—Entonces, mi reputación me precede —replicó él, observándola a la cara.

Para su deleite, ella lo miró fijamente a los ojos con las mejillas apenas sonrojadas.

—No estaría aquí, si no fuera así —insistió ella con valentía. Sus palabras provocaron que cada parte de él saltara a la atención inmediata.

¡Cielos! Si esto seguía así, él no duraría más que unos minutos con la dama.

—Entonces, ¿estás dispuesta a sufrir algún tipo de corrupción? ¿No tienes un marido en casa que se ocupe de tus... eh... necesidades?

Él observó cómo el rubor crecía aún más en esas mejillas, mientras esas largas y espesas pestañas parpadeaban rápidamente sobre los ojos plateados.

—No, no hay marido, en casa, ni lo habrá nunca —habló de un modo tan brusco, que Caleb tuvo la clara impresión, que estaba en apuros. Era extraño que la idea le resultara extrañamente conmovedora, pero, ¡esto era insólito!—. Pero, me he dado cuenta que esto no debería significar que deba perderme ciertas experiencias. —Tras detenerse un momento, se encogió de hombros, y continuó:

—Al menos, supongo que es una oportunidad que no quiero perderme. Francamente, dudo mucho que valga la pena por los problemas que causa, pero bueno, pensé que podría ver a qué se debe tanto alboroto. Suponiendo, por supuesto, que cuando mencionaste vivir un poco, en realidad te referías a... bueno...

—¿Hacerte el amor ? —le ofreció Caleb amablemente, cuando ella parecía estar dudando.

Esos ojos se abrieron aún más, el color plateado resaltaba contra la negrura de su cabello.

—Mmm, ¿sí? —Todavía no sonaba lo suficientemente segura, como para que Caleb quedara completamente satisfecho, pero luego ella respiró profundamente, lo miró fijamente a los ojos, y habló con la suficiente decisión para convencerlo—. ¡Sí, eso!

Él no pudo contener su sonrisa, cuando finalmente se permitió pensar en todas las formas en que estaba a punto de ayudarla a vivir.

—¡Maldita sea! Esto es lo que quise decir —dijo ella con voz áspera, antes de extender la mano y atraerlo hacia ella, inclinando su cuello hacia atrás naturalmente, dada la disparidad de ambas alturas.

Caleb tomó un breve momento de deleite, cuando el deseo se encendió en sus ojos, antes de inclinar la cabeza para comenzar toda esa deliciosa experiencia.

Capítulo diez

Ophelia se había dicho a sí misma, que debía dar la vuelta y volver a casa, al menos cincuenta veces, antes de encontrarse, cara a cara, con el infame marqués de Guilford.

Había innumerables razones por las que debería hacerlo.

Pero cada vez se recordaba a sí misma, que nunca se había permitido experimentar uno de los placeres de la vida. Y saber que era objeto de compasión, e incluso de desprecio por parte de las jóvenes, que siempre había asumido que la respetaban e incluso la admiraban, la había mantenido en movimiento sin posibilidades de dar vuelta atrás.

De todos modos, ya era demasiado tarde. Ella le había mostrado su rostro. Y aunque pensaba que era casi imposible, que él estuviera en los mismos círculos, que una tutora empobrecida de una escuela de perfeccionamiento para mujeres, siempre había una ínfima posibilidad de encontrarse nuevamente.

Contaba con que él perdería el interés en ella, en cuanto saliera por la puerta y probablemente no volvería a pensar en su persona. Seguramente, no recordaría ni un rostro entre tantos.

Ophelia había visto con sus propios ojos el tipo de mujeres, que suelen frecuentar esa casa, y las actividades que realizaban, aunque esa noche estaba sorprendentemente tranquila. Una institutriz sin experiencia nunca causaría una buena impresión, así que, en ese sentido, decidió que estaba fuera de peligro.

No había mentido cuando le dijo a Lord Guilford, que dudaba que el acto de hacer el amor fuera tan maravilloso, pero supuso que estaba a punto de descubrirlo.

Por supuesto, había mujeres que la conocían, a las que no les impresionaba esto en absoluto. El hecho que fuera solterona significaba que las pocas viudas y esposas, que conocía, no se mordían la lengua con ella, tanto como lo hacían con una joven casada, y le decían con vehemencia, que se trataba de un deber desagradable y nada más. Pero también había otras mujeres, que lo arriesgaban todo con gusto… Y hombres que libraban guerras, y poetas que hablaban de casi morir sin romance ni amor físico.

Entonces, ella razonó que había al menos un cincuenta por ciento de posibilidades que esto fuera agradable, deduciendo que lo sensato era buscar a alguien que, según todos los indicios, fuera un verdadero experto en el tema.

Y esa era la razón por la que ella estaba allí. Bueno… Eso y el hecho que nadie más se le había ofrecido nunca. Al menos, nadie con quien se sintiera remotamente segura.

Y por extraño que pareciera, a pesar de todas las historias sobre él, pese a todas las iniquidades, que había leído e incluso presenciado con sus propios ojos, se sentía segura con el marqués. Pero solo en el sentido que ella no creía que él alguna vez la lastimaría, o la forzaría a hacer lo que ella no quisiera.

Sin embargo, lo que respecta a ese autocontrol, o su capacidad de pensar coherentemente, el hombre era el más peligroso que ella jamás había conocido. La atrajo hacia sí y en el segundo en que su cuerpo se conectó con el de él, todas las dudas, miedos y lógicas se dispersaron. Todo lo que quedaba era un deseo y una desesperación de sentir esa boca contra la de ella.

Ese beso encendió un fuego furioso en ella. Uno que la hizo empezar a entender por qué se arruinaban vidas y se libraban guerras. Sintió el suave pellizco de unos dientes contra su labio inferior, y el dolor que explotó en su centro fue tan fuerte, que jadeó en respuesta.

El marqués aprovechó para introducir esa lengua dentro de su boca, y Ophelia no pudo contener un gemido, al ver tantos sentimientos malvados y deliciosos chocar en su interior.

Extendiendo la mano, él agarró los mechones sorprendentemente suaves de su cabello para acercarla, aún más tentativamente, y evitar que ella cayera en un charco, bajo sus pies.

Su gemido en respuesta a esas acciones le puso la piel de gallina, mientras su mente se quedaba en blanco y un instinto que no sabía que poseía, uno tan antiguo, como el tiempo, tomó el control. Se encontró presionando sus caderas contra él, deleitándose con la evidencia de sus deseos, sintiéndose algo satisfecha, y, al mismo tiempo, de alguna manera frustrada.

Ella quería algo de él. Algo que aliviara el dolor y no podía nombrar.

La verdad era que Ophelia había adquirido su escasa educación sobre el acto de aparearse, escuchando a mujeres que no se impresionaban, al contar sus aventuras, y leyendo libros de biología metódicos y basados en hechos. Conocía la mecánica de esto, pero ningún libro, que hubiera leído, la había preparado para los sentimientos que la recorrían. Ningún eufemismo susurrado, mientras tomaban el té, se había acercado siquiera a describir cómo su cuerpo ardería, en llamas, comenzando con un simple beso.

Pero antes que ella se desmayara por completo de deseo, él de repente apartó esos labios de los de ella y se tambaleó hacia atrás.

Se miraron uno a la otra, en silencio, salvo por la dificultad de su respiración.

“Estos besos fueron trascendentales. Más allá de lo que imaginaba… Indescriptible... ¡Todo esto está cambiando mi vida!”

El marqués parecía casi tan sorprendido como Ophelia por el fuego que se había desatado entre ellos. Pero, por supuesto, esto no podía ser así. Ella era inocente, y él no lo era, en absoluto.

El silencio fue roto de repente por una oscura maldición del marqués, que coincidía muy bien con lo que Ophelia estaba sintiendo. Ella no sabía qué hacer, ahora que él se había alejado. Se sintió nerviosa y frustrada, deseando fervientemente que él continuara.

—¿No deberíamos seguir adelante con esto? —Su voz sonaba un poco exigente, incluso para sus propios oídos, pero dadas las emociones desenfrenadas, que la recorrían, en ese momento, era lo mejor que podía hacer. Además, tenía miedo que si esperaban demasiado, él entraría en razón y se marcharía. O que él decidiera que una virgen solterona, no era exactamente su tipo, después de todo.

Su pregunta, o exigencia, pareció sacarlo a él de su estado de desconcierto, a juzgar por ese repentino cambio de expresión. La lenta y seductora sonrisa que apareció, en ese rostro, hizo que su sangre se calentara, igual que lo hicieron los besos.

—Sospeché que había una sirena, acechando debajo de ese aspecto recatado tuyo —dijo, arrastrando las palabras—. Me alegro de haber tenido razón.

Ophelia sintió una sacudida de placer, ante esas palabras.

—Estoy más que feliz que hayas elegido expandir tus horizontes conmigo. Habría sido una pena desperdiciar toda esa belleza y pasión que posees.

Nadie había elogiado su belleza antes, desde que murió su madre. Y a Ophelia le gustó esto más de lo que debería.

—Pero, al contrario de lo que puedas pensar de mí, no soy un neandertal, que te dará una mamada sobre la alfombra de Aubusson, y acabará contigo en cuestión de minutos… Aunque justo ahora, estaba peligrosamente cerca de hacer precisamente eso.

—¡Oh! —graznó él por la incapacidad de no poder decir algo más.

Ophelia sintió que sus mejillas se incendiaban, ante esas contundentes palabras, algo irónico, ya que esencialmente le había pedido que hiciera exactamente eso, apenas unos

momentos antes. Y, de hecho, prácticamente le había exigido que lo hiciera.

"Él tiene más autocontrol y experiencia que yo. Entonces, ¿qué clase de libertina soy? ¿Y por qué esa idea de volverme libertina, me hace sentir un poco complacida, conmigo misma, en lugar de horrorizarme?" Ella admitió que fue satisfactorio descubrir que él tenía cierta inclinación para las aventuras, siendo lo suficientemente deseable como para que un hombre, como este, la quisiera.

Si alguna de sus muchachas le hablaba de esa manera, ella la sermoneaba hasta que les sangraban los oídos. Obviamente, esto la convertía en la peor clase de hipócrita, pero no quería pensar en eso, ahora, así que apartó el pensamiento sin piedad.

—No creo que nadie me haya hecho perder el control tan rápido. Ciertamente, nadie me ha hecho querer perderlo. Pero si esta va a ser mi única noche contigo, quiero disfrutarla. Así que vamos a bajar el ritmo. Tomar una copa, hablar, conocernos.

El pánico, rápido y aterrador, la invadió a ella. No quería conocerlo y tampoco deseaba, en absoluto, que él la conociera a ella. Esto era demasiado arriesgado. Si él descubriera quién era ella, o lo soltara de alguna manera, su mundo entero se derrumbaría.

Ella no podía hacerlo, no quería poner en peligro la vida, que había construido para sí misma.

—¿Esto es realmente necesario? —espetó ella.

Él sonrió, ante su pregunta.

—Normalmente no —concedió—. Pero contigo... descubro que sí. ¡Me fascinas! Es una novedad disfrutar de la conversación con una mujer, a la que deseo tanto como a ti, y tengo la intención de disfrutar de la experiencia, antes de pasar a una mucho más placentera.

Se acercó a una botella de brandy medio llena, y comenzó a verter cantidades generosas del líquido ámbar, en dos vasos.

Ophelia estaba a punto de decirle que colgara su "experiencia", a pesar del sentimiento de decepción que sentía, ante la idea de salir de allí y no volver a verlo.

Ella abrió la boca para hacer exactamente eso, cuando él giró para mirarla, con las gafas en la mano y esa sonrisa malvada en los labios.

"¡Qué guapo es! ¡Pecaminosamente guapo! ¡Oscuramente guapo!"

La luz del fuego y de los candelabros de la habitación hacía que ese rostro se llenara de sombras y ángulos agudos. Esos ojos eran de un azul imposible y penetrante, que contrastaba con la oscuridad de ese cabello. No era tan oscuro como sus propios cabellos negros, pero muy parecido.

Los ojos de Ophelia recorrieron los anchos hombros y los enormes brazos, enfundados únicamente en una camisa de lino blanco. También vieron los gruesos músculos de ese cuello, desnudo de cualquier corbata o adorno.

Ese chaleco color carbón todavía estaba abotonado. Ella no estaba segura si su corazón podría soportar que siguiera así.

La boca de Ophelia se secó, mientras lo miraba desde el otro lado de la habitación.

Esta sería una noche. Solo una noche robada de su vida real. Mañana volvería a ser un modelo absoluto de autosacrificio y virtud… Un objeto de compasión y burla… Y las personas cercanas a ella nunca se enterarían de esto. Pensarían que nada había cambiado. Pero ella sabría la verdad.

Por el resto de su vida, guardaría ese secreto, y en los años venideros, que pasaría sola, podría sacar a la luz los recuerdos, y recordarse a sí misma, que había vivido un poco.

"Una noche," se recordó a sí misma. *"Luego volveré a la normalidad."*

“¿Por qué esa idea de repente no me resulta desagradable?” Negándose a pensar demasiado en esto, Ophelia extendió la mano y tomó el vaso, que él le ofreció, con sus ojos atrapados en las profundidades azules de los de él.

“Una noche. ¿Qué daño puede causar una noche?”

Capítulo once

Caleb sintió que un alivio lo invadía, al reconocer el momento, en que su sirena decidió quedarse. Por un segundo, él pensó que ella daría media vuelta y saldría corriendo. Y sorprendentemente, él ya sabía que iría tras Ophelia porque ella se había metido bajo su piel.

Curiosamente y confusamente, ella había logrado hacer lo que muchas mujeres habían intentado hacer durante años, sin tener éxito.

¡Sí! Por supuesto, Caleb había tenido amistades con mujeres, como Anita, manteniendo relaciones duraderas con amantes y desarrollando relaciones cordiales con otras mujeres.

Pero esto era nuevo para él. No entendía ese deseo suyo, que rayaba en la desesperación. Esa curiosidad obsesiva por la mujer, que tenía por delante. También había querido decirle algo, cuando ella le había exigido con tanta franqueza saber por qué había dejado de besarla.

Él admiraba esto de ella: un enfoque sensato y una honestidad brutal. Él también había sido honesto en sus respuestas, pero, simplemente, no había confiado en sí mismo para mantener el control.

Ella lo había conmovido desde el primer beso, pero esto iba más allá del mero interés y una fascinación inexplicable. Y lo atravesó de una manera que nadie nunca lo había hecho. Y ni siquiera sabía el nombre de ella.

—Milord.

Esa voz interrumpió sus pensamientos errantes, y Caleb quedó impresionado, una vez más, por la belleza de sus ojos. Ya no estaba seguro de poder sobrevivir esa noche con ella. No obstante, confiaba en que no sería la última vez que pasaría esa noche con ella, porque una no sería suficiente.

—Llámame, Caleb —soltó de repente—. La formalidad parece un poco fuera de lugar, ¿no te parece?

Ella frunció el ceño, ligeramente, y él, una vez más, se sintió divertido por esta paradoja, debido a que exigirle que se acostara con él, evidentemente, le resultaba más agradable, a ella, que usar ese nombre de pila.

Ophelia pareció llegar a la misma conclusión que él, porque de repente sonrió, tímidamente, y Caleb se dio cuenta con un sobresalto que era la primera vez que ella sonreía, en su compañía. Y justo después de esa revelación, llegó otra: él quería hacerla sonreír de nuevo. ¡Y mucho más!

—Entonces, Caleb —dijo ella, un poco impaciente—. Pensé que...

—¿Y tú esperas eso?

Ahora, el ceño fruncido de Ophelia era significativamente más pronunciado.

—Ya hemos pasado por esto. —Ella volvió a sonar como una institutriz—. ¿No es así?

—Sí, lo hemos hecho —respondió Caleb con falsa solemnidad—. Pero ¿qué puedo decirte? Me gustaría saber tu nombre, antes de acostarme contigo.

La observó tragar saliva con fuerza.

—Y eso es un requisito, ¿no? Tienes que saber mi nombre para que yo... para que nosotros... bueno...

¡Maldita sea! Ella era encantadora. Hacía mucho tiempo que Caleb no estaba rodeado de tanta virtud e inocencia. Solía pensar que esto le resultaba repugnante, pero ahora estaba completamente encantado. Y esto fue muy desconcertante. Se encontró sintiendo compasión por

ella.

—Lo único que necesito es estar en la misma habitación que tú —respondió Ophelia con ironía. Tal vez ella no fuera consciente de la incómoda estrechez de esos pantalones, en ese momento, pero para él, sin duda era así.

—¿Por qué no me das tu nombre? —preguntó él con curiosidad.

—No quiero que sepas quién soy —respondió ella, honestamente, una vez más.

¡Maldita sea! Él no se sintió un poco herido por eso. *"¿Qué me pasa?"*

Caleb estaba empezando a sentir un poco de pánico por las emociones que esta extraña y hermosa criatura estaba evocando.

Y en lugar de profundizar demasiado en eso, pensó que era más seguro volver al tipo del libro.

—Entonces serás una sirena. —Utilizó todo el poder de su encanto contra ella, y se sintió aliviado, al ver que esto estaba funcionando. Al menos, eso parecía, dado el intenso color en esas mejillas, mientras él se acercaba a ella.

Le quitó el brandy medio bebido de las manos, y lo colocó sobre la mesa auxiliar, al lado del diván, antes de enderezarse para mirarla directamente a los ojos. Su propio vaso fue vaciado de un trago y colocado sobre su escritorio.

—No soy precisamente una sirena. —Ella se burló, provocando una sonrisa en él.

"Por lo menos, esta mujer era una compañera divertida."

—No lo sé —bromeó él—. Es cierto que no te he oído cantar, solo regañarme. Pero créeme, cualquier hombre de sangre caliente quedaría completamente encantado con solo verte. ¡Yo sé que estoy hechizado!.

Él vio la incredulidad desdeñosa en esos ojos.

La ironía era que si hubiera sido cualquier otra mujer, probablemente, él habría dicho algo similar, en un intento de seducirla. Y ella le creería porque así lo quería. Pero con Ophelia, realmente lo decía en serio. Y nunca más volvería a pensar en las seductoras griegas sin pensar antes en ella.

—Cuéntame una cosa sobre ti —le instó en un susurro.

Estando tan cerca, era imposible ignorar el hechizo, que se había tejido a su alrededor hacía apenas unos momentos.

—Eres joven e inteligente. Sorprendentemente hermosa, pero, dices que nunca te casarás. Tus preferencias no están en otra parte, de lo contrario no habrías buscado mi compañía.

Ese rostro pasó de escéptico a confundido, en un instante, resaltando, una vez más, lo inocente que era. Caleb había visto todo en sus fiestas. Sabía que los deseos sexuales venían en todas las formas y tamaños. Sin embargo, para ella, esto no era así.

—Me has desconcertado —admitió con pesar—. Me has fascinado. Solo quiero saber una cosa…

Ella lo miró fijamente, durante tanto tiempo, que él temió que simplemente se diera por vencida para irse. No obstante, después de un tiempo, Ophelia exhaló un gran suspiro.

—Nunca he hecho algo así —susurró, como si le hubieran arrancado las palabras—. Nunca he vivido de verdad. ¡Porque tengo miedo! Miedo de acabar como mi madre.

Fue el turno de Caleb de estar confundido, pero él mantuvo su expresión cuidadosamente clara.

—Pero quiero algo importante… Algo que me demuestre a mí misma, que no soy esa persona completamente aburrida, que no tiene sentimientos ni pasión.

Él sintió un sentimiento de compasión por esa hermosa joven. No tenía idea de quién era

ella ni quién era su madre. Pero, cualquiera que fuera su origen, estaba claro que esto la afectó profundamente. Y eso lo puso desesperadamente triste.

Iba a desperdiciar su vida sola porque tenía demasiado miedo de hacer otra cosa. Y, curiosamente, dado que apenas la conocía, él anhelaba que esto no fuera así.

—Ni siquiera sabía lo que me estaba perdiendo hasta que me besaste —continuó ella con valentía—, pero, ahora sí lo sé. Y quiero cambiar esto. Te deseo. ¡Ahí está tu verdad!

***

Ophelia esperó nerviosamente que Lord Guilford, o Caleb, supuso, hablara.

A ella le preocupaba desanimarlo con su cruda honestidad.

En realidad, no había tenido intención de decirle nada. Definitivamente, no quería compartir sus miedos más profundos. Pero había algo en él que la atraía. Le hacía confiar en él, o al menos deseaba hacerlo. Lo cual era una locura, dada su reputación.

La llamó “sirena”. Posiblemente, esto fue la cosa más ridícula, que jamás había oído. Ophelia Delacourt podría ser muchas cosas, pero no era una bella seductora.

Sin embargo, cuando él le dijo que lo era, ella casi lo creyó.

Él extendió la mano y ahuecó su mejilla, en un gesto menos apasionado y más tierno de lo que ella hubiera esperado, y eso hizo que su tonto corazón saltara alarmantemente.

—Eres realmente impresionante —dijo él con brusquedad, y la sinceridad de su tono la tomó por sorpresa—. En todos los sentidos.

Ella se lamió los labios repentinamente secos, observándolo, mientras él observaba esa acción.

—Supongo que es justo que también te confiese algo verdadero. —Los ojos de Caleb se movieron rápidamente desde su boca para conectarse con los de ella.

—Mi padre era un mujeriego y alborotador. Y nos educó a mí y a mi hermano para que fuéramos iguales. Para vivir como quisiéramos y al diablo con las consecuencias… ¡Y así lo hice! Ambos lo hicimos, hasta que Gerald encontró su fin.

La noticia de su estilo de vida no fue una sorpresa para Ophelia, dado que lo había visto con sus propios ojos. No debería sentirse decepcionada por la noticia. Por supuesto que no debería… Ella no lo conocía. Y muy pronto, no lo volvería a ver. No obstante, ese libertinaje era la razón por la que ella estaba allí, en primer lugar.

—Yo también tengo miedo —dijo de repente con voz áspera, sorprendiendo a Ophelia hasta lo más profundo—. Tengo miedo de ser como mi padre. No pensé que lo tendría. De hecho, en un momento dado, pensé que eso era exactamente lo que quería ser. Pero, no es así.

Esa sonrisa revolvió el estómago de Ophelia. Pero a medida que esas palabras la penetraban, también lo hacía su significado.

—E-entonces, ya no quieres…

—Déjame ser claro —la interrumpió, mientras su brazo se deslizaba lentamente alrededor de su cintura y la acercaba más—. Puede que ya no desee muchas cosas —continuó—, pero definitivamente te deseo a ti. Tal vez sea hora que te muestre cuánto.

El cuerpo de Ophelia reaccionó inmediatamente, ante la sensación de la forma sólida de Caleb presionada contra ella. Sin embargo, su mente tardó un poco más en dejar de lado la precaución.

No pudo evitar sentir que algo había cambiado entre ellos. Por supuesto, esperaba que tuvieran intimidad. Después de todo, ese era el único propósito de su visita. Pero la intimidad física era una cosa. Esta confesión era mucho más profunda y significativa.

Aunque esto podría ser solo su imaginación, pero ella no lo creía. Así como tampoco aceptaba que él fuera normalmente tan honesto con las mujeres, antes de acostarse con ellas.

Una emoción sospechosamente parecida a la envidia la invadió, pero la interrumpió de inmediato. Sería una locura, sentir de repente celos de las mujeres de la vida de él. Por un lado, ni siquiera lo conocía a él ni a ellas. Y por otro, bueno, esa experiencia mundana era la razón por la que había recurrido a él, ¿no era así?

"¡No!" Una voz brutalmente honesta se escuchó en su cabeza. "*Acudiste a él porque ningún hombre te ha hecho sentir ni siquiera una fracción de lo que él te ha hecho sentir."*

"Bueno, esto es cierto, pero irrelevante," reflexionó Ophelia.

Mientras ella estaba allí, luchando consigo misma, la cabeza de Caleb se inclinó hacia su cuello y comenzó a morder suavemente la carne, haciendo volar cualquier posibilidad de pensamiento racional.

De repente, ya no importaba por qué había venido a ver a Caleb. Solo importaba que lo había hecho.

Capítulo doce

A los pocos segundos que esos labios tocaran su carne, Ophelia supo que Caleb se había estado conteniendo antes. Ya sea porque no estaba seguro de si la deseaba, o si ella lo deseaba a él, realmente, Ophelia no entendía por qué.

Todo lo que sabía era que la pasión, que había estallado entre ellos, ahora se había vuelto casi salvaje en su intensidad.

Esa boca se movió hacia la de ella, esa lengua le exigió entrar, lo cual ella le dio con gusto, y una mano se hundió en su cabello, enviando las horquillas al suelo, y sus mechones negros cayeron hasta su cintura.

La cabeza de Ophelia comenzó a dar vueltas hasta que recordó cómo respirar.

La mano que le había estado sujetando la mejilla se deslizó por su cuello hacia su pecho, que de repente le dolía, y ella jadeó y gimió cuando él la agarró con valentía. Sintió el impacto de ese toque, incluso a través del material áspero de su vestido, pero de alguna manera esto no fue suficiente. Quería sentir esa piel sobre la suya.

Como si hubiera leído su mente, esa mano se movió nuevamente para ahondar en el interior del escote del vestido.

Ella intentó reprimir sus gemidos, pero esto fue imposible.

—¡Ay! Serás mi muerte —dijo Caleb con voz áspera contra sus labios.

Ella no sabía exactamente qué quería decirle, pero el sentimiento era muy mutuo.

Él sacó la mano de adentro de su vestido, pero antes que ella pudiera objetar, la movió junto con la otra hacia la parte de atrás de su vestido.

El sonido de la tela al rasgarse fue seguido por el de los diminutos botones de perla, al despegarse de la parte trasera de su vestido, mientras él rasgaba el material.

Ophelia descubrió que no le importaba que él hubiera arruinado su vestido. Eso solo sirvió para avivar el calor de su deseo.

Caleb rápidamente le bajó el vestido por el cuerpo.

La velocidad con la que le quitó las enaguas y el corsé la sorprendió, aunque esto no debería haberlo hecho, dada la experiencia que él tenía con las mujeres . En cuestión de minutos, ella estaba parada, frente a él, vestida únicamente con la camisola y sus medias. Y ella se sentía lamentablemente mal vestida, por lo que movió los brazos para cubrirse.

—¡No!

La instrucción pronunciada con rudeza detuvo esos movimientos, y él dejó caer las manos a los costados. Esa mirada la recorrió lentamente, pero, para sorpresa de Ophelia, en lugar de aumentar su incomodidad, la hizo sentir lasciva y deseada. Tanto es así que esto le dio coraje para extender la mano y desabrochar lentamente ese chaleco, antes de levantar la mano y sacarlo de sus hombros, dejándolo caer al suelo.

—Nos estamos acercando al punto de no retorno, sirena —dijo con voz ronca—. ¿Estás segura que esto es lo que quieres?

Ophelia tragó saliva, mientras lo recorría con avidez.

Aunque la camisa de él estaba suelta, ella podía ver los músculos, que había sentido presionados contra ella. Sin pensarlo conscientemente, extendió una mano y la presionó contra ese vientre plano, sintiendo el calor de esa piel quemándola.

Él siseó, ante el contacto, y ella levantó la mirada, fascinada por el deseo evidente,

estampado en su rostro. Liberándose de los últimos vestigios de miedo y duda, Ophelia retiró la mano y enderezó su columna. Entonces, haciendo acopio de un coraje, que ni siquiera sabía que poseía, se agachó, agarró el dobladillo de su camisola, se lo sacó por la cabeza y lo dejó caer a sus pies.

Ella estaba frente a él, desnuda, salvo por sus medias.

Él no se movió durante lo que parecieron eones, y ella se preguntó si había hecho algo incorrecto, o si fue demasiado atrevida, o si se movió demasiado rápido.

Pero antes que sus pensamientos pudieran llegar demasiado lejos, él extendió la mano y la atrajo hacia él, una vez más, besándola con un ardor, que la dejó sin aliento.

Ophelia había perdido todo sentido de la razón, el tiempo y el lugar… Esto y él eran muchísimo más de lo que ella jamás había imaginado.

Caleb tenía el control absoluto sobre ella, quien se lo entregó con gusto. Era demasiado nueva en esto, como para hacer otra cosa, que no fuera ponerse en sus malvadas y capaces manos.

—Parece que la alfombra Aubusson servirá, después de todo —gruñó, alejándose de ella para levantar la camisa de su cuerpo y arrojarla a un lado.

El estómago de Ophelia se encogió al verlo, bronceado y musculoso, con la luz del fuego, bailando sobre los planos sólidos de su pecho y los músculos prominentes de su estómago.

Era un Adonis, la personificación de las estatuas griegas, que había admirado en los museos. Ophelia recordó que pensaba que era imposible, que algún ser humano pudiera lucir tan perfecto. Ahora sabía que los grandes escultores, cuyo trabajo tanto admiraba, debían haber estado en presencia de hombres, como el marqués.

"¡Qué suerte tuvieron ellos! ¡Qué suerte tengo!"

Esa broma sobre la alfombra apenas se registró hasta que la levantó para colocarla con cuidado sobre su suavidad. Estaba caliente por el fuego, pero no la necesitaba. Ella sentía como si todo su cuerpo estuviera ardiendo, en llamas.

Ophelia no sabía qué esperar a continuación, así que cuando Caleb se inclinó, a lo largo de esa longitud, con ese grosor presionando contra su cuerpo, causándole un dolor que no cedía, ella solo pudo gemir impotente por el impacto.

—Lo sé, amor —susurró, antes de morderle suavemente el lóbulo de la oreja.

Y entonces, esos labios se movieron gloriosa y tortuosamente. Cada pulgada de su piel expuesta fue adorada. Mientras esa boca rendía homenaje primero a un seno y luego al otro, haciéndola retorcerse impotente, debajo de él, esas manos se movieron para despojarla de sus medias.

Ella quedó completamente expuesta. Caleb detuvo sus atenciones para recorrerla con la mirada. Ophelia tenía la vaga idea que debía sentirse avergonzada, pero no podía sentir nada más que desesperación.

—Por favor —dijo ella con voz ronca, sin estar siquiera segura de lo que estaba pidiendo.

Esa sonrisa lenta y malvada hizo que el corazón de ella se detuviera en seco.

—No tienes que pedírmelo, dos veces, sirena —dijo, arrastrando las palabras.

Él se puso de pie lentamente, y ella observó con gran atención cómo esas manos se movían hacia los botones de los pantalones.

Ophelia no podía apartar la mirada, mientras él permanecía desnudo, confiado y descaradamente frente a ella. Por primera vez en su vida, miraba el cuerpo de un hombre desnudo, de carne y hueso. Su mandíbula se abrió por sí sola, y un repentino temor la dejó absolutamente quieta.

—Mmm…

Ella era una mujer adulta, así que no era completamente ingenua sobre cómo funcionaba esto, pero al mirarlo, a él en su totalidad, francamente, no estaba segura que esto funcionara.

—No estoy segura que tú... quiero decir, que yo pueda... bueno, que seamos capaces de... —Le preocupaba que él se riera de ella, o se decepcionara y le dijera que se fuera. Pero, ella lo pensó: *"¿cómo diablos se supone que vamos a poder hacer esto?"*

No obstante, esa sonrisa de respuesta no era burlona, mientras él se movía sobre ella, una vez más.

—Cariño, soy más que capaz de hacerlo —le aseguró con un tono de suficiencia que a Ophelia le pareció petulante—. ¿Confías en mí?

Ella miró fijamente las profundidades azul cobalto de esos ojos. De manera extraña y probablemente tonta, decidió darle un voto de confianza. Y así le dijo:

—Confío en ti, pero no creo ser el tipo de dama que pueda hacer esto.

—Eres la mujer más hermosa y apasionada que he conocido, sirena —lo dijo con tanta seguridad, que ella estuvo a punto de creerle.

El calor de esa piel la abrasaba. La sensación de esa carne desnuda contra la suya era exquisita, y nuevamente, esa necesidad, de olvidarse de sus preocupaciones, cobró vida.

Preparándose para lo que estaba por venir, Ophelia se sorprendió, cuando él inclinó la cabeza y la besó con más ternura que antes. Esto fue conmovedor, pero no era suficiente.

Ella sabía que él se estaba controlando, manteniendo su ardor por pura fuerza de voluntad. Pero no quería eso. Ophelia confiaba en él y quería todo de él: su pasión y experiencia. Tenía miedo, pero si esta iba a ser su única experiencia de relación con un hombre, entonces lo quería todo, sin reservas.

—Estoy lista —susurró con valentía contra esos labios—. ¡Hazme el amor!

Capítulo trece

Caleb se sintió como si estuviera atado, en su interior, a un animal salvaje. Y esa súplica susurrada puso a prueba su autocontrol más que cualquier otra cosa antes. ¡Que el diablo se lo llevara! Pero él nunca se había destacado por su paciencia, a la hora de masturbarse, y estaba seguro que jamás había deseado a nadie tanto como a ella.

Quería ir despacio, saborearla y asegurarse, que estuviera lo más preparada posible, antes de tomar su virginidad. Pero ella pondría a prueba la paciencia de un santo. Y él era lo más alejado de un santo que se pudiera imaginar.

Sus ojos se llenaron con la visión de ella, preguntándose, una vez más, cómo había logrado mantener tanta belleza oculta al mundo. Ella era una mujer de calidad, de eso no había duda.

"Entonces, ¿por qué ella no se adorna con sedas y diamantes? ¿Por qué ella no se despierta, todas las mañanas, al lado de algún bribón con suerte? ¿Y por qué, de repente, yo quiero ser él que le compre sedas y diamantes? ¿Por qué quiero despertarme con ella, cada mañana?"

Caleb ya sabía que no se cansaría de ella pronto. Los besos, por sí solos, lo volvían loco de deseo.

Extendiendo una mano, la acarició sobre esa piel sedosa, observando cómo ella se retorcía ante su toque. Ella era tan malditamente receptiva. Lentamente, él movió su mano por la suave y blanca longitud de la parte interna del muslo, volviéndolos locos a ambos con el ritmo deliberadamente pausado, que estableció.

Esas caderas se movieron, cuando él alcanzó el montículo, y esas piernas se abrieron por voluntad propia. Ella estaba lista para él. Por supuesto, él lo sentía y lo escuchaba, en esos gemidos. Pero él quería hacer esto tan placentero y alucinante, que ella aceptaría volver con él.

Se inclinó para capturar esos labios, una vez más, y esta vez, no se contuvo. Tomando uno de esos pezones llenos con su mano, se deleitó con esos jadeos de placer, mientras lamía el otro. Pero las manos de ella tiraron con urgencia su cabello y él gruñó contra esa piel. Él se movió más abajo de ese cuerpo, sin dejar ninguna parte sin tocar. Finalmente, llegó a la cima de los muslos.

Ella levantó la cabeza de golpe para mirarlo fijamente. Su cabello negro caía sobre las mejillas sonrojadas, y el plateado de esos ojos, aún más pronunciado, lo cautivaron a él. Aunque ella también lo dejó sin aliento. Incluso mirándolo con los ojos muy abiertos, como lo estaba haciendo ahora.

—¿Qué estás haciendo? —susurró ella—. ¡No puedes!

—Dijiste que confiabas en mí —le recordó.

Caleb no tenía idea de dónde sacaba tanta paciencia.

Él no quería nada más que sumergirse en ella, haciéndola suya, en todos los sentidos. Su lujuria estaba alcanzando rápidamente su punto máximo, y no estaba completamente seguro de poder sobrevivir esa noche. Pero incluso si muriera, no podría pensar en una mejor manera de hacerlo.

—Lo haré —murmuró ella.

—Entonces déjame entrar —le instó con dulzura—. Confía en mí, sirena. Estás en buenas manos.

Ambas miradas permanecieron fijas hasta que él vio la capitulación en ese rostro. Ella se recostó y Caleb finalmente presionó sus labios contra ella. Esas caderas se agitaron y ese gemido sin aliento rompió el último vestigio del control de ella. Él la devoró con su lengua, deleitándose con las partes de ella, que habían permanecido intactas durante demasiado tiempo. Apretando sus manos contra esas caderas, las sostuvo en su lugar, sin dejar que se alejaran.

Esos gemidos se convirtieron en gritos, esos jadeos se convirtieron en sollozos, y el nombre de Caleb salió de esos labios, una y otra vez, llevándolo más cerca del borde hacia el que ella corría.

Y todo era suyo: cada gemido, cada súplica que salía de esa boca, eran suyos. Caleb nunca se había sentido tan embelesado por una experiencia sexual, y aún ni siquiera había buscado su propio placer. Él estaba cerca. Lo notó por la rigidez de ese cuerpo y la respiración entrecortada, en esa garganta.

Y él quería estar allí con ella. Deseaba que estuvieran juntos, de todas las maneras posibles. Colocándose entre esas piernas, esperó hasta que esos ojos lo miraran y luego, tan suavemente como pudo, comenzó a moverse.

Ella se estremeció levemente, cuando él rompió su barrera, y el sudor perló su frente, mientras que él esperaba que ella se acostumbrara, a su presencia, dentro de ese cuerpo.

Con una fuerza de voluntad hercúlea, él se mantuvo completamente quieto hasta que, afortunadamente, ella se relajó y giró sus caderas, llevándolo a un nivel más profundo.

Este fue todo el estímulo que necesitaba. Él se balanceó contra ella, llenándola y tomando las riendas de su deseo. La bestia dentro de él rugió y exigió que penetrara esa delicada carne. Aunque él lo hizo lentamente hasta que el propio cuerpo de ella, inconscientemente, se movió más rápido, atrayéndolo más profundamente, exigiendo más y más.

Y así, él le dio todo lo que ella no sabía que estaba pidiendo.

***

Caleb tragó el aliento de Ophelia, mientras sus movimientos causaban que la sensación más increíble se desarrollara dentro de ella.

Ella no sabía cómo describir lo que estaba sucediendo. Solo sabía que nunca antes se había sentido así. Estaba escalando, increíblemente alto, tanto que no estaba segura de poder sobrevivir, a lo que le estaba sucediendo. Y entonces, de repente, se liberó, y ola tras ola de éxtasis se estrellaron contra ella, ahogándola en un placer exquisito.

Ophelia apartó sus labios de los de él, gritando, cuando alcanzó el orgasmo, arrastrándolo hacia el vacío con ella. El placer fue tan intenso que rayaba en el dolor, y ella se movió impotente, mientras Caleb se estremecía sobre ella con sus propios gritos mezclándose con los de ella.

Ella lo observó, fascinada por esa belleza, mientras él echaba la cabeza hacia atrás, con su respiración tan entrecortada y jadeante, como la de ella.

Mientras Ophelia flotaba de regreso a la Tierra, y su corazón acelerado comenzaba a desacelerarse, una sensación de rectitud, que no esperaba, se apoderó de ella.

Caleb se apoyó sobre esos antebrazos y le sonrió, con un mechón de cabello oscuro, cayendo sobre su frente. Se veía tan encantador y guapo, que a ella se le retorció el corazón. Ella no pudo evitarlo, extendió la mano y lo echó hacia atrás.

—¿Cómo te sientes? —preguntó él, suavemente—. ¿Ahora que ya has vivido un poco, oficialmente?

Ella respondió a su sonrisa con una propia, sorprendentemente cómoda, dadas las

circunstancias. Habría pensado que se sentiría tímida y desorientada.

—La verdad es que me sentí más, como si estuviera muriendo que viviendo —bromeó—. Pero no escucharás ninguna queja por mi parte.

Esa risa ladradora le hizo revolotear el estómago a él. Ella estaba peligrosamente cerca de realmente gustarle ese hombre. Y esto no podía pasar.

Ophelia era demasiado inexperta y poco mundana como para separarse de él y de esa noche de una manera sofisticada. ¡Y sobre todo porque realmente él no quería abandonarla! Sin embargo, lo último que un hombre, como el marqués, querría era tener a una señorita enamorada e inexperta cerca de él.

Ella se aclaró la garganta, torpemente.

—Supongo que debería irme, entonces —dijo ella, intentando, y probablemente sin éxito, sonar indiferente.

La sonrisa desapareció inmediatamente del rostro de Caleb, y por un momento, Ophelia podría haber jurado que él parecía casi decepcionado. Pero en cuestión de segundos, él estaba firmemente en su lugar.

—¿Y por qué deberías hacer eso? —preguntó, inclinándose para depositarle un suave beso en los labios.

Para sorpresa de Ophelia, las brasas de sus deseos volvieron a arder con esta acción.

—Bueno, yo… yo pensé que habíamos terminado —respondió ella con franqueza.

Esa mirada se volvió positivamente lobuna.

—¿Ya? —repitió suavemente—. Cariño, esto apenas ha comenzado.

Capítulo catorce

Caleb se miró críticamente en el espejo, algo que nunca había hecho antes.

A juzgar por el rostro confuso de su ayuda de cámara, el personal también había notado su extraño comportamiento. Por supuesto, ninguno de ellos quiso hacer comentarios.

Incluso cuando le había ordenado a Havers que volviera a enviar un mensaje a sus compañeros, que no habría más libertinaje en Guilford Townhouse, esa noche, el mayordomo simplemente asintió, y se alejó para cumplir sus órdenes.

—Tal vez la marina —ordenó Caleb, ignorando el ceño desconcertado del ayuda de cámara. —Se quitó el carbón superfino de los hombros y lo reemplazó, por tercera vez, con la chaqueta azul marino, que le tendió su ayuda de cámara.

—Todo esto probablemente será inútil —se dijo, mientras se abrochaba la chaqueta.

Había muchas posibilidades que su sirena se mantuviera alejada, a pesar de la invitación, que rayaba en la súplica. La noche anterior, ellos se habían trasladado a su dormitorio, y él le había hecho el amor hasta que ella cayó, en un sueño exhausto. Y luego, para su sorpresa, se sentó y la observó, acariciando con su mano, la suave curva de esa columna.

“¿Quién es esta mujer que me ha hechizado de tal manera?”

Él se preguntó esto, mientras ella dormía.

Sus sentimientos lo confundieron. La resistencia de ella también lo impresionó sinceramente, ya que incluso, cuando Caleb exprimió hasta la última gota de pasión entre ambos, él había vuelto a la vida con solo mirarla.

Cuando ella se despertó, justo antes del amanecer, estirándose y casi provocándole una apoplejía, él le pidió que volviera con él, esa noche.

Ella no le había dado una respuesta definitiva de ninguna manera, estaba demasiado preocupada por llegar a casa, dondequiera que la misma estuviera, antes que alguien notara su ausencia.

Caleb había insistido en llevarla, en uno de sus carruajes, sin distintivos. Cuando ella se negó, él simplemente le explicó que llamaría más la atención, si la seguía el marqués de Guilford, que si iba en un carruaje discreto con las cortinas corridas. Sobre todo ahora que su vestido era básicamente un harapo.

Al final, ella cedió porque parecía intuir que él hablaba en serio. Ese infierno se congelaría, antes que él la dejara salir sola, a las calles de Londres. Y él tenía razón, en lo que se refería al estado del vestido.

Él sabía que esto la irritaba, así que la besó hasta quitarle los estribos, y ella fue lo suficientemente dócil para escuchar su pedido y considerarlo seriamente.

Cuando le sacó una promesa, que al menos pensaría en volver, la dejó ir.

Y ahora, él estaba allí parado, como una maldita debutante, esperando nerviosamente su primer baile, preocupándose por la ropa y esperando llamar la atención de alguien. Si su padre pudiera verlo ahora… Sin duda, el viejo marqués y su hijo mayor se revolcarían, en sus tumbas, si supieran, qué había sido de Caleb.

En cuestión de días, una mujer que ni siquiera quiso dar su nombre lo había transformado por completo, y no quería nada de él excepto sexo. La verdad es que la mayoría de las mujeres, que conocía, no querían nada más que sexo. A él nunca le había molestado esto porque él mismo nunca había deseado más. Pero con la sirena…por alguna razón, las cosas eran diferentes.

Acostarse con ella había sido increíble. Pero no era solo eso. Quería hablarle y pasar mucho tiempo con ella. Este era un sentimiento extraño para él, pero Ophelia se había metido bajo su piel.

El reloj dio la hora y, ¡maldita sea! Él sintió un cosquilleo en el estómago.

Nunca en su vida se había revoloteado tanto. Esta mujer sería su muerte. O al menos el fin de su reputación.

"¿Es realmente importante mi reputación?" se preguntó, mientras despedía al ayuda de cámara, dirigiéndose a su estudio. *"¿Acaso la quiero?"*

"No, no la quiero," Caleb se dio cuenta.

Hacía tiempo que no estaba satisfecho con su vida. La sirena solo había servido para poner el último clavo en ese ataúd, en particular. Bueno, al menos su madre estaría muy contenta. Seguramente, esto fue solo una coincidencia, se aseguró Caleb, mientras el pánico comenzaba a devorar los bordes de su mente.

Por casualidad la conoció casi al mismo tiempo, que él estaba decidiendo que quería cambiar su forma de ser. Esto era cuestión de tiempo. Pero, ella, no… ¡Esto no podía ser! Apenas la conocía.

Al entrar a su estudio, Caleb se movió inmediatamente hacia la ventana para mirar la calle de abajo.

"¡Cielos! ¿Qué me sucederá?"

Mientras observaba, de repente una figura encapuchada apareció en la esquina de la plaza y se apresuró hacia la casa, y algo que parecía extrañamente, como euforia, estalló en su pecho.

"Así que es ella," admitió.

Él estaba en problemas. Entonces, ¿por qué esto no le importaba?

***

Ophelia se dijo a sí misma, repetidamente, lo tonta que había sido al regresar aquí. ¿No se había dicho a sí misma, que sería solo una noche? ¿No se había jurado, que no sería como su madre? No obstante, allí estaba ella, arriesgándolo todo, una vez más, por un hombre. Pero, no era un hombre cualquiera. Era ese su hombre.

Por eso, ella estaba allí de nuevo. No por algo tan básico como querer... bueno, no había necesidad de ser grosera. Ni siquiera en sus pensamientos.

Aunque ciertamente, hoy, fueron grosera con ella. Y cuando había estado tan distraída por los recuerdos de su noche con el marqués, la señorita Fisher la envió a sus habitaciones por un tiempo, como si fuera una estudiante rebelde.

Mientras estaba sentada en su dormitorio, decepcionada, mirando viejos diarios llenos de nada, decidió que aceptaría la invitación de Caleb para regresar esa noche.

Sí, ella había deseado una noche, pero ahora que la había experimentado, pasando tiempo en compañía de Caleb, quería más y más. Y tal vez todo esto resultara ser una locura. A lo mejor, ella se arrepentiría. Pero todavía no lo creía.

Por supuesto, aquello, fuera lo que fuese lo que había entre ellos, no duraría para siempre.

Con el tiempo, él se casaría, probablemente con una mujer, a la que no le importaría hacerse la vista gorda, ante ese estilo de vida libertino.

Y como la idea de dicha manera de actuar hizo que a Ophelia se le retorciera el estómago de celos, cuando apenas lo conocía, seguramente, ella no sería una señora que toleraría esto.

La verdad es que los hombres, como Caleb, se casaban por deber, no por amor, y la mayoría de las mujeres de calidad aceptaba el matrimonio por la misma razón. Incluso había

muchísimas mujeres de la alta sociedad, que soportarían cualquier cosa, si eso significaba convertirse en una marquesa o duquesa.

De todos modos, no era que Ophelia fuera a estar alguna vez en esa carrera.

¿La hija bastarda de un conde ya fallecido? ¿La hermana de otro, que había querido darle dinero para echarla de su vida para siempre? No tenía nada de madera de marquesa ni de una dama de la nobleza.

Lo máximo que podía esperar de Caleb era una oferta de carta blanca: convertirse en su amante, una mujer mantenida, al igual que su madre. Y Ophelia preferiría morir, antes que sufrir nuevamente esa vida. O peor aún, obligar a cualquier niño, a vivir de esta manera.

¡Pero ella se estaba adelantando ridículamente a los acontecimientos!

El marqués probablemente la despediría, después de esa noche. Conocía al hombre, desde hacía apenas unos días. Más bien, noches, para ser exactos. ¿Qué estaba haciendo ella, pensando en cosas como el matrimonio y las amantes? El hombre, literalmente, no sabía quién era ella.

Dejando a un lado cualquier aprensión, Ophelia se detuvo al borde de la plaza, miró hacia la casa del marqués, y casi se desplomó de alivio.

A ella le aterrorizaba que el lugar se iluminara con risas estridentes, que se derramaran en la noche de Londres, como había sucedido, cuando conoció a Caleb.

Antes, cuando decidió regresar, su expectación se había mezclado con inquietud. Le preocupaba que tal vez él la estuviera invitando a participar en su estilo de vida, pidiéndole que se convirtiera en una de esas mujeres, que había visto con faldas mojadas y un descarado desprecio por sus partes íntimas.

Tal vez, ella fuera hipócrita, dado lo que había estado haciendo la noche anterior, pero sabía que nunca podría ser el tipo de mujer, que le otorgaba sus favores de manera tan flagrante, a más de un hombre. Esto no le atraía. Y, desde luego, no quería vivir en un mundo lleno de libertinaje e iniquidad.

Posiblemente, ella no fuera exactamente el modelo, que se presentó ante sus estudiantes. La noche anterior había demostrado eso, al menos. Pero eso no significaba que de repente sintiera algún interés por las cosas, que había visto en la casa de Caleb, esa primera noche.

Pero, afortunadamente, la casa estaba a oscuras, salvo una o dos ventanas, y la calle estaba silenciosa y vacía de carruajes y juerguistas.

La complacía más de lo que probablemente debería estar por tenerlo para ella sola. Al menos por esa noche.

Su estómago se agitó de emoción, ante la idea, y, tomando aire para tranquilizarse, se apresuró a subir las escaleras, anticipando los placeres que la esperaban.

Capítulo quince

Caleb no podía creer el alivio que sintió, cuando la figura quieta y encapuchada se movió nuevamente, y caminó decididamente hacia la casa. Él se dirigió inmediatamente a la biblioteca, sabiendo que sería más cómodo para ella, intuyendo que admiraría esa habitación. Ophelia parecía ser el tipo de persona que disfrutaba de los libros.

Y esa noche, descubriría si sus suposiciones sobre su sirena eran correctas. Por mucho que quisiera acostarse con ella, tenía la intención que esa noche fuera algo más que eso.

Tras avisar en las cocinas, que necesitarían una bandeja para dos, en la biblioteca, siendo esta orden otra cosa que seguramente desconcertaría al personal, entró en la biblioteca, se sentó en una de las mullidas sillas, junto a la cavernosa chimenea, esperando escuchar con avidez los pasos que vendrían.

Después de un tiempo interminable, los oyó, y se puso de pie justo cuando Havers entraba, con la sirena pisándole los talones.

No necesitaba ver su cara para saber que era ella, quien obviamente era la única bienvenida, en su casa, esta noche.

Despidió a Havers con un asentimiento, y luego dirigió su atención hacia ella, quien bajó la capucha de la capa, y luego le sonrió tentativamente, pero esto fue suficiente para hacerlo sentir, como si el sol lo hubiera calentado.

Si alguien pudiera escuchar las tonterías románticas, que su mente decía, cuando ella estaba cerca...

—Has venido —dijo él, a modo de saludo.

—Sí —respondió ella con sencillez—. En realidad, tenía un poco de miedo, que me hubieras invitado a una de tus... ah... veladas —continuó, con las mejillas sonrojadas—, no quisiera... es decir, no me gustaría participar en...

Verla luchar para explicarse despertó ese extraño sentimiento protector dentro de él, y además una saludable dosis de vergüenza por la vida inmoral, que él llevaba.

—Sirena, la única persona que quiero cerca esta noche eres tú. Y el único que quiere verte así, soy yo.

Sus mejillas se sonrojaron de un rojo más profundo. A él le encantaba hacerla sonrojar.

—Gracias —dijo ella, tímidamente, como si el hecho de guardarla, para sí mismo, fuera una especie de favor—. Sé que estás acostumbrado a veladas mucho más aventureras.

Allí estaba esa vergüenza, dentro de él, otra vez.

A él no le gustaba esta sensación ni le agradaba la idea de ella, en una de esas veladas aventureras de las que hablaba. De hecho, la idea de tenerla en su salón de baile, rodeada de los hombres, que frecuentaban sus fiestas, lo hacía sentir enfermo y viscosamente celoso.

—No me interesa nada ni nadie más que tú, cariño. Creo que mi gusto por las fiestas atrevidas ha disminuido drásticamente, en los últimos días.

Esos ojos se abrieron y las profundidades plateadas le recordaron a él, una luna llena de verano. Quería verla a la luz de la luna, al aire libre, solo ellos dos… Y decidió hacerlo realidad, allí mismo.

Caleb decidió que ya era hora de saludarla, como era debido, avanzó y sin decir palabra le quitó la capa de sus delgados hombros.

Su vestido era diferente al de la noche anterior, pero igualmente monótono, y le recordó

su deseo de verla con satenes y joyas preciosas.

Por fea que fuese la prenda, él sabía lo que había debajo. Y su ropa nunca había sido capaz de disimular su belleza.

Él extendió la mano y acarició con sus nudillos esa mejilla caliente, antes de ahuecar esa nuca y atraerla hacia él, bajando la cabeza y besándola de una manera, que no dejaba ninguna duda sobre la felicidad, que ambos compartían.

Sintió la capitulación inmediata de ella, y él se alegró por esto. El fuego entre ellos rugió de inmediato e inevitablemente. Él era una criatura lo suficientemente vil, como para deleitarse con las pasiones que le pertenecían a él, y solo a él.

Antes que pudiera dejarse llevar, un golpe sutil sonó en la puerta y él se apartó de mala gana, disfrutando con aire de suficiencia, esa mirada aturdida, cuando volvió a contemplar esos increíbles ojos plateados.

La movió hacia la silla, que había estado ocupando, antes de llamar a la criada para que entrara, sabiendo que ella no querría que sus sirvientes vieran su rostro.

Tras despedir a la joven, llevó él mismo la bandeja a la mesa, que estaba ubicada entre las sillas.

—¿Tienes hambre? —preguntó, mientras servía dos copas de clarete, y le entregaba una.

Ella frunció el ceño, mirando la bandeja, antes de mover su mirada hacia la de él.

—Milord —empezó a decir, pero se detuvo cuando él arqueó una ceja—, Caleb —comenzó de nuevo, extendiendo la mano y tomando el vaso—, ¿qué es todo esto? Pensé que tú, bue-eno, que noso-otros...

Probablemente él no debería sentir esa tartamudez tan encantadora, como la encontraba, pero Caleb no pudo evitarlo.

—¿Pensaste que te violaría, en cuanto entraras por la puerta? —le dijo amablemente, mientras se sentaba frente a ella—. Créeme, estuve tentado. Pero quiero que hablemos. Pensé que podríamos cenar y conocernos mejor, antes de todo el deslumbramiento.

Ella se sonrojó intensamente, como él sabía que lo haría, pero no parecía disgustada por la idea.

—¿Qué te gustaría saber? —preguntó ella, mientras él destapaba un sencillo plato de pasteles de carne, quesos y pan. Incluso la cocinera le había enviado su pastel de moras favorito.

—¿Tu nombre? —insistió, esperanzado. Luego suspiró y dejó su vino intacto sobre la mesa.

—No —respondió ella—. No diré mi nombre.

Caleb sintió una punzada de decepción, pero la ignoró.

Al final, él descubriría quién era ella, así esto le llevara meses. De hecho, cuanto más tardara, esto era mejor, en lo que a él respectaba. En el fondo, él cuestionaba su propio comportamiento.

"¿Meses? ¿Espero o incluso quiero seguir viéndola por meses? ¡Sí!"

La respuesta le llegó, rápida e inquebrantable. Sabía, sin conocer las razones, que la seguiría deseando tanto dentro de unos meses, como en esta noche. Posiblemente continuaría así, durante muchos años.

Él detuvo esos pensamientos de inmediato. Decidiendo no insistir, le llenó un plato y se lo entregó.

—Muy bien —concedió—. No sé tu nombre… Aún no…

Ella abrió la boca, sin duda para discutir, pero Caleb siguió adelante sin darle la oportunidad:

—Llegaste aquí la otra noche, después de un trabajo, que tenías a tu cargo. Entonces, eres una institutriz.

No era una pregunta, pero ella sabría lo que él quería. Le preguntaba si ella confiaría en él lo suficiente como para abrirse, ante su alma. Anoche lo hizo, pero fue de otra manera, y Caleb sabía por experiencia que la intimidad física era mucho más fácil que la emocional.

Ella lo miró con los ojos muy abiertos, durante un rato, antes de suspirar:

—¿Por qué quieres saberlo? —preguntó ella sin rodeos.

—No lo sé —respondió él con la misma franqueza—. Quiero conocerte. Tanto como estés dispuesta a compartir conmigo.

—¿Así es como suelen suceder estas cosas?

Él arqueó los labios.

—¿Qué cosas? —preguntó él.

—Bueno, tus… tus aventuras.

Caleb no podía explicarse por qué esa pregunta lo había irritado. No a ella, sino consigo mismo… La verdad era que nunca se había molestado en conocer a las mujeres de su vida, más allá de una especie de relación superficial. Y odiaba que ella supiera eso de él.

—No, sirena. Esto es diferente.

—¿Por qué? —preguntó ella con franqueza.

"Buena pregunta," pensó Caleb.

—Porque tú eres diferente —respondió él, sencilla y honestamente.

Ella bebió un sorbo de vino con la mirada fija, en el fuego, y él se preguntó si le respondería o si simplemente se marcharía. Tal vez todo lo que ella quería era tener relaciones sexuales sin ataduras. Él había pasado la mayor parte de su vida adulta, deseando lo mismo con otras mujeres, así que no podía juzgarla, si este fuera el caso.

Pero esto le dolía muchísimo. Eso lo sabía, pero no comprendía por qué.

—No estoy acostumbrada a esto —dijo ella de repente—. Tengo muy pocas personas en mi vida con las que pueda hablar de algo importante.

—¿Cómo puede ser eso? —preguntó él.

—He vivido en un mundo muy pequeño. Algo que a un marqués le parecerá extraño, pero así son las cosas. —Ella sonrió levemente, sin duda por la incredulidad, en ese tono.

—Sin embargo, eres una persona culta y sin duda eres de calidad. Pero no te había visto antes. No olvidaría una cara como la tuya.

—No creo que nos hayamos movido en los mismos círculos, milord, dado que el suyo sería como algo salido del infierno.

Caleb se rió a carcajadas, ante ese comentario sarcástico, maravillándose de esa agudeza mental. Nunca antes una mujer lo había mantenido alerta, en realidad, nadie, y le sorprendió lo mucho que estaba disfrutando de esta experiencia.

Hablaron un rato más, comiendo y bebiendo vino. Él la observó relajarse visiblemente, ante él, vio que sonreía con más facilidad, y que su risa sonaba con más frecuencia.

Aunque ella tuvo cuidado de no revelar su nombre ni decirle para quién trabajaba, él estaba dispuesto a apostar, que reveló mucho más de sí misma de lo que pretendía.

Fuera lo que fuese o quien fuera la causa que su mundo sea tan pequeño, esto le había provocado una falta de confianza en las personas, y en los hombres, en particular. Si él tuviera que adivinar, diría que ella desconfiaba principalmente de los hombres con títulos.

Y esto era una verdadera lástima. Ella merecía una vida llena de amor, no citas secretas y pecaminosas con un hombre como él, un canalla que no merecía sus sonrisas, pero que las quería

de todos modos.

Tal vez más sorprendente que su franqueza fue la de Caleb. Se encontró contándole acerca de su madre, una mujer cuyo nombre rara vez pronunciaba, en esta casa. Siempre se sentía vagamente incómodo, pues no quería manchar el nombre de su madre, al permitir que se mencionara en este infierno, tal como su compañera lo había expresado tan elocuentemente.

Pero él quería hablar con ella sobre su madre. Quería decirle sobre las cosas buenas de su vida. Solo cuando estaban hablando, él se dio cuenta que no tenía muchas cosas buenas sobre que conversar. Pero, más bien, quería hacerlo.

El reloj de pared en la esquina de la biblioteca dio la hora, interrumpiendo una pausa agradable, en la conversación, y Caleb se sorprendió, al ver cuánto tiempo había pasado.

Él había estado todo el día esperando acostarse con ella, pero estuvo sentado allí durante horas, simplemente conociéndola.

Ella también miró el reloj y abrió mucho los ojos. Tampoco se había percatado del paso del tiempo.

—No me había dado cuenta de la hora —murmuró ella—. Debo irme.

Caleb se puso rígido, cuando la decepción lo atravesó.

—¿No puedes quedarte un poco más? Te confieso que estoy disfrutando de nuestra conversación más de lo que esperaba.

Observó cómo se desarrollaba una batalla, en el interior de ella. Se dio cuenta por su expresión siempre cambiante. Finalmente, Ophelia cuadró los hombros, y él supo que estaba a punto de decir algo brusco otra vez.

—Entonces, ¿eso es todo lo que querías esta noche? ¿Conversar?

“Bueno, ¡ciertamente esto no me decepcionó! ¿Es mi imaginación o ella parece decepcionada por esto?”

Caleb permitió que su mirada la recorriera, sintiendo los ahora familiares estímulos de la lujuria.

—¿Acaso he dicho eso? —dijo él, arrastrando las palabras—. Quiero mucho más que una conversación, sirena.

Él extendió la mano para tomar su mano y jalarla hacia su regazo.

—Tal vez ya hemos hablado suficiente, por ahora.

Capítulo dieciséis

Ophelia casi no tuvo el coraje de hacerle esa pregunta, aunque estaba muy contenta de haberlo hecho.

"El problema es que estoy peligrosamente cerca de enamorarme del malvado marqués," lo pensó, antes que esas atenciones le hicieran imposible seguir reflexionando. Incluso ya era muy malo que hubiera pasado las últimas horas, soñando despierta, imaginando esa boca, esas manos y... bueno, el resto de él.

Pero esta noche era francamente peligrosa.

Él era encantador, sí, ingenioso, interesante y bueno con su madre. *"¡Por el amor a la bondad! No debería saber esas cosas sobre él. No puede salir nada bueno de ello."*

"¿Y si hago algo irremediablemente estúpido como enamorarme de él?"

Incluso ella era una heredera, pero había nacido en el lado equivocado de la cama, de una madre francesa.

Lo único que podría resultar de perder su corazón por Caleb sería dolor y destrucción, ya que la aplastaría, cuando él inevitablemente se cansara de ella, o se casaría, respetuosamente, con una mujer de calidad, y la dejaría atrás. O peor aún, él descubriría que ella es tan débil, como su madre, por lo que viviría al margen de su vida, mendigando migajas de afecto y teniendo hijos, que sufrirían el destino, que ella ya había vivido.

Ophelia había venido aquí, esta noche, porque no había podido mantenerse alejada de él, incluso pensando que era un libertino, desprovisto de toda decencia. Pero, ahora que sabía que ese no era el caso, simplemente no serviría de nada quedarse allí.

Caleb se apartó de repente para mirarla a los ojos, mientras que el azul brillante de los suyos la mantenía cautiva.

—¿Dónde está tu mente, sirena? —preguntó con voz áspera.

Ophelia descubrió que no podía hablar, así que lo miró en silencio, como una imbécil.

—No he pensado en nada más que esto durante todo el día —dijo él—. Pero te quiero conmigo.

Ella estaba desgarrada, su cabeza y su corazón luchaban entre sí, mientras la sensación de él, presionado contra ella, causaba estragos en sus sentidos.

Él extendió la mano y le acarició la mandíbula con los nudillos, mostrándole una ternura que la tomó por sorpresa. Y así fue. Ella sabía que se estaba engañando a sí misma, al imaginarse que tenía la fuerza para levantarse y alejarse de él.

—Estoy contigo —dijo él, suavemente, y ella fue recompensada por la presión dura y exigente de esos labios contra los suyos.

Tal como había sucedido, cada vez, esos besos la hicieron arder en llamas.

Sus extremidades tenían la consistencia de la miel, cuando él se agachó y la volvió a posicionar hasta que ella quedó a horcajadas sobre él, con las faldas recogidas torpemente, en sus muslos, y su adolorido centro, presionado perversamente contra esa dureza.

Ella sentía como si esas manos estuvieran, en todas partes, a la vez, hundiéndose en su cabello, haciendo volar horquillas, y abriendo un rastro de fuego por su garganta, hasta el modesto escote de su vestido.

Apartando los labios de los de ella, él inclinó la cabeza para presionarlos contra su garganta, mordiendo suavemente el pulso, que latía allí.

—Caleb —jadeó—. Por favor.

Ella se presionó con valentía contra él, desesperada por aliviar el dolor, que crecía en su interior, como la noche anterior. Una maldición sonó amortiguada contra su piel.

—Me haces perder la cabeza —gruñó él—. Pierdo toda mi famosa delicadeza.

—No me importa —insistió ella, sin aliento—. Siempre he pensado que la delicadeza está sobrevalorada.

Sus palabras arrancaron una risa estrangulada de él, pero no hicieron nada para detener la marea de lujuria que los ahogó a ambos.

Y parecía que ese era todo el estímulo que él necesitaba, pues la levantó de su regazo, el tiempo suficiente para desabrocharse los pantalones, y entonces, ellos se unieron y fusionaron, en un placer tan exquisito que Ophelia no pudo contener sus sollozos.

Se sintió frenética con sus deseos, gritando, a través de su cuerpo, y percibiendo la sensación de él tan diferente, a la noche anterior, pero igualmente maravillosa.

En cuestión de segundos, la tormenta dentro de su cuerpo estalló, y ella fue arrojada al torbellino, gritando, mientras lo seguía hasta el borde.

El cuerpo de Ophelia se sintió ingrávido, al descender a la Tierra, y ella solo pudo hundir la cabeza, en su pecho, e intentar recuperar el aliento.

Los brazos de Caleb la rodearon, abrazándola fuerte y haciendo que su tonto corazón se agitara. Ella quería un mundo donde esos brazos siempre la sostuvieran cerca, pero, precisamente, por eso necesitaba irse.

—Uno de estos días te llevaré, a la cama, antes que hagamos el amor. —Esa voz retumbó en su oído y su estómago, dándole un vuelco a ella.

“Eso significa que él quiere volver a verme, ¿no?”

Ophelia quería preguntar, pero no deseaba mirarlo, por temor a estar exponiéndose demasiado, ante él.

—Entonces, ¿dos veces no es suficiente? —Ella intentó parecer indiferente, pero era difícil saber si sonaba despreocupada, al estar presionada contra ese pecho agitado.

Esa mano se metió en su cabello y tiró suavemente, levantando sus ojos hacia los de él.

—Dos veces no es suficiente para ti, sirena —le dijo suavemente, y ella no pudo dudar de la sinceridad, que nadaba en esos ojos.

—Mañana por la noche, cenaremos en una mesa, como es debido, y luego, te haré el amor en una cama, como es debido.

Su corazón latía dolorosamente contra sus costillas.

—¿No tienes una de tus fiestas, mañana por la noche? Tu vida parece haberse vuelto demasiado seria.

Esa sonrisa masculina era realmente deslumbrante.

—Mi vida se ha vuelto todo lo contrario de seria —argumentó—. Y no, no tengo ninguna fiesta mañana por la noche. Es más, no tengo ningún deseo de tener una fiesta mañana. Ni ninguna otra noche, de hecho.

Parecía como si algo estuviera cambiando entre ellos.

¿Seguramente él no estaba cambiando sus hábitos hedonistas por ella? Ese tipo de ilusiones solo la conducirían a la decepción.

Ophelia se aclaró la garganta.

—Entonces, ¿mañana? —preguntó ella.

—Contaré los minutos —susurró, antes de acercarla más para besarla, nuevamente.

Capítulo diecisiete

—Entonces, ¡estás viva! Empezaba a preguntarme...

Caleb levantó la vista de su escritorio con el ceño fruncido, cuando Lady Anita entró en su estudio, sin previo aviso. Él añadió:

—¿Cómo lograste pasar por Havers? —preguntó, a modo de saludo.

—¡Oh! Él llegará pronto. —Ella se encogió de hombros y se quitó la cofia de sus brillantes rizos dorados—. Está un poco mayor, ¿sabes? Soy mucho más rápida que él.

Caleb se rió a pesar de esta irrupción. No podía evitar imaginar lo furioso que estaría Havers por el comportamiento escandaloso de Anita. Antes que él pudiera responderle, su premonición se hizo realidad, y Havers entró por la puerta, resoplando levemente y mirando fijamente, a la serena dama.

—Milord. —El mayordomo se recompuso enseguida—. La dama ha sido informada que no desea que lo molesten.

—Está bien, Havers —dijo Caleb, antes que el hombre sufriera una apoplejía.

No era que el sirviente tuviera problemas con que una dama visitara a Caleb, sola. El marqués sabía que él estaba acostumbrado a esas cosas y a otras peores. Probablemente, él estaba molesto porque alguien lo había superado, ignorando por completo los deseos de su amo.

Caleb lo despidió para que fuera a lamer sus heridas, escaleras abajo, y luego volteó hacia su inesperada visitante.

—¿Qué puedo hacer por ti, Anita? —preguntó, manteniendo su tono neutral.

Esa sonrisa era absolutamente felina. Él la reconoció como una que podría volver locos a los hombres de deseo. En un momento dado, incluso había funcionado con él. Pero ahora, Caleb no sentía nada más que una vaga irritación por esa presencia allí.

—Podría enumerar unas cuantas cosas que podrías hacer por mí, Caleb. La mayoría de ellas te saldrían extraordinariamente bien.

Él simplemente sonrió, ante ese comentario burlón, permaneciendo impasible ante ello y la mirada coqueta, que ella le estaba dedicando, en ese momento. Incluso había pasado mucho tiempo desde que sintió algo más que una amistad pasajera por la hija del joven vizconde.

—Entonces, ¿esto es una propuesta? Me temo que tendré que rechazarla.

Caleb captó un destello en los ojos azules de Anita. ¿Decepción? ¿Fracaso? No lo sabía ni le importaba demasiado.

—Como dije, he venido a comprobar que sigues respirando. Todo el mundo se pregunta dónde estás… Estamos todos bastante perdidos sin tus veladas, a las que asistir. ¡Algunos de nosotros hemos tenido que salir a la alta sociedad, Caleb! ¡Imagínate el horror!

Él sonrió, ante esa hipérbole, a pesar de su decepción con ella.

—Lamento oír lo difícil que ha sido para todos ustedes —expresó, arrastrando las palabras—. Pero, como puedes ver, estoy vivo y muy bien.

—Entonces, ¿podemos esperar que nos abras tus puertas, nuevamente? —preguntó ella.

Caleb hizo una pausa, sin saber qué decirle.

Durante las últimas tres semanas, había pasado los días con su sirena. O las noches, técnicamente. Y habían sido las más felices de su vida. Enseñarle los muchos placeres de la carne fue la mejor experiencia que jamás había tenido. Ella era una alumna receptiva y descarada, y él estaba más que feliz, en su papel de tutor.

Ella era un enigma fascinante para él. Era muy tímida, como para haberse sonrojado, furiosamente, cuando vio su vaina por primera vez, y él le explicó para qué servía. Pero también era demasiado audaz, igualando su pasión, durante la cópula.

Ni una sola vez se sintió tentado de volver a sus vicios habituales. Había ignorado las invitaciones a otras casas de mala reputación, y evitado los garitos de juego, que solía frecuentar. Además, también visitó a su amante de muchos años con un regalo de despedida para poner fin a esa relación.

Aparentemente, él era un hombre cambiado y, claramente, no era el único que lo notaba.

—Creo que tendrás que buscar tus diversiones en otro lugar, Anita. Yo ya no me dedico a ese tipo de diversión, en particular.

Por esa mirada de sorpresa, ella bien podría haberle dicho que se mudaría a la luna. Pero se rió incrédulamente.

—No puedes hablar en serio —dijo.

Él simplemente asintió, sin querer o realmente no poder explicarle su cambio de opinión. Solo sabía que nada le atraía más que ver a la hechicera de ojos plateados, que lo había cautivado tan profundamente. Era difícil creer que apenas habían pasado semanas desde ese primer encuentro.

Y era aún más difícil creer que el acuerdo, que habían establecido, ya no le parecía suficiente. ¡Quería más! Para su sorpresa, ¡quería cortejarla! Y enamorarla… Hacer todas esas cosas por las que se burlaba de otros hombres. Enviarle flores y llevarla a dar un paseo por Hyde Park. Bailar con ella en Almack's, e ir al teatro. También quería llevarla a conocer a su madre. Sobre todo, quería demostrarle a Ophelia, que él era más que un marqués malvado con reputación de libertino.

No podía decir con certeza qué significaba todo esto. No podía ser nada tan nauseabundo como el amor. ¡Ni siquiera sabía su nombre! Anita se acercó, y él percibió el aroma de su decadente perfume francés. Lo encontró un poco empalagoso.

—Ya sabes, los chismes de los sirvientes son un auténtico hervidero de información —le dijo, sorprendiéndolo a él—. Las historias viajan entre casas más rápido de lo que te imaginas. Y yo siempre me aseguro de escucharlas con atención. Cuando oí rumores sobre alguna chiquilla, que ocupaba todo tu tiempo, lo descarté por absurdo.

Caleb se puso rígido, pero mantuvo su expresión libre.

—Después de todo, el gran marqués de Guilford no se dejaría llevar por una chica a la que nadie conoce. ¡Esto me parece tan absurdo!

Él no respondió. No defendería sus acciones, ante ella, ni delante de sus sirvientes de labios sueltos. No obstante, ella lo miró con picardía, entrecerrando los ojos.

—Entonces, ¿es cierto? —Ella se rió—. ¡Alguien ha puesto en su lugar al malvado marqués! Bueno, ¡estoy asombrada! ¿Quién diablos es ella?

Caleb apretó la mandíbula. No pudo evitar sentir que Anita lo estaba provocando, y no le daría la satisfacción de una respuesta.

—¡Ella debe ser espectacular! Me muero de ganas de conocerla. Me pregunto si sabrá cuántas lo han intentado y fracasado, antes que ella.

Caleb frunció el ceño, ante las palabras de Anita.

Seguramente, ella no se refería a sí misma. La relación entre ellos siempre había sido superficial. Placer sexual y luego una relación cómoda. Él nunca había querido más. Y ella tampoco. ¿O sí? Sus preguntas podían no ser bienvenidas, pero Caleb no tenía ningún deseo de lastimar a la dama.

—No me han puesto bajo ningún pretexto, Anita —dijo él con cautela—. Y todas las personas con las que he tenido una aventura han entendido exactamente de qué se trataba. Nunca he ocultado mis intenciones, o la falta de ellas. —Su sonrisa se volvió quebradiza.

—¡No! Para ser justa, contigo, siempre has sido honesto sobre tu falta de interés en el amor. ¡A veces, de manera brutal! No es tu culpa que algunas mujeres hayan sido lo suficientemente tontas, como para albergar la esperanza, que puedes cambiar de opinión.

Caleb se sintió muy incómodo.

Pero después de un momento de tenso silencio, Anita se encogió de hombros y recogió su sombrero.

—Entonces, ¡ya está! ¿Eres un hombre diferente? —preguntó.

—Creo que sí, sí —respondió con sinceridad, porque esta era la verdad.

—Supongo que la próxima vez que nos veamos será en uno de esos eventos formales. —Hizo una mueca y él se rió al ver su estremecimiento.

Sabía que esa noticia se difundiría, ahora que sus reuniones hedonistas eran cosa del pasado. Y dudaba que alguno de sus antiguos compañeros se sorprendiera tanto como él.

Caleb se inclinó para besarle la mano. Anita había sido una amiga íntima, pero él no se había dado cuenta que ella alguna vez quiso mucho más. Aunque si lo hubiera aceptado, eso no habría cambiado nada. Ambos lo sabían.

—Espero que ella valga la pena, Caleb —replicó Anita, suavemente.

"Sí lo vale…" pensó inmediatamente, aunque no lo manifestó. Más bien se limitó a decirle:

—Adiós.

No supo cuánto tiempo permaneció allí, en silencio, tras la marcha de Anita.

"¿Quién diablos es ella?" se preguntó Anita.

Caleb solo podía imaginar la reacción que ella habría tenido, si le hubiera respondido, ya que no tenía ni la menor idea… Por lo que Caleb sabía, ella podría ser una criminal o una reina.

Sabía mucho sobre ella, pero no lo fundamental. Y el hecho que ella se lo guardara para sí misma era muy sospechoso, tenía que admitirlo.

¿Por qué entonces estaba tan decidido a no dejarla marchar? ¿Y qué quería realmente de ella?

Caleb conocía su deber para con su título. Sabía que tendría que casarse. Y debería hacerlo con una dama de buena cuna, si quería que su esposa sobreviviera al mundo despiadado de la alta sociedad. Pero esto nunca había sido algo que él particularmente quisiera o le importara… Sin embargo, su sirena estaba decidida a no casarse, por razones que solo ella conocía. Incluso lo había dicho con la suficiente frecuencia, como para que él le creyera y lo aceptara.

Si sus sospechas eran correctas y ella era una institutriz, entonces lo más probable era que fuera de alta cuna y hubiera pasado por momentos difíciles. Él podría vivir, casándose con una institutriz… Pero también le parecía que no podía. ¿Por qué estaba siquiera pensando en casarse?

Elegir una esposa por una dote o para asegurar una buena alianza, un linaje azul, era una cosa. Y solo quedaba el deber de respetar el título: engendrar el heredero necesario y dejar de lado, a las hijas, tal vez para asegurar una alianza sólida en el futuro. No obstante, solo había una razón por la que un hombre se casaba con alguien de una posición social muy inferior a la suya.

¡Y era por amor!

"Ciertamente, no hay nada tan noble como hacer lo correcto por cualquier vástago, que nazca del lado equivocado de la cama." Los pensamientos de Caleb se detuvieron de golpe, y la

conmoción convirtió su cuerpo en hielo.

Había sido cuidadoso con ella. Siempre lo fue... Meticulosamente… Había conocido a muchos hombres, que engendraron bastardos por los que no se preocupaban en lo más mínimo. También había visto a muchos compañeros enfermarse por jugar demasiado con su salud.

Y siempre él se había enorgullecido de no ser uno de ellos. Su padre le había enseñado poco, pero le había enseñado eso... ¡Sí! Él era muy cuidadoso. Siempre lo había sido.

A excepción de las dos primeras noches que pasó con la hechicera.

—¡Maldita sea! —Él escupió en la habitación silenciosa.

Sabía que la responsabilidad era solamente suya. Ella era inocente y había confiado en él sin reservas. Y por primera vez, en toda su vida adulta, perdió el control y se olvidó de protegerlos a ambos.

Caleb se acercó a su decantador de brandy, y se sirvió una medida indecente en un vaso, tragándolo todo de una vez, mientras intentaba ordenar sus caóticos pensamientos.

"Todo tiene que salir bien," razonó.

"¿Qué probabilidades hay que ella quede embarazada? Probablemente, muy pocas. Sin duda, ella no se preocupaba por eso. Pero… ¿Y si no es así?"

Una imagen apareció en su cabeza: su sirena con el vientre redondeado y su hijo. Y en lugar de sentir ira o pánico, un sentimiento de orgullo y euforia lo invadió. Se dio cuenta que esto no sería lo peor del mundo. No para él. Todo lo contrario, en realidad. ¡Esto era una locura!

La mayoría de los hombres, en su posición, estarían maldiciendo su suerte en la vida. ¿Por qué sintió exactamente lo contrario?

Bueno, si llegara el caso, si ella tuviera un hijo suyo, entonces, Caleb haría lo correcto por ella, y por ambos. Y si para él esto parecía menos que una obligación moral y lo mejor del mundo, se lo guardaría para sí hasta descubrir cómo se sentía ella. O al menos hasta que realmente supiera, quién era ella.

Capítulo dieciocho

Después de todo, Ophelia no era como su madre. Sin embargo, al final resultó que fue aún peor que ella. Porque al menos su madre, ya estaba establecida en la vida del conde de Batten. O en las afueras. Pero ella no significaba nada para Caleb. Él no le había hecho ninguna promesa y ella no le había pedido nada.

Ophelia recordó aquel primer encuentro con su hermano. Él había odiado a su madre, eso se hacía evidente por el trato que le daba a ella. Pero su padre, al menos, había amado a su amante. Ophelia estaba segura de esto. De una manera egoísta, sí, pero siempre parecía que esto era suficiente para su madre.

Sintió que sus ojos ardían por las lágrimas. Ella quería algo mejor para sí misma. ¡Mucho mejor!

Su vida era solitaria, ¡sí! Había tenido poco dinero y ningún amor, pero conservaba su orgullo e independencia. Pero, sobre todo, sabía que nunca viviría a merced de los caprichos de un hombre.

Ser una bastarda era una cruz, que había tenido que soportar toda su vida. Ahora, ¿le impondría esa misma cruz a un bebé? Su estómago se revolvió, como venía haciéndolo desde hacía una semana. Al principio, ella ignoró esa sensación. Luego la atribuyó a la excitación nerviosa, que le provocaba esta relación ilícita.

Ella se enorgullecía de su inteligencia, pero aún no se había dado cuenta de esto. Pero luego sus clases se retrasaron, y eso nunca le había pasado antes.

Una vez que se dio cuenta de esto, las otras piezas encajaron, como el rompecabezas de una terrible pesadilla. La enfermedad… El cansancio… La sensibilidad… *"Estoy enferma de amor,"* se dijo a sí misma.

Se había reprendido por haberse enamorado total y perdidamente de su malvado marqués, pero esto era peor, mucho peor de lo que esperaba. Un sollozo histérico brotó de sus labios, y se tapó la boca con la mano, tratando de contener sus emociones hasta que pudiera saber qué hacer.

No podía quedarse en la escuela. La señorita Fisher se arruinaría, si se asociara con una mujer caída, y Ophelia le debía a la mujer, más que eso. Y ella no quería, no podía decírselo a Caleb.

Él podría simplemente darle dinero y enviarla lejos, sin querer volver a verla ni hablar con ella nunca más. Pero él era un hombre íntegro, a pesar de la imagen exterior, que presentaba ante el mundo. Sin duda, él querría que la cuidaran a ella, como lo hicieron con su madre. No obstante, tampoco podía darle la oportunidad que ofreciera ese trato, porque estaba muy enamorada de él y era demasiado débil, en lo que a él se refiere, como para negarse.

Y terminar como su madre sería lo peor del mundo para Ophelia.

Tenía un poco de dinero. No mucho, pero tal vez suficiente para llegar a la cabaña de su madre. Si la misma no estuviera en completo desuso, podría vivir allí, y tal vez encontrar un trabajo, lo que sería suficiente para alimentar y vestir a su hijo.

"¿En qué trabajaré?" preguntó una voz burlona, en su interior. *"Solo sé enseñar. ¿Y quién me dará empleo?"* ¡Oh! Esto era un desastre. ¡Totalmente!

Una ola de náuseas se apoderó de ella. Ophelia colocó su mano delicadamente sobre el estómago. Inmediatamente, después de la enfermedad vino una oleada de protección.

Había arruinado su vida, condenando a un niño inocente a una vida similar a la suya. Y

aún así…

No podía evitar amar la vida, que surgía en su interior. Nunca había pensado que sería madre y que tendría un hijo de Caleb, o un pedazo de él con ella para siempre. Había una parte de ella que no podía evitar sentir alegría, ante esa perspectiva.

Ophelia sabía que tendría que irse. La cabaña era su única opción, si no quería ponerse a merced de Caleb. Y ella no podía enfrentarse a él. No soportaría su rechazo ni su compasión.

"El conde." El pensamiento le llegó inesperadamente y no fue del todo bienvenido.

Su hermano le había ofrecido una dote, que ella había rechazado. Pero si lograba convencerlo que se deshiciera de al menos de una parte… Ophelia ya podía imaginar el desprecio, que sufriría a manos del conde. Lo más probable es que la echara de su casa sin darle ni un penique, y la sola idea de tener que acudir a él, la enfermaba. Pero ella no tenía elección, realmente no.

Su orgullo estaba muy bien, pero no bastaría para alimentar a un niño, ni para darle un techo o ropa. Ophelia se desplomó sobre la cama.

Permitiendo que sus lágrimas cayeran libremente, dejó caer su cabeza entre sus manos.

Ojalá nunca hubiera perseguido a Eliza ni hubiera aceptado la escandalosa oferta de Caleb. Pero, ¡no!

No podía arrepentirse del tiempo que ellos habían pasado juntos ni de haberlo conocido, ni de haberse enamorado locamente de él.

Ella miró alrededor de la modesta habitación, que había sido su hogar, durante tanto tiempo. La extrañaría. También a sus alumnas y a sus amigas. Pero nada de eso se compararía con lo mucho que extrañaría a su querido marqués.

***

La casa del conde de Batten estaba incómodamente cerca de la del marqués de Guilford, pero Ophelia mantuvo la cabeza gacha, mientras se apresuraba por Mayfair. No podía mirar la casa de Caleb. Incluso eso le causaría dolor.

La idea de no volver a verlo nunca más, de no oír nunca esa risa ni ver esa sonrisa, ni sentir esos labios sobre los suyos, ni ese cuerpo presionado contra el de ella, era devastadora.

Tendría mucho tiempo para derrumbarse y lamentarse, cuando saliera de Londres. Ahora necesitaba solicitar los medios para hacerlo.

Había tardado solo unos minutos en recoger toda su vida de la casa de la señorita Fisher. Tardó más tiempo en hacer la carta, que dejarla, ya que tuvo que empezar de nuevo, más de una vez, porque sus lágrimas hacían ilegibles sus garabatos.

No había sido capaz de admitir su situación, ante la señorita Fisher, por lo que simplemente le dio las gracias a su amiga, y le pidió perdón.

Luego se escabulló, como venía haciendo todas las noches, durante casi un mes. Subiendo apresuradamente las escaleras de la residencia del conde, Ophelia intentó calmar su respiración.

¡Qué patético que ella le hubiera dicho con tanto orgullo que no quería su temporada, que no quería su dote! ¿Qué tan diferente habría sido su vida, si hubiera aceptado su oferta, a regañadientes?

Pero entonces, no habría conocido a Caleb, no estaría embarazada de él ni habría entrado en ese infierno.

Sabiendo que si dudaba mucho más perdería el coraje, Ophelia extendió la mano y golpeó la puerta. El lacayo que la abrió la miró con un desdén mal disimulado. Estaba a punto de

despedirla, Ophelia lo sabía, por eso habló rápidamente:

—Necesito ver al conde —dijo apresuradamente—. Soy su prima. Recordó la mentira, justo a tiempo.

Se dio cuenta que el sirviente estaba considerando cerrarle la puerta de un portazo, y una punzada de pánico se apoderó de ella.

—Mi primo no estará muy contento, si se entera que me rechazaron —expresó, intentando, aunque probablemente sin éxito, sonar altiva.

Afortunadamente, su amenaza tuvo efecto y en cuestión de minutos, la llevaron a un salón, y le dijeron severamente, que se quedara allí.

Ophelia no tenía idea de cuánto tiempo había estado parada en ese salón, decorado con buen gusto, pero finalmente, escuchó el sonido de pasos, y luego, allí estaba él, mirándola, al otro lado, con unos ojos del mismo color que los de ella.

—Pensé que me había librado de usted —dijo a modo de saludo.

Ophelia sintió ganas de sacar cuentas, pero sabía lo que estaba en juego, y, dejando a un lado todo su orgullo y respeto por sí misma, levantó la barbilla, y se preparó para apelar a su hermano.

—Lo estará pronto —le aseguró con un tono de voz mucho menos firme de lo que le hubiera gustado—. Pero… estoy en apuros y necesito dinero.

Él arqueó las cejas ligeramente, antes que una sonrisa desagradable cruzara su rostro.

—Entonces, usted es la hija de su madre —dijo con desdén—. Al fin y al cabo.

Ophelia no tenía nada que decir, en su defensa, por lo que guardó silencio, y rezó para sobrevivir a esta terrible experiencia y a todo lo que estaba por venir.

Capítulo diecinueve

—¿Guilford? No puedo creer que te esté viendo en uno de estos eventos.

Caleb giró y vio a Mathew Rourke, el duque de Balton, extendiéndole una mano.

Había conocido a Mathew en Eton y luego en Oxford. Y ellos eran tan diferentes, como la noche y el día. Mientras Caleb armaba un escándalo, a donde quiera que iba, Mathew tenía la cabeza firmemente enterrada en sus libros. Incluso Caleb apenas había visto al hombre brevemente y esporádicamente, a lo largo de los años.

Mathew rara vez venía a la ciudad, desde que se había casado con su amiga de la infancia, Isabelle Carlton, quien estaba aún más ausente que él. Aunque los dos hombres no se movían, en los mismos círculos. Al menos era así hasta hace poco.

—Ni yo mismo lo puedo creer —respondió Caleb, haciendo una mueca.

Él preferiría sacarse los ojos, antes que asistir a los eventos de la alta sociedad, pero eso era precisamente lo que había estado haciendo, durante los últimos dos meses, tratando desesperadamente de encontrar a su sirena.

Al recordar la primera vez que había aceptado una invitación a una de esos eventos, observando las miradas, los susurros y, finalmente, la sonrisa compasiva de Lady Anita, no podía creer que se estuviera sometiendo a esto, una y otra vez.

Sabía que ella normalmente no asistiría a un baile como este, por supuesto, pero era una mujer que tenía pocas opciones disponibles.

Durante las últimas ocho semanas, él había pasado las tardes, corriendo por la ciudad, y manteniendo conversaciones insípidas con otros miembros de la alta sociedad, albergando la esperanza de oír algo sobre una institutriz, que lo condujera hasta ella.

Después regresaba a casa, derrotado, y preguntaba a sus siempre pacientes sirvientes, si ella vendría, o si le había enviado un mensaje.

La respuesta siempre era no.

Ella desapareció y él no tenía idea de cómo encontrarla.

—Entonces, ¿qué te lleva a la alta sociedad? —preguntó Mathew, recorriendo con la mirada el salón de baile, y luego suavizándose, al posarse en su esposa. La duquesa era, como siempre, el centro de la atención. Todo el mundo parecía clamar por una audiencia con ella.

Mientras Caleb la veía, ella miró hacia otro lado y compartió una mirada sutil y cómplice con su esposo. Caleb sintió que se le encogía el estómago de envidia. Isabelle Carlton era famosa por su belleza. Pero no se comparaba con la de su sirena. Y aunque el duque estaba claramente encantado con la mirada violeta de su esposa, Caleb estaba desesperado por encontrar esa plateada, que distinguía a su sirena.

—Pensé que ya era hora —recordó Caleb, que estaba respondiendo la pregunta—. No me estoy volviendo más joven, necesito más diversión, y todo eso.

Pero se quedó decepcionado ante el evidente escepticismo del duque.

—Mmm… ¿No me crees?

—No. —Bueno, al menos su antiguo conocido era honesto—. Acabo de llegar a la ciudad, pero todo el mundo está entusiasmado con la idea que el marqués de Guilford asiste de repente a todos los eventos, a los que puede ser invitado. Ese no es tu reloj biológico, hombre… ¡Eso es una mujer!

Caleb se quedó boquiabierto con la intención de negarlo de inmediato. Pero luego lo

pensó: *"¿qué sentido tiene hacer esto?"*

Amaba a su sirena. Lo supo con seguridad desde la primera noche que ella no había llegado a su puerta. Y cada noche que pasaba sin ella, estaba más seguro de esto.

"¿Cómo desapareció? ¿Por qué desapareció?"

—¿Cómo lo supiste? —preguntó él con voz apagada.

Mathew resopló.

—A ti no te gustan estas cosas, incluso menos que a mí. Pero yo habría tomado el té con un vestido puesto, si eso significara hacer mía a Isabelle. Es lógico que tú sufras una aflicción similar.

Caleb tuvo que tragarse un nudo repentino en la garganta.

—¿Está ella aquí? —preguntó Mathew.

—No, ella es… esto es complicado —empezó, sin saber cómo podría explicarse.

Afortunadamente, sus intentos fueron interrumpidos por la llegada de la duquesa de Mathew, cuyo cabello rojo brillaba, a la luz de las velas.

Mathew rápidamente hizo las presentaciones y Caleb hizo una reverencia formal, contando los segundos hasta que pudiera escaparse, e irse a casa para sentirse miserable, en privado.

—El malvado marqués, en persona. —La sonrisa de la duquesa era toda pícara—. Debo admitir que esperaba algo diferente.

Caleb sintió que sus labios se contraían, a pesar de su confianza.

—¿Cómo es eso?

—Bueno, pensé que tendrías cuernos, por lo menos —continuó ella, escandalosamente—, ¡pero aquí estás, sin siquiera una pezuña hendida!

Caleb se rió sinceramente, por primera vez, desde que había perdido a la hechicera.

—Debes tener las manos ocupadas, Balton —le dijo al duque.

—Sí, claro que sí —respondió el otro hombre, aunque parecía más que feliz por ello.

—Los vi a ambos mirando fijamente a los pobres ocupantes del salón de baile, y me pregunté quién los había molestado —expresó Lady Balton, ahora, sin siquiera intentar ocultar su interés.

—Guilford ha perdido a su dama —replicó Balton, atrayendo a su esposa hacia él, como si la situación de Caleb fuera contagiosa.

—¡Qué interesante! —replicó la duquesa—. ¿Quién es? ¿Quizás pueda ayudar?

Caleb se quedó sin palabras, una vez más.

"¿Cómo puedo explicar que estoy enamorado de una mujer, cuyo nombre ni siquiera conozco? Pero, si alguien puede ayudarme, esa persona es la mariposa social, que tengo por delante. ¿Qué tengo que perder? Ya he perdido lo único que me importaba."

—Lo único que puedo decirte con seguridad es… Ella es una hermosa institutriz de cabello negro azabache con los ojos plateados más increíbles, que jamás he visto.

Sus palabras fueron recibidas con un silencio atónito.

—Eh... eso no es mucho en lo que basarse —dijo finalmente Mathew, y Caleb sintió que se le hundía el corazón, aunque sabía que su amigo tenía razón.

Estaba a punto de disculparse, cuando la duquesa habló:

—No conozco a ninguna institutriz así. Según mi experiencia, la mayoría de las esposas estarían aterrorizadas de contratar a alguien con ese aspecto —dijo con una franqueza, que le recordó a la sirena—. Pero esos ojos suenan igual que los de Lord Batten. Muy inusual. Los envidio bastante. ¿Quizás te equivocaste al pensar que era una institutriz?

Caleb solo pudo mirarla fijamente, mientras una brasa de esperanza se encendía en su pecho.

Apenas escuchó, mientras que el duque insistía en que esos ojos violetas de Isabelle eran los más hermosos que podía imaginar, y ella, riéndose, le decía que se detuviera.

Caleb giró la cabeza rápidamente, buscando a los ocupantes masculinos del salón.

Conocía el nombre de Batten, pero no al hombre. El hecho era que tenía poco o ningún conocimiento de esos nobles, dado que había vivido su vida, tan lejos de ellos, como era humanamente posible.

Todo eso cambiaría, por supuesto, si él encontrara a su sirena. Se convertiría en un caballero respetable para ella.

—¡Ah! Ahí está. —Caleb siguió desesperadamente el gesto de la duquesa.

Un caballero alto y de aspecto severo se encontraba a menos de diez pies de ellos. Mientras Caleb observaba, él volteó hacia ellos, tal vez sintiendo sus miradas sobre él. El corazón de Caleb tartamudeó en su pecho.

La duquesa tenía razón. ¡Sus ojos eran casi del mismo color que los de la sirena! ¡Esto no podría ser una coincidencia!

—Su Gracia —Caleb giró rápidamente hacia la duquesa, temeroso de perder de vista al conde por mucho tiempo—. Estoy eternamente en deuda contigo. —Esa sonrisa era deslumbrante.

—No le dé importancia —dijo ella, haciendo un gesto despreocupado con la mano—. Me gustan mucho los finales románticos. Pero, espero que nos inviten a la boda, como pago.

Caleb no se atrevió a ofrecerle la luna, si eso significaba que encontraría a su dama.

Tras una rápida despedida, caminó con paso decidido hacia el conde, y, con suerte, se dirigía hacia alguna pista que le indicara dónde se escondía su preciosa sirena.

Capítulo veinte

Ophelia se puso de pie y estiró su adolorida espalda. Aún no tenía un bulto muy grande, pero ciertamente podía sentir la tensión extra en su cuerpo.

Las tardes se iban volviendo más frescas y pronto llegaría el otoño. Tendría que asegurarse de tener suficiente leña para los meses de invierno.

Por supuesto, conseguirlo por sí misma sería imposible, pero se había hecho amiga de la esposa de un granjero local, que tenía un hijo fornido. Estaba segura que podría convencer al joven para que ayudara a una viuda pobre.

Llamarse viuda le había dado una apariencia de respetabilidad.

Pero temía que en el pueblo había gente, que acabaría descubriendo quién era ella en realidad. Aparte de los ojos de su padre, sabía que era la viva imagen de su madre.

Aunque hasta ahora había logrado disfrutar de cierto anonimato, y por eso estaba eternamente agradecida.

Una brisa fresca le azotó el cabello por la cara, y ella lo apartó hacia atrás con impaciencia.

La modesta selección de verduras, que había recogido del huerto de su madre, serviría para preparar una abundante sopa y, con suerte, cuanto más tiempo pasaba, rescatando el huerto, que había crecido de manera salvaje y rebelde, el mismo produciría más en los años venideros.

Como siempre, los pensamientos sobre el futuro vinieron con una punzada de tristeza. Por supuesto, ella extrañaba a Caleb con una ferocidad que ni siquiera sabía que era capaz de sentir.

No estaba tan indefensa, y podía confiar en sí misma.

Su hermano fue sorprendentemente generoso con ella, aunque esto solo ocurrió, después que Ophelia le diera a entender que le revelaría, a esa querida familia, su verdadero nombre y la relación con el pomposo conde. Si era muy frugal, todo iría bien. Y, lo que era más importante, todo iría bien con su hijo.

Él le había entregado el dinero, que ella habría recibido, como modesta dote, con la condición que nunca más lo volviera a ver ni hablara con él. Ophelia aceptó con gusto.

Ella tuvo más suerte, que muchas mujeres en su situación, y, por esto, estaba agradecida.

Pero eso no le impidió sentirse miserable sin Caleb ni soñar con él, ni desear cosas, que ya no se podían lograr, si hubieran permanecido juntos.

Se imaginó a su hijo, un niño o una niña, con los mismos ojos azules increíblemente brillantes y la sonrisa incorregible de su padre. Y sabía que, por mucho que quisiera a su hijo o hija, sería un recordatorio constante del amor, que había perdido.

Ophelia lo sabía, él habría sido un padre excelente. En efecto, lo será para sus hijos legítimos. La sola idea la hacía llorar.

Estar embarazada la había convertido en una verdadera bebedora de agua. Pero su nueva amiga, la señora Brown, le había asegurado que esto era perfectamente normal.

A veces se preguntaba si debería haberle dicho esto, y si era injusto privarlo de al menos saber que tenía a su hijo. Pero luego recordaba aquellas visitas esporádicas de su padre, un extraño que le daba palmaditas, en la cabeza, y luego la despedía para poder divertirse descaradamente con su madre.

Mamá estaba tan feliz y emocionada, en los días previos a sus visitas. Pero luego él se

iba, y ella se sentía miserable, durante días, a veces semanas.

Ophelia sabía que probablemente a ella le sucedería lo mismo. Que volvería a su vida de niña, esperando, en la puerta, las migajas del hombre al que amaba. Y ella sabía que había tenido razón al alejarse. Pero eso no hizo que fuera más fácil vivir con ello.

Sus sentimientos corrían el peligro de abrumarla, nuevamente, por lo que Ophelia se inclinó para recoger su canasta, y luego se enderezó, con la intención de mantenerse ocupada, dentro de la cabaña, en un intento de distraerse del dolor en su pecho.

—Ophelia.

Ella se congeló, al oír una voz masculina, que la llamaba por su nombre.

"¡No! Esto no puede ser." Nadie sabía dónde estaba. No se lo había dicho al conde. No tenía sentido hacerlo. *"¿Lo he extrañado tanto que ahora imagino que el marqués me ha encontrado, descubriendo quién soy en realidad?"*

Tenía miedo de voltear, sabiendo que su pobre y maltrecho corazón no podría soportar mucho más esto.

—Sirena.

"¡Sí, es él!"

Ella dio la vuelta y lo encontró parado frente a ella.

La canasta cayó de sus dedos, repentinamente, sin vida, y ella solo pudo mirarlo. Sus ojos estaban bebiendo con avidez cada pulgada de él.

Estaba de pie junto a un caballo salvaje. Ella ni siquiera lo había oído acercarse, tan perdida estaba en sus pensamientos.

Ophelia se dio cuenta con sorpresa que era la primera vez que lo veía, a la luz del sol. ¡Él era impresionante! Quizás esta era una palabra extraña para describir una masculinidad tan descarada, pero era verdad.

A veces había pensado que la luz de las velas tenía algo que ver con que él pareciera tan oscuramente atractivo, pero ahora sabía que todo se debía a él.

Ese cabello era más castaño que negro, en la tarde dorada, y esos ojos ardían con un azul, aún más intenso, bajo la luz del sol. Esa ropa y el cabello estaban arrugados y descuidados, pero esto no hacía más que aumentar su ruda belleza.

Ella levantó la vista de esas botas embarradas y se concentró hacia esa mirada intensa, formándose un nudo en su garganta. Lo observó, mientras él realizaba su propio examen de ella, conteniendo la respiración, cuando esos ojos se deslizaron más allá de su estómago sin reacción.

"¿Puede ser que no lo sepa, entonces? Pero, si ese es el caso, ¿por qué está aquí?"

—Ophelia —repitió, dando un paso tentativo hacia ella, como si temiera que un movimiento repentino la hiciera salir corriendo.

Quizás así sería, si llegara el caso. Una parte de ella quería dar la vuelta y salir corriendo. Mientras que otra más grande quería lanzarse a sus brazos.

Entonces, ella permaneció quieta, como un compromiso.

—Me encontraste —dijo ella, a falta de algo más que decir.

—Sí, lo hice —confirmó.

—Sabes mi nombre.

Esta vez, él sonrió y el corazón de ella galopaba.

—Sí, pero, prefiero llamarte "sirena".

¡Oh! Ella también lo prefería. Para horror de Ophelia, ella sintió que sus ojos se llenaban una vez más.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó de repente, parpadeando rápidamente para

contener las lágrimas, que amenazaban con brotar.

—¿Qué crees? —respondió él—. Te fuiste. Desapareciste sin dejar rastro. No tenía forma de encontrarte. No tenía manera de saber, si estabas viva o muerta.

Una punzada de culpa le retorció el estómago a ella. No había pensado que su desaparición le preocuparía. Francamente, no estaba segura que a él le importara esto. Pero allí estaba él, mirándola, como si le importara todo.

—Lo siento. —Ella tragó saliva—. No pensé que te importaría. O que lo notarías. —Su rostro se oscureció siniestramente con estas palabras.

—¿No te has dado cuenta? ¡Cielos, Ophelia! Me he estado volviendo loco, poco a poco, estos últimos dos meses. Te he buscado por todas partes. He contratado a gente para que te busque. Incluso he asistido a eventos de la maldita sociedad con la esperanza de tener noticias sobre tu paradero.

Ophelia solo podía mirarlo fijamente, mientras su mente intentaba darle sentido a lo que él estaba diciendo.

—Pero… ¿pe-ero, cómo? —tartamudeó.

Él se acercó aún más, y ella percibió el aroma a sándalo, que siempre le recordaría a él.

—¿Cómo? … Encontré al conde de Batten —replicó.

El horror en su interior surgió, ante esas palabras.

"¡El conde! Así que él lo sabe… ¡Que soy una bastarda! ¿Sabe entonces lo de su hijo? ¿Su hijo?"

—Lo vi en un baile. Vi que tenía ojos, como los tuyos, aunque, por supuesto, no son tan hermosos ni encantadores.

Nuevamente, ella tragó saliva con fuerza, ante esas palabras tan incómodas. Aunque él no parecía enojado con ella ni disgustado por su condición de nacimiento.

—Me costó un poco convencerlo, pero finalmente me contó tu historia. Sobre tu madre y tu padre… Sobre las circunstancias de tu nacimiento… Y, por último, sobre esta cabaña… Supuso que era aquí donde estabas.

La vergüenza la inundó.

—Me sorprende que te lo haya contado —expresó ella con brusquedad—. Nunca quise que nadie conociera la vergüenza de mi existencia.

—Bueno, como te dije, me costó un poco convencerlo. Digamos que ahora sus ojos son más negros que plateados.

Ella sintió que se le abría la mandíbula, al oír esas palabras.

"Acaso, ¿golpeó al conde?"

—¿Le pegaste para saber dónde yo estaba?

—No fue por eso… Lo golpeé por lo que dijo de ti —respondió con la ira reflejada en sus ojos.

—¡Oh!

—No me gustó que te menospreciara —manifestó con cierta redundancia, ya que había golpeado al tipo—. Podría haberlo matado sin ningún problema.

—Bueno, gracias… Pero, ¿qué podría haber dicho que no fuera cierto? Soy la hija bastarda de su difunto padre… Él no me debe ningún respeto.

—Sirena, no permití que él te menospreciara... Y no voy a permitir que tú te menosprecies a ti misma.

Ella lo miró fijamente.

—¿También me estás amenazando con hacerme daño? —preguntó, conmocionada hasta

la médula, ante la idea—. ¿Vas a matarme?

Esa sonrisa masculina era absolutamente malvada, y los dedos de los pies de ella se curvaron, antes que él continuara:

—A él lo quería matar —destacó con mucha seguridad—. A ti te quiero besar.

Antes que ella pudiera reaccionar, ante esas palabras, Caleb la abrazó y capturó su boca, en un beso estremecedor.

Capítulo veintiuno

Caleb no podía creer la sensación de rectitud, que lo invadió, al tener finalmente a Ophelia, su sirena, en sus brazos, una vez más.

El altercado con el conde, en la casa de ese hombre desgraciado, cuando demostró ser demasiado terco para darle a Caleb la información, que quería al principio, los nudillos magullados por plantarle una caricia al sinvergüenza, cuando insultó a Ophelia, y el vertiginoso viaje desde Londres para llegar hasta ella... Todo esto había valido la pena en el segundo en que la volvió a ver.

Ella respondió a su beso, inmediatamente y ardientemente, como siempre lo había hecho, y en poco tiempo, sus deseos amenazaron con abrumarla, como siempre lo hacían.

Pero él no había venido aquí para eso. Al menos, no era únicamente para esto. Ya era hora que tuvieran una conversación honesta.

A regañadientes, apartó sus labios de los de ella y se separó con cuidado, pero mantuvo sus manos sobre ese cuerpo porque, francamente, no podía mantenerlas alejadas.

Ophelia se veía tan hermosa como siempre, aunque más cansada de lo que a él le hacía feliz. Y también había algo diferente en ella… No podía precisar exactamente qué era, pero allí estaba…

—¿Por qué huiste de mí? —Hizo la pregunta que lo había molestado, desde la noche en que ella no se presentó en su casa.

Su expresión, que parecía tranquilizadoramente aturdida, inmediatamente se volvió afligida.

—No importa el motivo —murmuró ella, soltándose de su agarre y con la mirada fija en sus botas—. Ahora sabes quién soy. No soy una institutriz, soy una tutora en un colegio de niñas. El colegio al que me envió mi hermano con el pretexto de ser una prima huérfana.

Ella no lo miraba, así que no podía ver lo enojado que lo hacían sus palabras, y él luchó por mantener una máscara de fría indiferencia, en el rostro.

Él felizmente podría despedazar a su medio hermano por tratarla de esa manera.

—La señorita Fisher me permitió quedarme y enseñar, una vez que terminé mi educación.

—Me alegro que tuvieras a alguien que te cuidara, sirena. Pero eso no explica por qué huiste.

Sus ojos se dirigieron hacia él brevemente, antes de volver a posarse en el suelo.

—No importa —repitió ella—. No entiendo por qué me seguiste. No esperaba nada de ti. Te dije que nunca me casaría, no tenías ninguna obligación de ofrecerme nada...

—¡Detente! —Esa orden ladrada pareció dejarla en silencio, y él se sintió mal por haberle gritado, pero no podía soportar escucharla decir esas cosas.

No, ella no tenía expectativas, pero él sí. Esperaba que le permitiera amarla todos los días por el resto de sus vidas. Anhelaba tenerla en su vida, no por obligación, sino porque la quería allí.

—No, no entiendes por qué te seguí —dijo, esforzándose por mantener un tono tranquilo y sereno—. Porque no me has preguntado por qué.

Esos ojos plateados se abrieron.

—¿Lo sabes? —susurró ella, causándole aún más confusión.

—¿Saber qué? —repitió él—. ¿Saber qué?

El alivio de ella era palpable.

"¿Qué diablos está pasando?" pensó él.

—Caleb, fuiste muy amable al venir a verme. Pero como puedes ver, estoy bien, así que será mejor que te vayas.

La punzada de dolor que él sintió, ante esas palabras tan duras, fue seguida rápidamente por la ira, al haber sido despedido por ella.

—¿Mejor para quién? —preguntó él, severamente—. No es lo mejor para mí, te lo aseguro. No vine aquí para ver cómo estabas, Ophelia.

—Entonces, ¿por qué? —gritó ella. Obviamente, su paciencia estaba tan agotada como la de él.

—Porque, te amo, ¡maldita sea! —rugió—. ¡Te amo y quiero casarme contigo! Por eso estoy aquí. Así que no… ¡Irme no será lo mejor! Porque cada segundo que he pasado sin ti ha sido una tortura, y no tengo intención de volver a vivir esto, nunca más.

Esas palabras parecieron congelar el aire, a su alrededor, y él esperó, con el estómago hecho un nudo, mientras ella lo miraba con los ojos muy abiertos.

De repente, el color desapareció del rostro de Ophelia, y él corrió hacia ella para atraparla, mientras se tambaleaba.

—¿Ophelia? ¿Cariño?

El pánico lo agarró a él por dentro, y él la abrazó hasta llevarla al interior de su pequeña y destartalada cabaña, antes que ella pudiera desmayarse.

Con una mueca de desaprobación, él no pudo disimular que el interior era tan poco impresionante, como el desmoronado exterior.

"¿Por qué ella eligió esto? ¿Por qué dejó su escuela por un pozo?"

Al ver un sillón destartalado, en un rincón, se apresuró y la colocó con cuidado, a lo largo del mismo.

—Quédate aquí —le ordenó—. Te traeré un poco de agua.

—Caleb.

Esa delicada mano sobre su brazo lo detuvo, cuando él iba a salir disparado.

—Lo siento —dijo él—. No quise molestarte. Pensé... Solo quería... —Se interrumpió, frustrado—. Solo quiero amarte —dijo finalmente—. Nunca he amado a nadie ni a nada antes. Pero, ¡te amo! Y quiero convertirme en un hombre, al que algún día puedas amar a cambio. Quiero trabajar todos los días para ser ese hombre. Pero te necesito conmigo para lograrlo, Ophelia. Te necesito conmigo para poder respirar adecuadamente. ¡Quiero casarme contigo, sirena!

—Caleb —expresó ella, sollozando, mientras las lágrimas corrían sin control por sus mejillas y le desgarraban el corazón con cada gota. A Caleb no le gustaba verla llorar. Odiaba verla viviendo así, completamente sola—. Mi hermano te dijo quién soy… Lo que soy… Tú eres un marqués. No puedes... No debes querer a alguien, como yo como esposa.

Caleb la ayudó a moverse, y se sentó a su lado, tomando esa mano entre las suyas.

—¿Alguien como tú? —repitió—. ¿Alguien tan hermosa y brillante? ¿Alguien que me mantiene alerta, como nadie? ¿Alguien que me ha robado el corazón? Esa es exactamente la persona que debería tener como esposa.

—Pero, mi padre…

—Tu padre no te trató bien. El mío no era precisamente un modelo a seguir. Pero tú no eres tu padre y, desde que te conocí, me he dado cuenta que yo no soy como el mío. Y no quiero

serlo.

—¿Y qué hay de tu título? ¿Y de tu deber?

—Mi título nunca podría significar más para mí que tenerte en mi vida. Y, francamente… ¡No me importa un carajo mi deber! Si no quieres soportar la censura y los chismes de la alta sociedad, entonces habrá un primo lejano, en alguna parte que puede dártelo todo. Tengo suficiente riqueza para mantenernos cómodos. Aunque debo decirte que no pasará mucho tiempo, antes que todos pasen al siguiente nivel... Pero iré a donde quieras, sirena. No vivirás con un marqués, sino como un hombre desesperadamente enamorado de su esposa.

—No puedes renunciar a todo eso por mí. —Ella sollozó.

—Sí, puedo —insistió—. Y lo haré con mucho gusto, si eso significa que me aceptarás.

Él contuvo la respiración, mientras ella lo miraba fijamente, durante lo que parecieron eones. Pero finalmente, cuando sus nervios estaban a punto de estallar, ella sonrió.

—¿De verdad, de verdad, me amas? —Se rió, pero su risa sonó ahogada incluso para sus propios oídos.

—Realmente te amo, Ophelia Delacourt.

—Yo también te amo —soltó, y Caleb sintió una alegría, como nunca antes.

Él inclinó la cabeza para mostrarle lo feliz que lo había hecho, pero ella lo detuvo, poniendo una mano en su pecho.

—Quizás quieras conservar ese título para tu hijo —aclaró ella, y de repente se ruborizó —. Si es un niño.

Él frunció el ceño confundido, pero cuando vislumbró el miedo en esos ojos, de repente se dio cuenta de la realidad. Extendió la mano y colocó la palma suavemente sobre el estómago de ella, sintiendo la redondez, que antes no estaba allí.

Al levantar la mirada hacia ese rostro, vio una profunda preocupación impresa en esos rasgos femeninos.

—¿Por eso corriste? —preguntó.

Ella asintió sin decir palabra.

—¿No me lo ibas a decir?

Él no pudo evitar sentirse herido que ella hiciera tal cosa.

—Lo siento —susurró ella con tristeza—. Sabía que cuidarías de mí… Del bebé… P-pero tenía tanto miedo, Caleb… Miedo que me ofrecieras la vida, que tuvo mi madre. Y sabía que te amaba demasiado, como para poder rechazar cualquier cosa que me dieras, por más pequeñas que fueran las migajas. No quería hacerle a nuestro hijo, lo que mi madre me hizo a mí.

El corazón de Caleb se retorció ante esas palabras, y su ira se disipó.

En verdad, como ella lo cambió tan fundamentalmente, bien podría haberle ofrecido algo así. ¿Cómo podía culparla por querer salvar a su hijo de la vida que había vivido? No le reprocharía su deseo de proteger a su bebé. Además, ella lo amaba. No había nada que no pudieran resolver juntos, siempre y cuando se amaran.

—Nuestro hijo —repitió él, dejando que el asombro ante tal cosa lo invadiera.

Él extendió la mano y ahuecó su rostro, besándola con cada trocito de amor, que sentía hasta que ambos jadearon.

—¿Hay cama en este lugar? —gruñó contra sus labios.

—Una cuna diminuta —jadeó ella, mientras él estiraba la mano para desabrocharle lentamente los botones del vestido.

—Entonces será en el diván —dijo, quitándole el vestido de los hombros.

Ophelia suspiró:

—Me parece recordar que me prometiste que me llevarías a la cama, antes que hiciéramos el amor, en tu casa. —Ella sonrió con picardía, lo que hizo que Caleb se desesperara aún más por quitarle la ropa—. Lo mismo debería pasar en esta cabaña, ¿no?

—La próxima vez… —dijo él, sonriendo.

—Este es el problema con los libertinos —continuó ella sin aliento, mientras él tiraba de la prenda hasta que oyó que la tela se rasgaba, y él se comprometió a comprarle los mejores vestidos, que el dinero pudiera comprar—. No puedes confiar en una sola palabra de lo que dicen.

Epílogo

—Pensar que podríamos habernos escapado, después de todo. —Caleb sonrió a su hermosa hija, mientras su igualmente preciosa esposa la colocaba en su cuna.

Un año y medio como padre, no había diluido el asombro, que sentía cada vez que la miraba a los ojos plateados, iguales a los de su madre.

—Conservamos el título para un hijo y apareció una hija.

Ophelia se rió, antes de darle un beso ligero, como una pluma, en la frente a su hija, y luego hacerle señas para que él saliera de la habitación.

—Todavía hay tiempo, lo sabes. —Caleb le rodeó la cintura con el brazo, mientras caminaban desde la guardería hasta sus habitaciones, al final del pasillo.

Él sabía que era muy inusual que la habitación de una bebé estuviera tan cerca de la suite principal, pero Ophelia no quería que Claudia estuviera lejos de ellos y, francamente, él tampoco.

Además, la madre de Caleb se había quedado con ellos, durante la Navidad, y no se iría hasta el comienzo de la temporada, y cuanto más cerca estaba de su amada nieta, más feliz era. Incluso ella amaba a Ophelia, tanto como el hijo sabía que lo haría, y el sentimiento era mutuo.

La marquesa viuda estaría eternamente agradecida a Ophelia por haber sacado a Caleb del camino, que habían tomado su difunto esposo y su hijo, y en ella, Ophelia había obtenido la figura materna que tanto deseaba.

—Podríamos llevarnos a Claudia, e ir a cualquier lugar que quisiéramos.

—¿Y si tu madre nos persigue? —Sonrió ella—. Yo nunca lo haría. Además, tu familia no ha sido tan mala después de todo.

No, no había sido así. Sin embargo, al principio, hubo susurros, tonterías impresas en los periódicos de chismes y rumores difundidos por personas con demasiado tiempo libre.

Aunque Ophelia lo había soportado todo con aplomo y con el tiempo, cuando la gente había llegado a conocer su verdadero carácter, ellos pasaron, como Caleb le había asegurado, una vez, al siguiente chisme.

El duque y la duquesa de Balton también habían allanado el camino para ambos, ya que Caleb había sido, después de todo, el famoso marqués malvado. Ellos lograron contar con excelentes amigos y una respetabilidad, que a él particularmente no le importaba mucho.

Llegaron a su dormitorio y Caleb giró para cerrar la puerta, detrás de ellos, esperando pasar una noche, a solas, con su esposa.

—Además —continuó ella, mientras se dirigía a su tocador y comenzaba a soltarse el maravilloso cabello—, lo necesitarás para el próximo... Estoy segura de ello.

A él le tomó un momento asimilar sus palabras, tal como sucedió la última vez que compartieron esa intimidad, pero esta vez, Caleb la levantó del suelo, desesperado por mostrarle lo feliz que ella lo había hecho.

***

Horas más tarde, Ophelia yacía exhausta en los brazos de su marido, que se quejaba, como una gallina, y le exigía que durmiera un poco.

—Supongo, entonces, que estás contento con la noticia —bromeó.

—No tienes ni idea, sirena —dijo con voz ronca, dándole un beso en la cabeza.

—¡Oh! Creo que me lo has demostrado muy bien. —Su risa se convirtió en un grito de sorpresa, cuando de repente él movió a ambos, de modo que ella quedó debajo de él con sus ojos ardiendo, y un fuego azul la miraba a ella.

—Tal vez no estemos lo suficientemente bien —dijo él, arrastrando las palabras—. Creo que debería intentarlo de nuevo.

—Fuiste tú quien me dijo que descansara —replicó ella con fingida severidad—. Esto no es precisamente propicio para el descanso.

—Este es el problema con los libertinos, cariño —repitió algunas palabras que ella había usado, cuando admitieron por primera vez su amor mutuo—. No puedes confiar en una sola palabra de lo que decimos…

El fin.